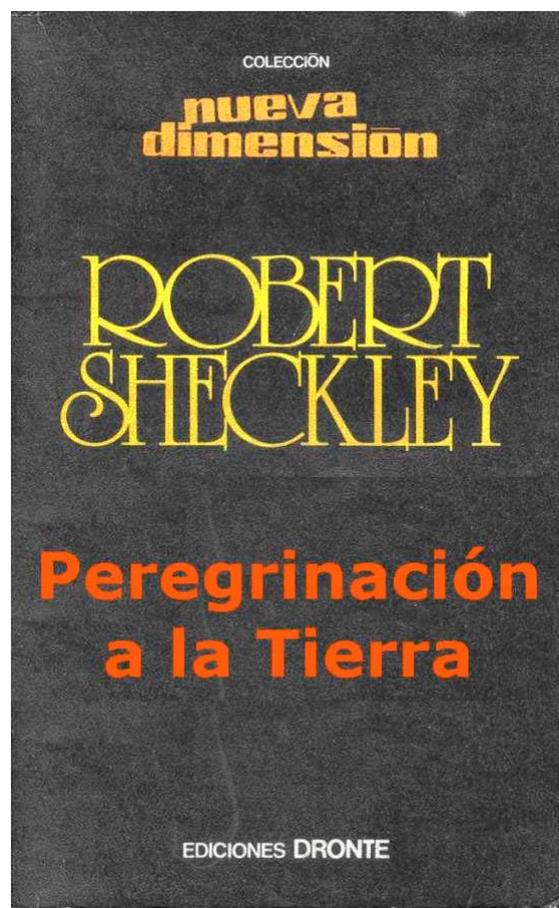


# PEREGRINACIÓN A LA TIERRA



**Robert Sheckley**

Título original: Pilgrimage to Earth  
Traducción de José M. Alvarez Florez  
© 1958 by Robert Sheckley  
© 1961 Ediciones Dronte  
Merced 4 - Barcelona  
ISBN 84-366-0079-7  
Edición digital: Umbriel  
R6 08/02

## **ÍNDICE**

**Peregrinación a la Tierra** (Pilgrimage to Earth)  
**Todas las cosas que sois** (All the Things You Are)  
**La trampa** (Trap)  
**El cuerpo** (The Body)  
**Primer modelo** (Early Model)  
**Servicio de eliminación** (Disposal Service)  
**La carga del hombre humano** (Human Man's Burden)  
**Miedo en la noche** (Fear in the Night)  
**Mala medicina** (Bad Medicine)  
**Protección** (Protection)  
**Tierra, aire, fuego y agua** (Earth, Air, Fire and Water)  
**Polizón** (Deadhead)  
**Un viaje de placer** (Milk Run)  
**El motín del bote salvavidas** (The Lifeboat Mutiny)

## PEREGRINACIÓN A LA TIERRA

Alfred Simón había nacido en Kazanga IV, un pequeño planeta agrícola próximo a Arturo, y conducía allí una cosechadora que trabajaba en los campos de trigo, y en los largos y plácidos atardeceres escuchaba las grabaciones de las canciones de amor de la Tierra.

La vida era bastante agradable en Kazanga, y las chicas tenían grandes senos, eran alegres, complacientes y francas, buenas amigas para una excursión por las colinas o un baño en el río, y fieles compañeras para toda la vida. Pero románticas... ¡jamás! En Kazanga se divertía uno de una forma abierta y alegre. Pero no había más que alegría.

Simón sentía que algo le faltaba en aquella existencia plácida y sin complicaciones. Un día, descubrió lo que era.

Llegó a Kazanga un vendedor en una destartalada nave cargada de libros. Era un individuo flaco, canoso y un poco loco. Se celebró una fiesta en su honor, pues en los mundos exteriores se apreciaban mucho estas novedades.

El vendedor les contó las últimas noticias y cotillees; les habló de la guerra de precios entre Detroit II y III, cómo iba la pesca en Alana, les contó lo que vestía la mujer del presidente de Moracia, y lo extraño que era el idioma de los hombres de Doran V. Y al final alguien dijo:

—Háblanos de la Tierra.

—¡Ah! —dijo el vendedor, enarcando las cejas—. ¿Queréis oír cosas del planeta madre? Bien, amigos, os diré que no hay nada como la vieja Tierra, nada. En la Tierra, amigos, todo es posible, nada se deniega.

—¿Nada? —preguntó Simón.

—Está prohibido por la ley —dijo el vendedor, riendo entre dientes—. Y que se sepa, nadie ha violado esa ley. La Tierra es diferente, amigos. Vosotros sois especialistas en agricultura. Bien, pues la Tierra está especializada en cosas no prácticas, como locura, belleza, guerra, intoxicación, pureza, horror, y cosas por el estilo; y la gente acude desde años luz de distancia para apreciar estos artículos.

—¿Y amor? —preguntó una mujer.

—¡Ay muchacha! —dijo galantemente el vendedor—. La Tierra es el único lugar de la galaxia donde aún hay amor. Detroit II y III lo intentaron también, pero les pareció demasiado caro, sabes. Y en Alana pareció inadecuado, y no hubo posibilidad de importarlo a Moracia o a Doran V. Pero, como dije, la Tierra se especializa en lo no práctico, y hace que resulte rentable.

—¿Rentable? —preguntó un corpulento agricultor.

—¡Por supuesto! La Tierra es vieja, ha agotado ya sus minerales y sus campos son estériles. Ahora sus colonias son ya independientes, y están habitadas por gentes sobrias como vosotros, que ponen un precio a sus artículos. Así que, ¿con qué puede comerciar la Tierra sino con las cosas no esenciales que hacen que merezca la pena vivir la vida?

—¿Estuviste tú enamorado en la Tierra? —preguntó Simón.

—Claro que lo estuve —contestó el vendedor, con cierta tristeza—. Estuve enamorado y ahora viajo. Amigos, estos libros...

Simón compró, por un precio exorbitante, un antiguo libro de poesía, y, leyéndolo, soñó vivir una pasión bajo la luna lunática, soñó con la luz del alba iluminando los cansados labios de los amantes, sus enlazados cuerpos, en una playa solitaria, desesperados de amor y ensordecidos por el rumor del oleaje.

¡Y sólo en la Tierra era posible esto! Porque, como explicó el vendedor, los esparcidos hijos de la Tierra estaban demasiado ocupados trabajando para ganarse el sustento en

suelo extraño. En Kazanga se cultivaban el trigo y el maíz, en Detroit II y III seguían,, creándose fábricas.

Las pesquerías de Alana eran el tema de conversación en todo el cinturón estelar sur, y había peligrosos animales en Moracia, y grandes terrenos salvajes y deshabitados que colonizar en Doran V. Y esto estaba bien; era exactamente como debía ser.

Pero en los nuevos mundos se vivía una vida austera, todo estaba cuidadosamente planificado, todo resultaba estéril en sus percepciones. Algo se había perdido en la lejanas extensiones del espacio, y sólo la Tierra conocía el amor.

En consecuencia, Simón trabajó y ahorró y soñó. Y cuando cumplió los veintinueve años, vendió su hacienda, metió sus camisas limpias en un maletín, se puso el mejor traje y unos sólidos zapatos y embarcó en el Vuelo Kazanga-Metrópolis.

Por fin llegó a la Tierra, donde los sueños deben hacerse realidad, pues hay una ley que prohíbe lo contrario.

Pasó rápidamente la aduana del espaciopuerto de Nueva York, y fue enviado por vía subterránea hasta Times Square. Salió allí parpadeando ante la claridad, agarrando con firmeza el maletín, pues le habían advertido que tuviese buen cuidado de carteristas y ladrones. Atónito de asombro, miraba a su alrededor. Lo que primero le sorprendió fue la interminable serie de teatros, con atracciones en dos, tres o cuatro dimensiones, según las preferencias. ¡Y qué atracciones!

A su derecha, un cartel proclamaba: ¡LA LUJURIA EN VENUS! ¡DOCUMENTAL SOBRE LAS PRACTICAS SEXUALES DE LOS HABITANTES DEL INFIERNO VERDE! ¡ASOMBROSO! ¡REVELADOR!

Deseó entrar. Pero al otro lado de la calle había una película de guerra. El cartel proclamaba: ¡LAS HAZAÑAS DE LOS AUDACES MARINES ESPACIALES! Y más abajo, se proyectaba una película titulada: ¡TARZAN CONTRA LOS VAMPIROS DE SATURNO!

Tarzán, recordaba de sus lecturas, era un antiguo héroe épico de la Tierra.

¡Todo era maravilloso, pero había tanto! Vio también pequeños puestos callejeros en los que se podía comprar comida de todos los mundos, y sobre todo platos típicos terrestres, como pizza, perros calientes, spaghetti. Y había tiendas donde vendían prendas desechadas de las flotas espaciales terrícolas, y otras donde sólo vendían bebidas.

Simón no sabía qué hacer primero. De pronto oyó tras él una descarga de fusilería y se volvió.

Era una galería de tiro, un lugar alargado, estrecho y de pintura brillante, con un mostrador a la altura de la cintura. El encargado, un tipo gordo y vivaz, con un lunar en la barbilla, estaba sentado en un taburete alto y sonrió a Simón.

—¿No quieres probar suerte?

Simón se acercó y vio que, en vez de los blancos habituales, al fondo de la galería había cuatro mujeres con muy poca ropa, sentadas en sillones agujereados por las balas. Tenían pequeños blancos pintados en las frentes y encima de los pechos.

—¿Pero se tira con balas de verdad? —preguntó Simón.

—¡Por supuesto! —dijo el encargado—. Hay una ley en la Tierra que prohíbe la publicidad falsa. ¡Balas reales y chicas reales! ¡Anímate y cárgate a una!

Una de las mujeres gritó:

—¡Vamos, amigo! ¡Apuesto a que no me das!

—Ese no sería capaz de darle a una nave espacial a dos pasos —gritó otra.

—¡Claro que podría! —gritó otra—. ¡Vamos, amigo!

Simón se rascó la frente e intentó no parecer sorprendido. Después de todo, aquello era la Tierra, donde todo estaba permitido, siempre que fuese comercialmente factible.

—¿Hay también galerías donde se pueda disparar contra hombres? —preguntó.

—Por supuesto —contestó el encargado—, pero no serás uno de esos pervertidos, ¿verdad?

—¡Desde luego que no!

—¿Vienes de un mundo exterior?

—Sí. ¿Por qué?

—La ropa. Siempre se sabe por la ropa. —El hombre gordo achicó los ojos y canturreó—: ¡Vamos, anímate y mata a una chica! ¡Te librarás de un montón de represiones! ¡Aprieta el gatillo y verás cómo sale de ti toda la cólera almacenada! ¡Es mucho mejor que un masaje! ¡Mucho mejor que emborracharse! ¡Vamos, anímate y mata a una chica!

—¿Y os quedáis muertas cuando os matan? —preguntó Simón a una de las chicas.

—No seas imbécil —le contestó ella.

—Pero es terrible...

—Podría ser peor —replicó la chica, encogiéndose de hombros.

Simón estaba a punto de preguntar cómo podría resultarle peor a la chica, cuando el encargado se inclinó sobre el mostrador y le dijo con aire confidencial:

—Mira, chico. Mira lo que tengo aquí. Simón se asomó al mostrador y vio una sólida metralleta.

—Por un precio ridículamente bajo —dijo el encargado—, te dejaré usarla. Puedes barrer todo el local. Deshacer las instalaciones, machacar las paredes. Lleva proyectiles del cuarenta y cinco, amigo, y cocea como una muía. Si disparas con esto, te darás cuenta de lo que es disparar realmente.

—No me interesa —dijo Simón secamente.

—Tengo también una granada o dos —dijo el encargado—. De fragmentación, por supuesto. Podrías...

—¡No!

—Si pagas el precio adecuado —dijo el encargado—, puedes disparar también contra mí, si ése es tu gusto, aunque no me lo parece. ¿Qué me dices?

—¡No! ¡Jamás! ¡Esto es horrible!

El encargado le miró con indiferencia.

—¿Así que no estás de humor en este momento? Muy bien. Tengo abierto las veinticuatro horas del día. Ya nos veremos, amigo.

—¡Jamás! —dijo Simón alejándose.

—¡Estaré esperándote, encanto! —gritó una de las mujeres.

Simón se acercó a un puesto de refrescos y pidió un va-sito de cola-cola. Se dio cuenta de que le temblaban las manos. Se esforzó por controlarlas y bebió su vaso. Se recordó a sí mismo que no debía juzgar la Tierra según su propia mentalidad y sus propias normas. Si la gente de la Tierra gozaba matando, y a las víctimas no les importaba, ¿con qué derecho podía nadie criticarlo?

¿O había derecho a hacerlo?

Cavilaba sobre esto cuando oyó a su lado una voz que decía:

—Hey, amigo.

Simón se giró y vio a un hombrecito mustio de aire esquivo con un impermeable que le estaba grande.

—¿Forastero? —preguntó el hombrecito.

—Sí —dijo Simón—. ¿Cómo lo sabes?

—Los zapatos. Yo siempre miro los zapatos. ¿Te gusta nuestro buen planeta?

—Es... desconcertante —respondió cautamente Simón—. Quiero decir, que yo no esperaba... bueno...

—Claro —dijo el hombrecito—. Tú eres un idealista. No hay más que mirarte a la cara para saberlo. Has venido a la Tierra con un objetivo concreto, ¿me equivoco?

Simón negó con un gesto.

—Sé cuál es tu objetivo, amigo mío —dijo el hombrecito—. Estás buscando una guerra que beneficie al mundo, y has venido al lugar adecuado. Tenemos seis guerras importantes en funcionamiento constantemente, y no hay nadie en este momento esperando para ocupar un puesto clave en ninguna de ellas...

—Lo siento, pero...

—En este mismo instante —siguió el hombrecito— los explotados obreros del Perú están librando una lucha desesperada contra una monarquía corrupta y decadente. ¡Se necesita un hombre que pueda decidir esa contienda! ¡Tú, amigo mío, podrías ser ese hombre! ¡Tú podrías asegurar la victoria socialista!

Advirtiendo la expresión que se pintó en la cara de Simón, el hombrecito dijo rápidamente:

—Desde luego puede decirse mucho en favor de una aristocracia ilustrada. El sabio y anciano rey del Perú (rey filósofo en el más profundo sentido platónico del término) necesita urgentemente tu ayuda. Su pequeño equipo de científicos, humanistas, guardasuizos, caballeros del reino y siervos reales, se ve terriblemente acosado por la conspiración socialista de inspiración extranjera. Un sólo hombre, ahora...

—No me interesa —le atajó Simón.

—Pues en China, los anarquistas...

—No.

—Quizás prefieras a los comunistas legales... o a los capitalistas del Japón... O si tus preferencias se inclinan por algún grupo autónomo, como los prohibicionistas, los geministas, o algo así, posiblemente podríamos preparar...

—No quiero una guerra —dijo Simón.

—¿Y quien podría reprochártelo? —dijo el hombrecito asintiendo rápidamente—. La guerra es el infierno. En ese caso, tú has venido a la Tierra en busca de amor.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Simón.

El hombrecito sonrió modestamente.

—Amor y guerra —explicó— son los dos productos más importantes de la Tierra. Y hemos cosechado gran abundancia de estos productos desde el principio de los tiempos.

—¿Es muy difícil encontrar amor? —preguntó Simón.

—Sigue caminando dos manzanas —dijo con viveza el hombrecillo—. No hay pérdida. Diles que te envía Joe.

—¡Pero eso es imposible! ¡Uno no puede simplemente ir y...!

—¿Qué sabes tú del amor? —preguntó Joe.

—No, nada.

—Bueno, pues nosotros somos especialistas en eso.

—Sé lo que dice el libro —dijo Simón—. Pasión bajo la luna lunática...

—Claro, y los cuerpos encendidos de amor en una playa solitaria, ensordecidos por el rumor del oleaje.

—¿Has leído ese libro?

—Es el clásico folleto publicitario. Tengo que irme. Es dos manzanas más allá. No tiene pérdida.

Y con un cordial cabeceo, Joe se perdió entre la multitud.

Simón terminó su cola-cola y subió caminando lentamente por Broadway, con la frente arrugada por las cavilaciones, pero decidido a no formarse ningún juicio prematuro.

Cuando llegó a la calle 44, vio un inmenso letrero de neón que parpadeaba deslumbrante. Decía: AMOR, INC.

Letras de neón más pequeñas decían: ¡Abierto las veinticuatro horas del día!

Y debajo: Suba una planta.

Simón frunció el ceño, pues acababa de cruzar por su mente una terrible sospecha. Aun así, subió las escaleras y entró en una pequeña sala de recepción amueblada con bastante gusto. Y allí le enviaron por un largo pasillo a una habitación numerada.

En la habitación había un hombre de rostro agradable y pelo gris que se levantó de detrás de un impresionante escritorio y le estrechó la mano, diciendo:

—¡Bueno, bueno! ¿Cómo van las cosas en Kazanga?

—¿Cómo sabe que soy de Kazanga?

—Esa camisa. Yo siempre me fijo en la camisa. Soy el señor Tate, y estoy aquí para servirle en lo que pueda. Usted es...

—Simón, Alfred Simón.

—Siéntese por favor, señor Simón. ¿Un cigarrillo? ¿Quiere beber algo? No lamentará haber acudido a nosotros, señor. Somos la empresa fabricante de amor más antigua del rango, y tenemos un volumen de negocios mucho mayor que nuestro más directo competidor, Pasión Ilimitada. Además, nuestros honorarios son mucho más razonables, y damos un producto de la mejor calidad. ¿Le importaría decirme cómo supo de nosotros? ¿Vio acaso nuestro anuncio a toda plana del Times? ¿O...?

—Me envió Joe —contestó Simón.

—Ah, es un individuo muy activo —dijo el señor Tate, meneando juguetonamente la cabeza—. Bien, caballero, no hay razón alguna para que demoremos más nuestro asunto. Ha hecho usted un largo viaje buscando amor, y tiene derecho a él.

Extendió la mano para presionar un botón en su mesa, pero Simón le detuvo.

—No pretendo ser grosero, ni mucho menos, pero... —dijo Simón.

—¿Sí? Diga, diga —le animó el señor Tate, con una sonrisa de lo más cordial.

—No comprendo esto —estalló Simón, muy colorado, con la frente perlada de sudor—. Creo que me he equivocado de sitio. No he viajado hasta la Tierra sólo para... Quiero decir, ustedes no pueden vender realmente amor, ¿verdad? No amor. Quiero decir, si es algo que se compra y se vende ya no puede ser amor, ¿no le parece?

—¡Vaya, vaya! —dijo el señor Tate, medio levantándose de su silla con un gesto de asombro—. ¡Eso es todo! Cualquiera puede comprar sexo. Buen Dios, es la cosa más barata del universo, después de la vida humana. Pero el amor es algo más raro. El amor es algo especial. El amor sólo se encuentra en la Tierra. ¿Ha leído usted nuestro folleto?

—¿Cuerpos en una playa solitaria? —preguntó Simón.

—Sí, ese mismo. Lo escribí yo. Transmite algo del sentimiento, ¿verdad? No se puede conseguir ese sentimiento así por las buenas, de cualquiera, señor Simón. Eso solo se puede conseguir de alguien que ame.

—Pero sin embargo, no se trata de verdadero amor, ¿verdad? —dijo Simón dubitativo.

—¡Claro que sí! Si vendiésemos amor simulado, lo anunciaríamos como tal. Las leyes sobre publicidad son muy estrictas en la Tierra, se lo aseguro. Se puede vender cualquier cosa, pero debe uno llamarla por su nombre. ¡Así lo exige la moral, señor Simón!

Tate contuvo el aliento, y luego continuó con tono más sosegado:

—No, caballero, no. No se confunda. Nuestro producto no es ningún sucedáneo. Es exactamente ese sentimiento del que tanto han hablado poetas y escritores durante miles de años. Gracias a las maravillas de la ciencia moderna, nosotros podemos proporcionarle a usted ese sentimiento a su conveniencia atractivamente presentado, completamente a su disposición, y por un precio ridículamente bajo.

—Yo me imaginaba algo más... espontáneo —dijo Simón.

—La espontaneidad tiene su encanto —aceptó el señor Tate—. Nuestros laboratorios de investigación están trabajando precisamente sobre eso. Créame, no hay nada que la ciencia no pueda producir siempre que haya una demanda en el mercado.

—Esto no me gusta —dijo Simón, poniéndose de pie—. Creo que me iré a ver una película.

—¡Espere! —gritó el señor Tate—. Está usted pensando que pretendemos engañarle. Cree que le vamos a presentar una chica que actuará como si le amase pero que en realidad no le ama. ¿No es así?

—Imagino que así es —dijo Simón.

—¡Pues se equivoca! Sería por una parte demasiado costoso. Por otra, el desgaste y el esfuerzo de la chica sería tremendo. Sería psicológicamente perjudicial para ella intentar vivir una mentira de tal profundidad y alcance.

—¿Cómo lo hacen entonces?

—Utilizando nuestros conocimientos de la ciencia y de la mente humana.

A Simón esto le sonaba a pura palabrería. Se dirigió hacia la puerta.

—Dígame una cosa —dijo el señor Tate—. Usted es un joven que parece inteligente. ¿No cree que podría distinguir el verdadero amor de una falsificación?

—Desde luego.

—¡Esa será su salvaguardia! Si no queda satisfecho no nos pagará ni un céntimo.

—Me lo pensaré —dijo Simón.

—¿Por qué demorarlo? Los psicólogos más renombrados dicen que el auténtico amor es un fortificador y un restaurador de la salud, un bálsamo para los egos torturados, un restaurador del equilibrio hormonal, y que mejora el tono general del cuerpo. El amor que le suministramos lo tiene todo: afecto profundo y constante, pasión sin límites, fidelidad completa, y un afecto casi místico por los defectos de usted y también por sus virtudes, un absoluto deseo de complacer, y, como añadido que sólo Amor Inc. puede suministrar, ¡ese primer chispazo incontrolable, ese momento cegador del amor a primera vista!

El señor Tate pulsó un botón.

Simón frunció el ceño vacilante. Se abrió una puerta, entró una chica, y Simón dejó de pensar.

Era alta y esbelta, de pelo castaño con tintes rojizos. Simón sólo podía decir de su rostro que su contemplación arrancaba lágrimas. Y si alguien le hubiese preguntado por su figura, podría haberle matado.

—La señorita Penny Bright —dijo Tate—. Aquí, el señor Alfred Simón.

La chica intentó hablar pero no pudo pronunciar palabra. Y Simón estaba igualmente mudo. La miró y supo. Nada más importaba. Sabía en lo profundo de su corazón que estaba auténtica y totalmente enamorado.

Salieron inmediatamente, cogidos de la mano, y un reactor los condujo a una pequeña torre blanca situada en un bosquecillo de pinos sobre el mar. Y allí hablaron y rieron y amaron y luego Simón vio a su amada envuelta en la hoguera del crepúsculo como una hoguera de fuego. Y en la penumbra azul del anochecer, ella le miraba con ojos enormes y oscuros, su conocido cuerpo misterioso de nuevo. Salió la luna, luminosa y lunática, sombreando la carne, y ella lloró y le golpeó el pecho con sus puñitos, y Simón lloró también, aunque no sabía porqué. Y al final, llegó la aurora, suave y radiante, y acarició sus labios resecaos y sus cuerpos trenzados, y el retumbar cercano del oleaje les ensordecía, les inflamaba y les enloquecía.

Al mediodía volvieron a las oficinas de Amor Inc. Penny apretó su mano un instante y luego desapareció por una puerta interior.

—¿Fue auténtico amor? —preguntó el señor Tate.

—¡Sí!

—¿Y todo fue satisfactorio?

—¡Sí! ¡Fue amor, amor de verdad! Pero, ¿por qué insistió ella en volver?

—Orden posthipnótica —explicó el señor Tate.

—¿Qué?

—¿Qué esperaba? Todo el mundo quiere amor, pero pocos están dispuestos a pagar por él. Aquí tiene su factura, caballero.

Simón pagó, enfurruñado.

—Esto no era necesario —dijo—. Por supuesto yo le pagaría por ponernos en contacto. ¿Dónde está ella ahora? ¿Qué han hecho con ella?

—Por favor —dijo suavemente el señor Tate—. Procure calmarse.

—¡No quiero calmarme! —gritó Simón—. ¡Quiero a Penny!

—Eso será imposible —dijo el señor Tate, con un leve tono de frialdad en su voz—. Procure controlarse y no dar un penoso espectáculo.

—¿Pretenden ustedes sacarme más dinero? —gritó Simón—. Está bien, pagaré. ¿Cuánto tengo que pagar para sacarla de las garras de ustedes? —y Simón sacó su cartera y la tiró encima de la mesa.

El señor Tate señaló la cartera con un tieso índice.

—Guárdese eso, por favor —dijo—. Somos una empresa antigua y respetable. Si vuelve usted a alzar la voz, me verá obligado a ordenar que le echen.

Simón se esforzó por calmarse, se guardó la cartera en el bolsillo y se sentó. Respiró con fuerza y dijo, muy pausadamente:

—Lo siento, disculpe.

—Eso está mejor —dijo el señor Tate—. No consiento que me griten. Sin embargo, si usted es razonable, yo también puedo serlo. Dígame, ¿cuál es el problema?

—¿El problema? —Simón empezaba a alzar otra vez la voz. Se controló y dijo—: Ella me ama.

—Por supuesto.

—Entonces, ¿cómo pueden ustedes separarnos?

—¿Y qué tiene que ver una cosa con otra? —preguntó el señor Tate—. El amor es un placer intermedio. Un buen relajamiento para el intelecto, para el ego, para el equilibrio hormonal y para el tono muscular, pero nadie desearía amar continuamente, ¿no le parece?

—Yo lo desearía, lo deseo —dijo Simón—. Ese amor era especial, único.

—Todos lo son —dijo el señor Tate—. Pero, como usted sabe, todos se fabrican del mismo modo.

—¿Qué?

—¿Es que no sabe usted nada sobre el procedimiento que se utiliza para la producción de amor?

—No —dijo Simón—. Yo creí que era algo... natural. El señor Tate meneó la cabeza.

—Prescindimos de la selección natural hace siglos, poco después de la Revolución Mecánica. Era demasiado lenta, y comercialmente inadecuada. ¿Por qué seguir con ella, cuando podíamos producir cualquier sentimiento a voluntad a través del condicionamiento y la estimulación adecuada de ciertos centros cerebrales? ¿El resultado? ¡Penny, completamente enamorada de usted! Sus propios gustos, que nosotros calculamos, en favor del somatotipo concreto de ella, completaron el asunto. Siempre desarrollamos el proceso en la playa solitaria, con la luna lunática, la pálida aurora...

—Entonces ella podría haber sido obligada a amar a cualquiera —dijo lentamente Simón.

—Podría haber sido llevada a amar a cualquiera —corrigió el señor Tate.

—Oh, Dios mío, ¿y cómo se metió ella en este horrible trabajo? —preguntó Simón.

—Ella vino aquí y firmó un contrato según el modo acostumbrado —dijo Tate—. Es una actividad muy rentable. Y cuando termina la operación le devolvemos su personalidad original... ¡intacta! Pero, dígame, ¿por qué califica usted el trabajo de horrible? No hay nada vergonzoso en el amor.

—¡No era amor! —gritó Simón.

—¡Claro que lo era! ¡Y auténtico! Empresas científicas imparciales han realizado pruebas cualitativas, comparándolo con el natural. En todos los casos, nuestro amor resultó ser más profundo, apasionado, fervoroso y amplio que el otro.

Simón cerró firmemente los ojos, luego los abrió y dijo:

—Escúcheme. A mí no me importan nada sus pruebas científicas. Yo la quiero a ella. Ella me quiere a mí. Eso es lo único que sé. Déjeme hablar con ella. Quiero casarme con ella.

El señor Tate arrugó la nariz con disgusto.

—¡Vamos, vamos, hombre! Usted no puede querer casarse con una chica como ésa! Pero si lo que usted busca es matrimonio, también trabajamos en eso. Puedo proporcionarle una compañera idílica y casi espontánea con virginidad garantizada por un inspector del gobierno...

—¡No! ¡Yo amo a Penny! ¡Al menos déjeme hablar con ella!

—Eso es completamente imposible —dijo el señor Tate.

—¿Por qué? El señor Tate pulso un botón de su mesa.

—¿Pero qué se cree usted? Hemos borrado el adoctrinamiento previo. Ahora Penny está enamorada de otro.

Y entonces Simón comprendió

Comprendió que en aquel mismo momento Penny estaba besando a otro hombre con la misma pasión que le había besado a él, sintiendo por otro hombre aquel amor completo y sin límites que empresas científicas imparciales habían demostrado que era mucho mayor que el anticuado y comercialmente inadecuado de la selección natural, y que en aquella misma playa solitaria mencionada en el folleto publicitario...

Se lanzó al cuello de Tate. Dos ayudantes que habían entrado en la oficina instantes antes le agarraron y le arrastraron hasta la puerta.

—¡Recuerde! —dijo Tate—. Esto no invalida en modo alguno su experiencia.

Simón sabía muy bien, para su pesar, que era verdad lo que decía Tate.

Y de pronto se encontró en la calle.

Al principio, su único deseo fue escapar de la Tierra, donde todo comercio era posible aunque resultase insoportable para un hombre normal. Caminó con rapidez, y su Penny caminaba a su lado, con la cara glorificada por el amor que sentía hacia él, y él, y él, y tú, y tú.

Y, por supuesto, se dirigió a la galería de tiro.

—¿Quieres probar suerte? —preguntó el encargado.

—Diles a todas que se preparen —dijo Alfred Simón.

## TODAS LAS COSAS QUE SOIS

Hay normas para el gobierno de las naves espaciales Primer Contacto, normas extraídas de la desesperación y seguidas con desesperación, pues ¿qué norma puede predecir el efecto de una acción cualquiera sobre la mentalidad de un pueblo alienígena?

Jan Maarten cavilaba melancólicamente sobre esto mientras penetraba en la atmósfera de Durell IV. Era un hombre corpulento, de mediana edad, pelo rubio ceniza y lacio y rostro redondeado y preocupado. Tiempo atrás, había concluido que era mejor tener cualquier norma que no tener ninguna. En consecuencia, seguía la suya meticulosamente, pero con una permanente sensación de incertidumbre y de debilidad humana.

Eran éstas las cualificaciones ideales para desempeñar la tarea de Primer Contactador.

Orbitó el planeta, lo suficientemente cerca para poder observar, pero no demasiado bajo, pues no quería asustar a sus habitantes. Percibió indicios de una civilización pastoral-primitiva e intentó recordar todo lo que había aprendido en el Volumen 4, Técnicas proyectadas para primer contacto en mundos de los llamados pastorales-

primitivos, publicado por el Departamento de Psicología Alienígena. Luego condujo la nave hasta una llanura rocosa cubierta de hierba, junto a un pueblo típico de tamaño medio, pero no demasiado cerca, utilizando la técnica de aterrizaje silencioso.

—Magnífico —comentó Croswell, su ayudante, que era demasiado joven para preocuparse por imprevistos. Chedka, el lingüista eboriano, nada dijo. Dormía, como siempre.

Maarten gruñó algo y fue a la parte trasera de la nave a hacer sus comprobaciones. Croswell ocupó su puesto en la pantalla de observación.

—Ahí vienen —informó Croswell media hora después—. Son como una docena, claramente humanoides.

De más cerca, ya vio que los nativos de Durell tenían un color blanco y mortecino y rostro inexpresivo. Croswell vaciló, pero añadió luego:

—No son demasiado guapos.

—¿Y qué es lo que hacen? —preguntó Maarten.

—Sólo nos miran —contestó Croswell. Era un hombre joven y esbelto con un bigote insólitamente grande y lustroso que se había dejado crecer en el largo viaje desde la Tierra. Se lo retorció con el orgullo del hombre que ha sido capaz de conseguir un bigote realmente bueno.

—Ahora están a unos veinte metros de la nave —informó Croswell. Se inclinó hacia adelante, aplastando cómicamente la nariz contra la escotilla, que tenía un cristal de visión única.

Croswell podía ver el exterior, pero nadie podía ver el interior de la nave desde fuera. El Departamento de Psicología Alienígena había instituido este cambio hacía un año, después de que una nave del mismo estableció primer contacto en Carella II. Los carelianos habían contemplado el interior de la nave, y, alarmados por algo que vieron dentro, habían huido. El Departamento aún no sabía lo que les había alarmado, pues no se había podido establecer un segundo contacto fructífero.

Aquel error no se repetiría.

—¿Ahora qué? —preguntó Maarten.

—Uno de ellos se adelanta solo. Quizás sea el jefe. O quizás ofrezcan un sacrificio.

—¿Qué ropa lleva?

—Lleva... una especie de... ¿No te importaría venir aquí y verlo tú mismo?

Maarten, en su panel de instrumentos, había estado montando un cuadro esquemático de Durell. El planeta tenía atmósfera respirable, un clima regular y una gravedad comparable a la de la Tierra. Había en él valiosos yacimientos de metales raros y radiactivos. Y además, no había, a juzgar por los datos, microorganismos virulentos ni vapores ponzoñosos que pudiesen hacer angustiosamente breve la vida de un contactador.

Durell sería sin duda un valioso vecino para la Tierra, si los nativos se mostraban cordiales... y los contactadores hábiles.

Maarten se acercó a la escotilla de observación y estudió a los nativos.

—Llevan ropa color pastel. Tendremos que vestirnos del mismo color.

—De acuerdo —dijo Croswell.

—Van desarmados. Debemos salir desarmados.

—Muy bien.

—Llevan sandalias. Debemos llevar sandalias también.

—Oír es obedecer.

—Veo que no tienen vello en la cara —dijo Maarten con una aviesa sonrisa—. Lo siento, Ed, pero ese bigote...

—¡Mi bigote no! —gritó Croswell, protegiéndoselo rápidamente con una mano.

—Me temo que sí.

—Pero, Jan, ¡he estado seis meses cuidándolo!

—Tiene que desaparecer. Sabes que no hay más salida.

—No veo por qué — dijo Crowell indignado.

—Porque las primeras impresiones son vitales. Después de una primera impresión desfavorable, los contactos son difíciles, a veces imposibles. Dado que no sabemos nada sobre esa gente, nuestra vía más segura es el ajustamos a ellos. Intentar parecer como ellos, vestir con colores que les resulten agradables, o al menos aceptables, imitar sus gestos, introducirnos en su estructura de aceptación en la medida en que podamos...

—Está bien, está bien — dijo Crowell —. Supongo que podré dejármelo otra vez a la vuelta.

Se miraron; luego ambos rompieron a reír. Crowell había perdido así tres bigotes.

Mientras Crowell se afeitaba, Maarten despertó a su lingüista. Chedka era un humanoide lemuroide de Eboria IV, uno de los pocos planetas con los que la Tierra mantenía relaciones fructíferas. Los eborianos eran lingüistas natos, ayudados por el tipo de capacidad asociativa ligado a las minucias que suministran las palabras en la conversación... Sólo los eborianos acertaban siempre. Habían recorrido una porción considerable de la galaxia en su época, y podrían haberse hecho un sitio holgado en ella de no ser porque necesitaban dormir veinte horas de cada veinticuatro.

Crowell terminó de afeitarse y se puso un sobretodo verde pálido y sandalias. Los tres pasaron por el desgermificador. Maarten hizo una profunda inspiración, pronunció una oración en voz baja y abrió la escotilla.

Del grupo de durellanos se elevó un suspiro apagado, aunque el jefe — o sacrificador — guardó silencio. Eran realmente humanoides, si se prescindía de su palidez y de la suave blandura bovina de sus rasgos; rasgos en los que Maarten no era capaz de leer expresión alguna.

—No hacen ningún gesto facial — advirtió Maarten a Crowell.

Avanzaron lentamente hasta situarse a unos tres metros del durellano que se había adelantado. Entonces Maarten dijo en voz baja:

—Venimos en paz.

Chedka tradujo, luego escuchó la respuesta, tan suave que resultaba casi indescifrable.

—El jefe da bienvenida — informó Chedka en su terráqueo telegráfico.

—Bien, bien — dijo Maarten. Avanzó unos pasos más y comenzó a hablar, deteniéndose de cuando en cuando para permitir la traducción. Afanosamente, y con convicción extrema, entonó el Discurso Primario BB-32 (para alienígenas humanoides, pastorales-primitivos no primariamente agresivos).

Incluso Crowell, al que pocas cosas impresionaban, hubo de admitir que era un magnífico discurso. Maarten dijo que venían de muy lejos, de la Gran Nada, para entablar relaciones amistosas con la buena gente de Durell. Habló de la verde y distante Tierra, tan parecida a aquel planeta, y de los humildes y cordiales terrícolas que les extendían una mano de amigo. Habló del gran espíritu de paz y cooperación que emanaba de la Tierra, de amistad universal y de otras cosas excelentes.

Cuando concluyó, hubo un largo silencio.

—¿Lo entendió todo? —susurró Maarten a Chedka.

El eboriano asintió con un gesto, esperando la respuesta del jefe. Maarten sudaba, a consecuencia del ejercicio, y Crowell no podía dejar de manosear nerviosamente su labio superior recién afeitado.

El jefe abrió la boca, lanzó una especie de estertor, dio una pequeña media vuelta y cayó al suelo desmayado.

Fue un momento embarazoso para el que no se había previsto en teoría ninguna solución concreta.

El jefe no se incorporó; al parecer, no se trataba de una caída ceremonial. En realidad, parecía respirar trabajosamente, como un hombre en coma.

Dadas las circunstancias, el equipo de contacto no podía sino retirarse a la nave y esperar la evolución de los acontecimientos.

Media hora después, un nativo se aproximó a la nave y conversó con Chedka, sin dejar de observar ceñudo a los terrícolas, y partió inmediatamente.

—¿Qué dijo? —preguntó Croswell.

—El jefe Moren pide disculpas por su desmayo —les dijo Chedka—. Dice que fue una incorrección inexcusable.

—¡Vaya! —exclamó Maarten—. Ese desmayo puede ayudarnos, después de todo; se sentirá obligado a compensar su «incorrección»- Siempre que fuese un hecho fortuito, no relacionado con nosotros...

—No —dijo Chedka.

—¿No, qué?

—Está relacionado —dijo el eboriano, enroscándose y disponiéndose a dormir.

Maarten despertó al pequeño lingüista.

—¿Qué más dijo el jefe? ¿Qué relación tiene su desmayo con nosotros? Chedka bostezó ampliamente.

—El jefe estaba muy embarazado. Aguantó vuestro aliento mientras pudo, pero el olor...

—¿Mi aliento? —preguntó Maarten—. ¿Le hizo desmayarse mi aliento?

Chedka asintió, lanzó una inesperada risilla y se echó a dormir de nuevo.

Llegó el atardecer y el largo y mortecino crepúsculo de Durell se fundió imperceptiblemente en noche. En el pueblo, brillaron los fuegos de la cena a través del bosque que lo rodeaba, y luego fueron extinguiéndose uno a uno. En la nave espacial, las luces brillaron hasta el alba. Y cuando salió el sol, Chedka dejó la nave y fue en misión hacia el pueblo. Croswell cavilaba ante su café matutino, mientras Maarten hurgaba en el baúl de medicamentos de la nave.

—Es un incidente de escasa importancia —decía animoso Croswell—. Estas cosillas son inevitables. Recuerdas aquella vez en Dingoforeaba VI...

—Por cosas sin importancia como ésta se cierran para siempre los planetas —dijo Maarten.

—Pero cómo puede uno imaginar...

—Yo debería haberlo previsto —masculló enfadado Maarten—. ¡Resulta que nuestro aliento no ha resultado ofensivo en ninguna parte y va a resultar aquí!

Alzó triunfante un frasco de pastillas color rosa.

—Absolutamente garantizadas para neutralizar cualquier aliento, incluso el de una hiena.

—Hay que tomar un par de ellas. Croswell aceptó las pastillas.

—¿Ahora qué?

—Ahora esperaremos hasta que... ¡aj! ¿Qué dijo? Chedka se deslizó por la escotilla de entrada, frotándose los ojos.

—El jefe se disculpa por su desmayo.

—Eso ya lo sabemos, ¿Qué más?

—Os da la bienvenida al pueblo de Lannit. Considera que este incidente no debe alterar el curso de las buenas relaciones entre dos pueblos corteses y amigos de la paz.

Maarten suspiró con alivio. Carraspeó y preguntó vacilante:

—¿Le dijiste que... que ya no nos olería el aliento?

—Le aseguré que se corregiría —dijo Chedka—, aunque a mí nunca me molestó.

—Bien, bien. Iremos ahora mismo al pueblo. ¿Quieres tomar tú una de estas pildoras?

—A mi aliento no le pasa nada —dijo el eboriano con satisfacción. Salieron inmediatamente hacia el pueblo de Lannit.

Cuando uno trata con un pueblo pastoral-primitivo, busca gestos simples pero de gran simbolismo, pues es lo que ellos entienden mejor. ¡Imágenes! ¡Paralelismos claros y definidos! ¡Pocas palabras y muchos gestos! Esas eran las normas en el trato con pastorales-primitivos.

Cuando Maarten se aproximaba al pueblo, vio ante sí una ceremonia muy natural y de gran contenido simbólico. Los nativos le esperaban en su pueblo, que se alzaba en el claro de un bosque. Separaba el bosque del pueblo el lecho seco de un arroyo, que cruzaba un puentecito de piedra.

Maarten avanzó hasta el centro del puente y se detuvo contemplando con gesto cordial a los durellanos. De pronto, vio que varios de ellos se estremecían y daban la vuelta alejándose, y suavizó su expresión, recordando sus normas sobre gestos faciales. Se detuvo durante un largo instante.

—¿Qué pasa? —preguntó Crowell, parándose frente al puente. En voz muy alta, Maarten gritó:

—Que este puente simbolice el lazo que se establece, ahora y para siempre, entre este bello planeta y... —Crowell hizo una señal de advertencia, pero Maarten no percibió nada anormal. Miró a los habitantes del pueblo; no habían hecho movimiento alguno.

—¡Sal de ese puente! —gritó Crowell. Pero antes de que pudiese moverse, toda la estructura se derrumbó bajo él y cayó en el arroyo seco.

—Es lo más extraño que he visto en mi vida —dijo Crowell ayudándole a levantarse—. En cuanto alzaste la voz, las piedras empezaron a pulverizarse. Vibración simpática, supongo.

Maarten comprendió entonces por qué los durellanos hablaban en susurros. Se levantó trabajosamente, luego lanzó un gemido y se sentó otra vez.

—¿Qué te pasa? —preguntó Crowell.

—Parece ser que me he roto un tobillo —dijo quejumbrosamente Maarten.

Llegó el jefe Moren, seguido de unos veinte hombres, hizo un breve discurso y regaló a Maarten un bastón de madera negra pulida y tallada.

—Gracias —murmuró Maarten, levantándose y apoyándose afanosamente en el bastón.

—¿Qué dijo? —preguntó a Chedka.

—El jefe dijo que el puente tenía solo cien años y que estaba en buen estado —tradujo Chedka—. Pide disculpas porque sus antepasados no lo hubiesen construido mejor.

—Vaya —dijo Maarten.

—Y el jefe dice que probablemente seas un hombre desafortunado.

Quizás tenga razón, pensó Maarten. O quizás todos los terrícolas fuesen una raza torpe. Pese a sus buenas intenciones, en pueblo tras pueblo y en planeta tras planeta despertaban miedo, odio, envidia... principalmente por una primera impresión desfavorable.

Aun así, en aquel planeta parecía haber una buena posibilidad de entendimiento. ¿Qué otro problema podría plantearse?

Maarten forzó una sonrisa, luego la borró rápidamente y, cojeando, caminó hacia el pueblo al lado de Moreri.

Tecnológicamente, la civilización durellana era de un orden inferior. Hacía un uso limitado de la rueda y la palanca, pero sus conocimientos mecánicos eran muy rudimentarios. Había pruebas de un conocimiento tosco de la geometría plana y de una idea relativa de astronomía.

Sin embargo, desde el punto de vista artístico, los durellanos habían alcanzado una sorprendente perfección, especialmente en el tallado de madera. Incluso las cabañas más simples tenían bajorrelieves concebidos y ejecutados con gran perfección y belleza.

—¿Crees que podríamos hacer algunas fotografías? —preguntó Crowell.

—No veo razón para no hacerlas —dijo Maarten Acá ricio amorosamente un extenso panel, tallado, de la misma madera negra que su bastón. El acabado era tan suave al tacto como piel.

El jefe dio su aprobación, y Crowell sacó fotografías de una casa durellana, de un mercado y de un templo.

Maarten daba vueltas por allí, acariciando suavemente los intrincados bajorrelieves, hablando con algunos de los nativos por intermedio de Chedka, y analizando sus impresiones.

Los durellanos, a criterio de Maarten, eran muy inteligentes y tenían una capacidad potencial comparable a la del homo sapiens. Su carencia de una tecnología definida se debía más a una cooperación con la naturaleza que a un fallo de su sistema. Parecían gentes amantes de la paz y no agresivas por naturaleza, valiosos vecinos para una Tierra que, después de centurias de confusión, caminaba hacia un objetivo similar.

Esta sería la base de su informe al Segundo Equipo de Contacto. Y esperaba poder añadir: Todo parece indicar que se ha dejado una impresión -favorable de la Tierra. No hay que prever dificultades excepcionales.

Chedka había estado hablando afanosamente con el jefe Moreri. Ahora, pareciendo algo más despierto de lo habitual, se acercó a Maarten y conferenció con él en voz muy baja. Maarten asintió, manteniendo la cara inexpresiva, y se acercó a Crowell, que sacaba sus últimas fotografías.

—¿Todo listo para el gran espectáculo? —preguntó Maarten.

—¿Qué espectáculo?

—Morero da una fiesta en nuestro honor esta noche —dijo Maarten—. Es una gran fiesta. Una fiesta muy importante. Un gesto definitivo de amistad y bienvenida y todo eso.— Aunque su tono era de indiferencia, había en sus ojos un profundo brillo de satisfacción.

La reacción de Crowell fue más inmediata.

—¡Entonces lo hemos conseguido! ¡El contacto es fructífero!

A su espalda, dos nativos se estremecieron ante la potencia de su voz y se alejaron con un débil trotecillo.

—Lo habremos conseguido —murmuró Maarten— si miramos bien lo que hacemos. Son gente cordial y comprensiva... pero parece que les resultamos un poco fastidiosos...

Al anochecer, Maarten y Crowell habían concluido un análisis químico de los alimentos durellanos determinando que ninguno de ellos era peligroso para los seres humanos. Tomaron unas cuantas pastillas color rosa más, se pusieron otro sobretodo y otras sandalias, volvieron a bañarse y a desgerminarse y se encaminaron a la fiesta.

El primer plato fue un vegetal verde anaranjado que sabía a calabaza. Luego, el jefe Moreri hizo un breve discurso sobre la importancia de las relaciones interculturales. Les sirvieron un plato que parecía conejo y se pidió a Crowell que hablase.

—Recuerda —susurró Maarten—. ¡Debes hablar muy bajo!

Crowell se levantó y empezó a hablar. Controlando la voz y procurando no hacer ningún gesto, comenzó a enumerar las diversas similitudes que existían entre la Tierra y Durell, basándose principalmente en gestos con las manos para transmitir su mensaje.

Chedka traducía. Maarten hacía gestos aprobatorios. El jefe aprobaba también. Los invitados hacían lo mismo.

Crowell concluyó su discurso y se sentó. Maarten le echó la mano por encima del hombro.

—Muy bien, Ed. Tienes dotes naturales de... ¿qué pasa? Crowell tenía una expresión de asombro y de incredulidad.

—¡Mira!

Maarten se volvió.

El jefe y los invitados aún seguían asintiendo con los ojos fijos y muy abiertos.

—¡Chedka! —susurró Maarten—. Háblales. El eboriano hizo una pregunta al jefe. No hubo respuesta. El jefe continuaba asintiendo rítmicamente.

—Esos gestos —dijo Maarten—. Debes de haberles hipnotizado.

Se rascó la cabeza, y luego tosió sonoramente. Los du-rellanos dejaron de asentir, parpadearon y empezaron a hablar entre sí con rapidez y nerviosismo.

—Dicen que tenéis extraños poderes —tradujo Chedka—. Dicen que sois una gente extraña y que no saben si pueden confiar en vosotros.

—¿Qué dice el jefe? —preguntó Maarten.

—El jefe cree que sois sinceros. Está diciéndoles que no pretendáis hacer daño a nadie.

—Eso está bastante bien. Creo que lo mejor es que dejemos así las cosas. Se levantó y Crosswell y Chedka le imitaron.

—Nos vamos ya —dijo al jefe en un susurro—. Pero os suplicamos que nos deis permiso para que otros miembros de nuestra raza os visiten. Perdonad los errores que hemos cometido; sólo se debieron a nuestra ignorancia.

Chedka tradujo, y Maarten continuó murmurando, la cara sin expresión, las manos en los costados. Habló de la unidad de la galaxia, de las ventajas de la cooperación, de la paz, del intercambio de artículos y de arte y de la solidaridad básica de toda vida humana.

Moreri, aunque estaba aún un poco atontado por la experiencia hipnótica, contestó que los terrícolas siempre serían bienvenidos.

Impulsivamente, Crosswell extendió su mano. El jefe la contempló un instante, desconcertado, y luego extendió la suya, sin saber muy bien el porqué ni el para qué.

De pronto lanzó un gemido agónico y retiró su mano.

En ella podían verse profundos surcos rojos.

—¿Pero qué pudo...?

—¡El sudor! —dijo Maarten—. Es un ácido. Debe ejercer un efecto casi instantáneo sobre su organismo. Vámonos de aquí.

Los nativos estaban agrupándose y habían cogido piedras y palos.

El jefe, pese al dolor, se había puesto a discutir con ellos, pero los terrícolas no esperaron a ver el resultado de la discusión. Se encaminaron hacia su nave con la máxima rapidez que la cojera de Maarten, aliviada por el bastón, podía permitir.

El bosque estaba oscuro y lleno de movimientos sospechosos. Llegaron sin aliento a la nave espacial. Crosswell, el primero, se enredó en un matorral y cayó de cabeza por la escotilla, con resonante estruendo.

—¡Maldita sea! —aulló.

Bajo ellos se agitó el suelo y comenzó a retemblar y a deslizarse.

—¡Entremos en la nave! —ordenó Maarten. Lograron despegar antes de que el suelo se abriese del todo.

—Debió ser otra vez vibración simpática —dijo Crosswell varias horas después, cuando ya la nave estaba en el espacio—. Pero también es mala suerte, ir a posarnos sobre esa roca...

Maarten suspiró y movió la cabeza.

—En realidad no sé qué hacer. Me gustaría volver para explicarles todo esto, pero...

—Hemos sobrevivido a la bienvenida —dijo Crosswell.

—Eso parece. Ha sido un disparate detrás de otro. Empezamos mal, y todo fue de mal en peor.

—No se trata de lo que hicieseis —explicó Chedka con un tono de simpatía que nunca habían percibido en su voz—. No es culpa vuestra. Es culpa de lo que sois.

Maarten consideró un momento la cuestión.

—Sí. Tienes razón. Nuestra voz hace estremecerse su tierra, nuestras expresiones les disgustan, nuestros gestos les hipnotizan, nuestro aliento les sofoca, nuestro sudor les quema. ¡Oh, Dios mío!

—¡Dios mío, Dios mío! —añadió Crowell melancólicamente—. Somos factorías químicas vivientes... pero que destilamos gas ponzoñoso y líquidos corrosivos nada más.

—Pero eso no es todo lo que sois —dijo Chedka—. Mirad.

Alzó el bastón de Maarten. En la parte superior, por donde Maarten lo había empuñado, retoños hacía mucho tiempo dormidos se habían convertido en flores blancas y rosadas, cuyo aroma llenaba la cabina.

—¿Veis? —dijo Chedka—. También sois esto.

—Ese bastón estaba muerto —musitó Crowell—. Debe de ser algún aceite de tu piel. Maarten se estremeció.

—¿Suponéis que todos los grabados que tocamos en las cabañas... y en el templo...?

—Eso creo —dijo Crowell.

Maarten cerró los ojos y se lo imaginó. Se imaginó el súbito retoñar y florecer de aquella madera muerta y seca.

—Creo que comprenderán —dijo, intentando afanosamente creérselo—. Es un hermoso símbolo y son gentes inteligentes y comprensivas. Creo que les gustará... bueno, al menos les gustarán algunas de las cosas que somos.

## LA TRAMPA

Samish, necesito ayuda. La situación es potencialmente peligrosa, así que ven enseguida.

Se ve que tenías razón, Samish, viejo amigo. No debería haber confiado en un terráqueo. Son una raza torpe, ignorante e irresponsable, como siempre has dicho tú.

Y además tampoco son tan estúpidos como parecen. Estoy empezando a creer que la delicadeza de los tentáculos no es la única medida de inteligencia.

¡Qué lamentable embrollo, Samish! Y el plan parecía tan perfecto...

Ed Dailey vio un brillo metálico junto a la puerta de la cabaña, pero estaba aún demasiado soñoliento para investigar.

Se había despertado poco después del amanecer y se había asomado para ver qué tiempo hacía. El panorama no resultaba muy prometedor. Durante la noche había llovido mucho y goteaba el agua de las hojas y ramas del bosque próximo. Su ranchera estaba toda mojada y la carretera que conducía ladera arriba tenía por lo menos treinta centímetros de barro.

Su amigo Thurston se aproximó a la puerta en pijama, con la cara soñolienta y de una placidez búdica.

—Siempre llueve el primer día de vacaciones —comentó—. Es una norma de la naturaleza.

—Puede resultar un día bueno para las truchas —dijo Dailey.

—Pudiera ser. Pero es un día mejor para encender un buen fuego en la chimenea y beber ron caliente.

Durante once años, habían salido juntos en sus breves vacaciones de otoño, pero por razones distintas. Dailey profesaba un amor romántico al equipo. Los dependientes de las tiendas de deportes de Nueva York le colgaban de los anchos y erguidos hombros costosas zamarras de piel, como las que debía llevar uno para seguir la pista al abominable hombre de las nieves por las alturas del Tibet. Le vendían ingeniosas

estufitas capaces de funcionar hasta con huracán y extraños cuchillos curvados del mejor acero sueco.

A Dailey le encantaba sentir el peso de la cantimplora en el costado y el del rifle de azulado cañón de acero sobre el hombro. Pero la cantimplora contenía normalmente ron, y el rifle sólo lo usaba para hacer puntería en latas. Pese a sus sueños, Dailey era un hombre pacífico, que no profesaba ninguna animosidad a aves ni animales.

Su amigo Thurston estaba demasiado gordo y tenía poco cuello, por lo cual aligeraba al máximo su equipaje y elegía las armas de menor tamaño. A la segunda semana, conseguía normalmente conducir la cacería hacia Lago Plácido, hacia los bares y albergues que eran su verdadero medio. Allí, con gran habilidad y experiencia, cazaba tranquilamente entre los grupos de muchachas de vacaciones en vez de cazar osos pardos, osos negros o ciervos.

Este suave ejercicio resultaba muy adecuado para aquellos dos prósperos y pacíficos hombres de negocios que se aproximaban ya a la cincuentena, y que regresaban a la ciudad curtidos y frescos, con nuevos ánimos y renovada tolerancia hacia sus mujeres.

—Tienes razón —dijo Dailey—. ¿Qué es eso? —había advertido un brillo metálico junto a la cabaña. Thurston se aproximó y movió el objeto con el pie.

—Tiene un aspecto extraño.

Dailey apartó la hierba y vio una caja cuadrada de un metro veinte de lado, construida con planchas de metal y articulada en la parte superior. En una de las planchas había escrita con letra brillante una sola palabra: TRAMPA.

—¿Dónde compraste eso? —preguntó Thurston.

—No lo compré —Dailey localizó una tarjeta de plástico que estaba atada a una de las planchas metálicas. La soltó y leyó: «Querido amigo, este es un modelo de TRAMPA nuevo y revolucionario. Para difundir esta trampa entre el público, le damos este modelo absolutamente gratis. Comprobará que se trata de un instrumento útil y valiosísimo para la captura de caza menor siempre que siga

usted exactamente las instrucciones que verá al dorso. ¡Buena suerte y buena caza!»

—Esto es de lo más extraño —dijo Dailes—. ¿Crees que lo habrán dejado aquí durante la noche?

—¿Qué más da? —dijo Thurston encogiéndose de hombros—. Mi estómago protesta. Hagamos el desayuno.

—¿Es que no te interesa esto?

—No especialmente. No es más que un aparato como los demás. Puedes conseguir cientos iguales. Aquella trampa de osos de Abercrombie y Fitch. El cuerno de jaguar de Battler's. El señuelo para cocodrilos de...

—Yo nunca he visto una trampa como ésta —musitó Dailey—. Y una publicidad muy inteligente, el dejarla aquí.

—Ya te la cobrarán —dijo cínicamente Thurston—. Yo voy a hacer el desayuno. Tú lavarás los platos.

Y entró en la cabaña mientras Dailey leía las instrucciones del dorso de la tarjeta.

«Lleve la TRAMPA a un claro y fíjela a un árbol adecuado con la cadena adjunta. Apriete el Botón Uno situado en la base. Esto pone en marcha la TRAMPA. Espere cinco segundos y apriete el Botón Dos. Esto activa la TRAMPA. Y no necesita hacer nada más hasta que se haya efectuado una Captura. Luego apriete el Botón Tres para desactivar y abrir la TRAMPA. Y saque la Pieza.

¡Advertencia! Mantenga la TRAMPA cerrada salvo cuando saque la PIEZA. No es necesario que se abra nada para que la PIEZA entre, pues la TRAMPA funciona según el principio de Sección Osmótica e introduce a la PRESA directamente en su interior.»

—¡Qué no inventarán! —exclamó admirado Dailey.

—El desayuno está listo —llamó Thurston.

—Primero ayúdame a colocar la trampa.

Thurston se había puesto unos bermudas y una camisa deportiva. Se acercó y echó una indecisa mirada a la trampa.

—¿Crees realmente que debemos utilizar esto?

—Desde luego. Puede que capturemos una zorra.

—¿Y qué demonios íbamos a hacer tú y yo con una zorra? —preguntó Thurston.

—Volver a soltarla —contestó Dailey—. Lo divertido es capturarla. Ven, ayúdame a levantar esto.

La trampa era sorprendentemente pesada. La arrastraron entre los dos hasta unos cincuenta metros de la cabaña y ataron la cadena a un pino joven. Dailey apretó el primer botón y la trampa brilló suavemente.

Thurston retrocedió inquieto.

Cinco segundos después Dailey apretó el segundo botón. El bosque goteaba y las ardillas chillaban en las copas de los árboles y los matorrales ronroneaban agitados por el viento. La trampa seguía allí inmóvil junto al árbol; su estructura metálica brillaba débilmente.

—Vamos —dijo Thurston—. Los huevos ya se habrán quedado fríos.

Dailey le siguió a la cabaña, mirando la trampa por encima del hombro. Quedaba allí en el bosque, silenciosa y acechante.

Samish, ¿dónde estás? Te necesito cada vez más. Aunque pueda parecer increíble, mi pequeño planetaide está desintegrándose ante mis propios ojos. Tú eres mi amigo más antiguo, Samish, el compañero de mi juventud, y eres además amigo de Fregl. Cuento contigo. No tardes.

Te he transmitido ya el principio de mi historia. Los terrícolas aceptaron la trampa como una trampa nada más, y empezaron a utilizarla inmediatamente, sin tener idea de las posibles consecuencias. Yo ya contaba con esto. Es bien conocida la fantástica curiosidad de las especies terrícolas.

Durante este período, mi esposa reptaba alegremente por el planetaide, redecorando nuestra madriguera y disfrutando del cambio de la vida urbana. Todo iba muy bien.

Durante el desayuno Thurston explicó con pedante prolijidad de detalles por qué no podía funcionar una trampa a menos que tuviese una abertura por donde pudiese entrar la pieza. Dailey se sonrió y habló de sección osmótica. Thurston insistía en que jamás había oído hablar de tal cosa. Después de lavar y secar los platos, salieron a ver la trampa.

—¡Mira! —gritó Dailey.

En la trampa había algo; tenía aproximadamente el tamaño de un conejo, pero era de color verde brillante. Sus ojos se extendían sobre unos pedúnculos y tenía pinzas semejantes a las de las langostas.

—Se acabó el ron antes del desayuno —dijo Thurston—. A partir de mañana. Dame la cantimplora.

Dailey se la dio y Thurston se administró dos generosos tragos. Luego contempló otra vez la criatura atrapada y exclamó:

—¡Brrrrr!

—Creo que es una especie desconocida —dijo Dailey.

—Es una especie de pensadilla. ¿Por qué no nos vamos ahora mismo a Lago Plácido y olvidamos todo esto?

—Porque no. Nunca he visto una cosa así en mis libros de zoología. Quizás sea una especie totalmente desconocida por los científicos. ¿Dónde lo meteremos?

—¿Meterlo?

—Claro, no podemos dejarlo en la trampa. Tenemos que hacerle una jaula y luego averiguar qué come.

La cara de Thurston perdió parte de su habitual serenidad.

—Oye, Ed, no estoy dispuesto a compartir mis vacaciones con un bicho como éste. Probablemente sea venenoso. Y estoy seguro de que es un animal sucio. —Carraspeó y luego concluyó—: Hay algo antinatural en esa trampa. Es... ¡inhumana!

Dailey rió entre dientes.

—Estoy seguro de que dijeron lo mismo del primer coche de Ford y de la lámpara incandescente de Edison. Esta trampa no es más que otro ejemplo del progreso de la técnica norteamericana.

—Yo soy partidario del progreso —dijo con firmeza Thurston—, pero en otras direcciones. ¿No podríamos simplemente...?

Observó la expresión de su amigo y dejó de hablar. Dailey tenía una expresión parecida a la que debía tener Cortés cuando se aproximaba a la cima de un pico de Darien.

—Sí —dijo Dailey tras unos instantes—. Creo que sí.

—¿Qué?

—Te lo diré más tarde. Primero construyamos una jaula y preparemos de nuevo la trampa. Thurston lanzó un gruñido, pero le siguió.

¿Por qué no has venido aún, Samish? ¿Acaso no comprendes la gravedad de mi situación? ¿No te he explicado claramente hasta qué punto dependo de ti? ¡Piensa en tu viejo amigo! Piensa en Fregl, la de la hermosa piel, por la que me veo en este embrollo. Ponte en comunicación conmigo, al menos.

Los terráqueos utilizaron la trampa, que, por supuesto, no era una trampa, sino un transmisor de materia. Yo tenía el otro extremo conectado en el planeta. Y coloqué en él tres animalitos que encontré en el huerto. Los terráqueos fueron sacándolos uno a uno del transmisor, Dios sabe con qué objeto. Cualquiera sabe lo que piensa un terráqueo.

Después de pasar por el transmisor el tercer animal y ver que no regresaba, comprendí que todo estaba listo.

Así que me dispuse a hacer el cuarto y último envío, el más importante, para el que los otros habían sido una preparación.

Estaban en el cobertizo anexo a la cabaña. Thurston miraba con desagrado las tres jaulas construidas con red antimosquitos. Dentro de cada jaula había un animal.

—Caramba —dijo Thurston—. Cómo huelen.

En la primera jaula estaba la primera captura, aquella criatura de extraños ojos y pinzas de langosta. Junto a ella había un pájaro con tres series de alas escalonadas. Finalmente, algo que parecía una serpiente, pero con una cabeza en cada extremo.

Dentro de las jaulas había también cuencos con leche, platos con carnes picada, verdura, hierbas, corteza de árbol... todo intacto.

—No quieren comer nada —dijo Dailey.

—Evidentemente están enfermos —le dijo Thurston—. Probablemente sean portadores de gérmenes. ¿Por qué no nos libramos de ellos, Ed?

Dailey miró fijamente a su amigo.

—Tom, ¿nunca has deseado ser famoso?

—¿Qué?

—Ser famoso. Saber que tu nombre perdurará siglos.

—Yo soy un hombre de negocios —dijo Thurston—. Nunca consideré esa posibilidad.

—¿Nunca?

Thurston sonrió estúpidamente.

—Bueno, ¿quién no ha soñado con eso? ¿Qué es lo que te propones?

—Estos animales —dijo Dailey— son únicos. Los entregaremos a un museo.

—¿Y? —dijo Thurston con interés.

—La exposición Dailey-Thurston de animales hasta ahora desconocidos.

—Podrían dar nuestro nombre a la especie —dijo Thurston—. Después de todo, los descubrimos nosotros.

—¡Claro que lo harían! Nuestros nombres estarían a la altura de los de Livingstone, Audubon y Teddy Roosevelt.

—Vaya —dijo Thurston, caviloso—. Creo que el lugar adecuado sería el Museo de Historia Natural. Estoy seguro de que organizarían una exposición...

—No pienso únicamente en una exposición —dijo Dailey—. Yo pienso en toda un ala del museo... el Ala Dailey Thurston.

Thurston miró a su amigo desconcertado. Había en Dailey profundidades que nunca había imaginado.

—Pero, Ed, sólo tenemos tres. No podemos llenar un ala con tres ejemplares.

—Tiene que haber más en el sitio de donde salieron éstos. Examinemos la trampa.

Esta vez la trampa contenía un animal de casi un metro de altura, con una cabecita verde y cola en horquilla. Tenía por lo menos una docena de gruesos cilios, que se agitaban furiosamente.

—Los otros eran tranquilos —dijo Thurston con aprensión—. Puede que éste sea peligroso.

—Lo cogeremos con una red —contestó decidido Dailey—. Y luego me pondré en contacto con el museo.

Tras considerable trabajo, consiguieron trasladar el animal a una jaula. Pusieron otra vez la trampa en funcionamiento, y Dailey envió el siguiente telegrama al Museo de Historia Natural: HEMOS DESCUBIERTO POR LO MENOS CUATRO ANIMALES QUE SOSPECHAMOS PERTENECEN A ESPECIES DESCONOCIDAS STOP DISPONGAN ESPACIO PARA UNA EXPOSICIÓN STOP DEBEN ENVIAR UN ESPECIALISTA INMEDIATAMENTE.

Luego, ante la insistencia de Thurston, añadió referencias sobre su respetabilidad para que no los tomasen por locos.

Aquella tarde, Dailey explicó su teoría a Thurston. Estaba seguro de que existía una bolsa primigenia aislada en aquella zona de los Adirondacks. En ella había animales que habían logrado sobrevivir desde la época prehistórica. Nunca habían sido capturados porque, debido a su gran antigüedad, poseían un alto grado de experiencia y eran sumamente cautelosos. Pero la trampa, que operaba en base al nuevo principio de la sección osmótica, era algo frente a lo que carecían de experiencia.

—Pero los Adirondacks han sido muy bien explorados —objetó Thurston.

—Al parecer no tan bien —dijo Dailey, con lógica irrefutable. Luego, volvieron a la trampa. Estaba vacía.

Apenas si puedo oírte, Samish. Eleva el volumen, por favor. O mejor aun, ven aquí en persona. ¿Qué utilidad tiene que contactes conmigo? La situación es cada vez más desesperada.

¿Qué quieres, Samish? ¿El resto de la historia.? Es bastante obvio. Después del enviar a los tres animales por el transmisor, supe que todo estaba preparado. Era el momento de hablar con mi mujer. En consecuencia, le pedí que entrase en el huerto conmigo. Estaba muy alegre. Dime, querido, ¿hay algo que te haya preocupado últimamente?

Hum, dije yo.

¿Acaso estabas disgustado conmigo?, me preguntó.

No, cielo mío, dije. Tú has hecho todo lo que has podido. Pero resulta que no es suficiente. Voy a unirme a una nueva compañera.

Se quedó inmóvil, con los cilios ondeando de desconcierto. Luego exclamó:

¡Fregl!

Sí, contesté, la gloriosa Fregl ha consentido compartir mi madriguera.

Pero, ¿acaso olvidas que estamos unidos para toda la vida?

No lo olvido. Es una lástima que insistas en ese formulismo. Y con un hábil empujón la metí en el transmisor de materia.

Tenías que haber visto su expresión, Samish. Sus cilios se erizaron, lanzó un chillido y desapareció.

¡Al fin estaba libre! ¡Había sido algo desagradable, pero estaba libre! ¡Libre para unirme a la espléndida Fregl!

Ahora podrás comprender ya la absoluta perfección de mi plan. Era necesario asegurarse la cooperación de los terráqueos, pues los transmisores de materia deben manipularse por ambos extremos. Yo lo había enmascarado como una trampa porque los terrícolas se lo creen todo. Y como baza final, les envié a mi mujer.

¡Qué intenten ellos vivir con ella! ¡Yo nunca pude!

Un plan perfecto, absolutamente perfecto. El cuerpo de mi mujer nunca volvería, porque los codiciosos terráqueos lo guardan todo. Nadie podría probar nada nunca. Y entonces, Samish, entonces...

El aire de rústica serenidad de la cabaña había desaparecido. Huellas de neumáticos se entrecruzaban por toda la cenagosa carretera. El suelo estaba lleno de paquetes de cigarrillos vacíos, envolturas de caramelos y papeles. Pero, después de unas agitadas horas, todos se habían ido. Sólo quedaba tras ellos como un gusto amargo.

Dailey y Thurston estaban ante la trampa vacía, contemplándola con desesperanza.

—¿Qué crees que le ha pasado? —preguntó Dailey, dándole un puntapié.

—Puede que no haya más que capturar —sugirió Thurston.

—Tiene que haberlo. ¿Por qué habría de capturar cuatro animales totalmente desconocidos y luego ninguno más? —se arrodilló junto a la trampa y añadió con amargura—: ¡Esos estúpidos del museo! ¡Y esos periodistas!

—En parte —dijo prudentemente Thurston—, no puedes echarles la culpa...

—¿No puedo? ¡Acusándome de falsificación! ¿Pero no les oíste, Tom? ¡Me preguntaron cómo había hecho los injertos!

—Fue una lástima que los animales hubiesen muerto todos cuando llegaron los del museo —dijo Thurston—. Eso hizo que recelaran.

—Esos animales estúpidos no querían comer nada. ¿Tengo yo la culpa de eso? Y aquellos periodistas... realmente, imaginaba que los periódicos de la ciudad contratarían periodistas más inteligentes.

—No deberías haberles prometido capturar más animales —dijo Thurston—. Empezaron a sospechar que era un fraude al ver que la trampa no capturaba ninguno más.

—¿Cómo no iba a prometerlo? ¿Quién iba a sospechar que no aparecerían más animales en la trampa después de esa cuarta captura? ¿Y por qué tuvieron que reírse cuando les hablé del sistema de capturar por sección osmótica?

—Nunca habían oído hablar de eso —contestó cansinamente Thurston—. Nadie ha oído hablar de eso. Vayámonos a Lago Plácido y olvidemos todo el asunto.

—¡No! Este cachivache tiene que funcionar otra vez. ¡Debe hacerlo!

Dailey puso en marcha la trampa, la activó y la contempló durante varios segundos. Luego abrió la tapa articulada.

Dailey metió la mano en la trampa y lanzó un grito.

—¡Mi mano! ¡Ha desaparecido! Retrocedió de un salto.

—No, no ha desaparecido —le aseguró Thurston. Dailey examinó ambas manos. Se las frotó e insistió:

—Mi mano desapareció dentro de esa trampa.

—Vamos, vamos —dijo suavemente Thurston—. Un pequeño descanso en Lago Plácido te dejará como nuevo...

Dailey se aproximó a la trampa e introdujo en ella su mano. Desapareció. Siguió introduciéndose por la abertura y vio que su brazo se desvanecía hasta el hombro. Miró a Thurston con una sonrisa de triunfo.

—Ahora veo cómo funciona —dijo—. ¡Esos animales no venían, ni mucho menos, de los Adirondacks!

—¿De dónde venían?

—¡Del lugar en el que está mi mano! Me llaman mentiroso: pues muy bien, ¡les haré una demostración!

—¡Ed! ¡No lo hagas! ¡No sabes lo que...!

Pero Dailey había empezado ya a entrar en la trampa, los pies por delante. Desaparecieron sus pies. Lentamente fue introduciendo su cuerpo hasta que sólo fue visible su cabeza.

—Deséame suerte —dijo.

—¡Ed!

Dailey se tapó la nariz y se sumergió, desapareciendo.

¡Samish, si no vienes inmediatamente, será demasiado tarde! No puedo seguir transmitiendo. Ese enorme terráqueo ha destrozado por completo mi pequeño planeta. Ha metido todas las cosas, vivas y muertas, en el transmisor. Mi casa está en ruinas.

¡Y ahora está hurgando en mi madriguera! Samish, este monstruo pretende capturarme como si fuese un espécimen. ¡No hay tiempo que perder!

Samish, tú, mi viejo amigo...

¿Qué, Samish? ¿Qué dices? ¡Eso es imposible! ¿Tu y Fregl? ¡Piénsalo bien, amigo mío, recuerda nuestra amistad!

## EL CUERPO

Cuando el profesor Meyer abrió los ojos, vio, inclinados ansiosamente sobre él, a tres de los jóvenes especialistas que habían realizado la operación. Inmediatamente pensó que tenían que haber sido jóvenes para intentar lo que habían intentado. Jóvenes e irreverentes, y con unos conocimientos técnicos y enciclopédicos y nada más; gente de nervios de acero y dedos firmes, inhumanos, en realidad. Tenían la calificación de autómatas.

Tanto le afectaba aquel ramalazo de razonamiento postanestésico, que tardó unos instantes en comprender que la operación había sido un éxito.

—¿Cómo se siente, señor? ¿Se encuentra bien?

—¿Puede usted hablar, señor? Si no puede, límitese a asentir o a negar con la cabeza. O a pestañear.

Observaban con ansiedad.

El profesor Meyer tragó saliva, comprobando las limitaciones de su nuevo paladar, su lengua y su garganta. Luego dijo, torpemente:

—Yo creo... yo creo...

—¡Está perfectamente! —gritó Cassidy—. ¡Feldman! ¡Despierta!

Feldman se levantó de la turca de un salto y se puso a buscar sus gafas.

—¿Cómo ha despertado tan pronto? ¿Dijo algo?

—Sí, habló. ¡Habló como un ángel! ¡Por fin lo logramos, Freddie!

Feldman encontró sus gafas y se abalanzó sobre la mesa de operaciones.

—¿Puede decir algo más, señor? Cualquier cosa...

—Estoy... estoy...

—Oh. Dios mío —dijo Feldman—, creo que voy a desmayarme.

Los tres hombres rompieron a reír. Rodearon a Feldman y le dieron palmadas en la espalda, felicitándole. Feldman empezó también a reír, pero su risa se quebró en una violenta tos.

—¿Dónde está Kent? —gritó Cassidy—. Debería estar aquí, maldita sea. Mantuvo ese maldito osciloscopio en marcha durante diez horas completas. Nunca vi nada igual. ¿Dónde demonios está?

—Fue a por unos bocadillos —dijo Lupowicz—. Aquí viene. ¡Kent, Kent, lo logramos!

Kent cruzó la puerta con dos bolsas de papel, y medio bocadillo metido en la boca. Lo tragó convulsivamente.

—¿Habló? ¿Qué dijo?

Detrás de Kent se produjo un clamor. Una docena de hombres se abalanzaron hacia la puerta.

—¡Que se vayan de aquí! —gritó Feldman—. No pueden entrevistarle esta noche. ¿Dónde está ese policía? Un policía se abrió paso y bloqueó la puerta.

—Ya oís lo que dice el doctor, muchachos.

—Eso no es justo. ¡Meyer pertenece al mundo!

—¿Cuáles fueron sus primeras palabras?

—¿Qué dijo?

—¿Le habéis convertido realmente en un perro?

—¿Qué clase de perro?

—¿Puede menear el rabo?

—Dijo que se encontraba bien —les explicó el policía bloqueando la puerta—. Ahora váyanse, muchachos.

Un fotógrafo metió la cabeza por debajo del brazo del policía. Vio al profesor Meyer en la mesa de operaciones, y murmuró:

—¡Jesús! —alzó su cámara—. Mira hacia acá, amigo... Kent puso la mano ante el objetivo al estallar el flash.

—¿Por qué hiciste eso? —preguntó el fotógrafo.

—Ahora tienes una fotografía de la mano de Kent —dijo Kent sarcásticamente—. Amplíala y cuélgala en el Museo de Arte Moderno. Y lárgate de aquí antes de que te rompa el cuello.

—Vamos, muchachos —repitió con firmeza el policía, echando a los periodistas. Se volvió y contempló al profesor Meyer echado en la mesa de operaciones—. Jesús, aún no puedo creerlo —masculló, y cerró la puerta.

—¡Las botellas! —gritó Cassidy.

—¡Hay que celebrarlo!

—¡Esto merece una fiesta!

El profesor Meyer sonrió... sólo internamente, claro está, pues sus expresiones faciales se veían hora muy limitadas.

—¿Cómo se siente, señor? —preguntó Feldman acercándose a él.

—Estoy muy bien —dijo Meyer, pronunciando cuidadosamente con su extraño paladar—. Quizás algo confuso.

—Pero no lo lamenta, ¿verdad...? —preguntó Feldman.

—Aún no lo sé —dijo Meyer—. Yo en principio era contrario a esto, ya sabe, no hay ningún hombre que sea indispensable.

—Usted lo es, señor —dijo Feldman con feroz convicción—. He seguido sus clases y sus conferencias. No es que pretenda entender ni una décima parte de lo que usted

decía. Para mí el simbolismo matemático es sólo una afición. Pero aquellos principios unificadores...

—Por favor —le cortó Meyer.

—No, déjeme hablar, señor —dijo Feldman—. Está usted continuando la gran obra donde Einstein y los demás la dejaron. ¡Ningún otro puede completarla! ¡Nadie más que usted! Había que mantenerle vivo unos cuantos años más, por cualquier medio que la ciencia pudiese ofrecer. Eso sí, me hubiese gustado encontrar un receptáculo más adecuado para su cerebro. No podíamos utilizar un cuerpo humano, y nos veíamos obligados a rechazar el de un primate...

—No importa —dijo Meyer—. Después de todo lo que cuenta es el intelecto. Aún me siento un poco mareado...

—Recuerdo su última lección en Harvard —continuó Feldman, uniendo las manos—. ¡Era usted tan viejo, señor! Me daban ganas de llorar... aquel cuerpo cansado, arruinado...

—¿Podemos ofrecerle un trago, señor? —Cassidy ofreció a Meyer un vaso. Meyer soltó una carcajada.

—Me temo que mi nueva configuración facial no es muy adecuada para los vasos. Sería preferible un cuenco.

—Exactamente —dijo Cassidy—. ¡Traed un cuenco! Señor, Señor...

—Tendrá que perdonarnos, señor —se disculpó Feldman—. Ha sido una tensión terrible. Llevamos en esta sala casi una semana, y no creo que ninguno de nosotros haya dormido ocho horas en todo ese tiempo. Estuvimos a punto de perderle, señor...

—¡El cuenco! ¡Aquí está el cuenco! —dijo Lupowicz—. ¿Qué desea, señor? ¿Cerveza? ¿Ginebra?

—Simplemente agua, por favor —dijo Meyer—. ¿Cree usted que puedo levantarme?

—Si le resulta fácil... —Lupowicz le alzó suavemente de la mesa de operaciones y le ayudó a bajar de ella y a sentarse en el suelo. Meyer se equilibró torpemente sobre sus cuatro patas.

—¡Bravo! —gritaron entusiasmados los demás.

—Creo que mañana podré empezar a trabajar —dijo Meyer—. Habrá que idear algún aparato que me permita escribir. No será muy difícil. Habrá otros problemas relacionados con el cambio... No pienso tan claramente como antes...

—No intente precipitar las cosas.

—¡No, demonios! ¡No podemos perderle ahora!

—¡Qué artículo saldrá de esto!

—¿Trabajo de equipo, o cada uno desde su propia especialidad y su propio enfoque?

—Ambas cosas, ambas. Será un tema inagotable. Demonios, esto va a dar mucho que hablar...

—¿Dónde está el cuarto de baño? —preguntó Meyer. Los otros se miraron entre sí.

—¿Para qué?

—Calla la boca, idiota. Por aquí, señor. Yo le abriré la puerta.

Meyer siguió al otro pegado a sus talones, percibiendo, mientras caminaba, cuanto más cómodo era andar a cuatro patas. Cuando regresó, los científicos hablaban acaloradamente sobre los aspectos técnicos de su caso.

—Jamás, ni en un millón de años...

—No estoy de acuerdo contigo. Cualquier cosa que se pueda hacer una vez...

—No te pongas en plan científico con nosotros, muchacho. Tú sabes de sobra que fue una extraña combinación de factores fortuitos. ¡Simple y ciega suerte!

—No puedes decir eso. Algunos de aquellos cambios bio-eléctricos...

—Ya ha vuelto.

—Sí, pero no debe andar por ahí dando demasiadas vueltas. ¿Cómo te sientes, muchacho?

—No soy ningún muchacho —replicó el profesor Meyer—. Soy lo bastante viejo para ser tu abuelo.

—Perdone, señor. Creo que debería acostarse, señor.

—Sí —dijo el profesor Meyer—. Aún no estoy lo bastante fuerte, ni me siento lo bastante despejado... Kent lo levantó y lo colocó en el jergón.

—¿Qué tal se encuentra?

Se agruparon a su alrededor, cogidos de los hombros. Reían todos entre dientes, muy orgullosos de sí mismos.

—¿Podemos hacer algo más por usted?

—Pida cuanto necesite, que se lo traeremos.

—He llenado su cuenco de agua.

—Le dejaremos aquí cerca un par de bocadillos.

—Que descanse bien —dijo tiernamente Cassidy. Luego, involuntariamente, sin darse cuenta, acarició la larga y peluda cabeza del profesor Meyer. Feldman gritó algo incoherente.

—No me di cuenta —dijo Cassidy muy embarazado.

—Hemos de controlarnos. Es un hombre, ¿sabes?

—Claro que lo sé. Estoy muy cansado... Quiero decir, parece hasta tal punto un perro, que uno se olvida.

—¡Fuera de aquí! —ordenó Feldman—. ¡Fuera! ¡Todos! Les echó de la habitación y volvió rápidamente junto al profesor Meyer.

—¿Puedo hacer algo por usted, señor? Meyer intentó hablar, reafirmar su humanidad. Pero las palabras brotaban entrecortadas.

—No volverá a suceder, señor, se lo aseguro. Porque, ¡usted... usted es el profesor Meyer!

Rápidamente, Feldman echó una manta sobre el tembloroso cuerpo de Meyer.

—No hay duda, señor —dijo Feldman, procurando no mirar a aquel tembloroso animal—. Lo que cuenta es el intelecto, señor. ¡La mente!

—Por supuesto —admitió el profesor Meyer, el eminente matemático—. Pero... ¿tendría la bondad de darme unas palmaditas en la cabeza?

## PRIMER MODELO

El aterrizaje fue casi una catástrofe. Bentley se dio cuenta de que su coordinación se veía desequilibrada por el gran peso que llevaba a la espalda; no comprendió en qué medida hasta que, en un momento crucial, pulsó un botón equivocado. La nave comenzó a caer como una piedra. En el último momento logró superarlo, abriendo un agujero negro en la llanura que había bajo él. Su nave tocó tierra, retembló un instante, y luego se inmovilizó.

Bentley había realizado el primer aterrizaje de un ser humano en Tels IV.

Su reacción inmediata fue servirse un buen trago de whisky estrictamente medicinal.

Una vez hecho esto, dirigió su atención a la radio. Tenía el receptor injertado en el oído, que le picaba, y el micrófono implantado quirúrgicamente en la garganta. El equipo portátil subespecial estaba autoconectándose, lo cual era magnífico, pues Bentley nada sabía de cómo pudiese funcionar un sistema de transmisión para tan gran distancia.

—Todo va bien —dijo por radio al profesor Sliggert—. Es un planeta tipo Tierra, tal como dijeron los informes. La nave está intacta. Y tengo el gusto de informarle que no me he roto el cuello al aterrizar.

—Pues claro que no —dijo Sliggert, cuya voz resultaba más tenue y menos cargada de emoción por el pequeño receptor—. ¿Y el Protector? ¿Cómo se siente? ¿Ha conseguido acostumbrarse a él?

—Qué va —dijo Bentley—. Aún tengo la sensación de llevar un mono a la espalda.

—Bueno, ya se acostumbrará —le aseguró Sliggert—. El Instituto me manda transmitirle su felicitación, y creo que el gobierno le concederá una medalla. Recuerde que lo importante ahora es fraternizar con los aborígenes, y si es posible establecer un acuerdo comercial de algún tipo, del tipo que sea, como precedente. Necesitamos ese planeta, Bentley.

—Lo sé.

—Buena suerte. Informe siempre que tenga posibilidad de hacerlo.

—Así lo haré —prometió Bentley; y cortó la comunicación.

Intentó levantarse, pero no lo consiguió a la primera. Luego, utilizando los asideros que había, suficientemente espaciados, sobre el cuadro de control, logró mantenerse erguido. Ahora lamentaba no haber hecho más cumplidamente sus ejercicios físicos durante el largo viaje desde la Tierra.

Bentley era un joven alto, de sólida constitución fuerte y ágil, que medía más de un metro ochenta. En la Tierra pesaba sus buenos noventa kilos y se movía con prestancia de atleta. Pero desde que había abandonado la Tierra, tenía sobre sí el peso suplementario de treinta y tres kilos más, irrevocablemente ligados a su espalda. Dadas las circunstancias, sus movimientos parecían más bien los de un elefante muy viejo al que le apretasen los zapatos.

Agitó los hombros bajo las anchas fajas de plástico, hizo una mueca, y se dirigió caminando hacia una escotilla de estribor. A lo lejos, quizás a un kilómetro de distancia, pudo ver un pueblo, grisáceo y achatado sobre el horizonte. En la llanura distinguió puntos móviles que avanzaban hacia él. Al parecer, los habitantes del pueblo habían decidido ir a ver qué era aquel extraño objeto caído del cielo que despedía fuego y producía un ruido pavoroso.

«Buen espectáculo», se dijo Bentley. El contacto habría resultado difícil si aquellos alienígenas no hubiesen mostrado ninguna curiosidad. El Instituto de Exploración Interestelar de la Tierra había considerado esta posibilidad, pero no había hallado ninguna solución. En consecuencia, se había eliminado de la lista de posibilidades.

Los habitantes del pueblo se aproximaban. Bentley decidió que era ya hora de prepararse. Abrió un compartimento y sacó su linguasceno, que, con ciertas dificultades, consiguió fijarse sobre el pecho. Se puso una gran cantimplora con agua sobre una cadera, y sobre la otra un paquete de comida concentrada. Sobre el vientre se colocó un paquete que contenía herramientas diversas. Fijada a una pierna llevaba la radio. En la otra el botiquín.

Así equipado, Bentley soportaba un total de setenta kilos de elementos que habían sido todos declarados absolutamente imprescindibles para los exploradores extraterrestres.

El hecho de que hubiese de arrastrarse en vez de caminar era algo a lo que no se daba importancia.

Los nativos habían llegado ya a la nave, y la rodeaban haciendo comentarios diversos. Eran bípedos. Tenían colas cortas y gruesas y sus rasgos eran humanos, aunque poseían un cierto aire de pesadilla. Su color era naranja intenso.

Bentley se fijó en que iban armados. Pudo ver cuchillos, lanzas, jabalinas, mazas de piedra y hachas de pedernal. A la vista de aquel armamento, esbozó una sonrisa satisfecha. Aquélla era la justificación de su inquietud, la razón de que aquellos treinta y tres kilos de peso siguiesen sobre su espalda desde que saliera de la Tierra.

En realidad, nada importaban las armas de aquellos aborígenes, ni aunque fuesen de un nivel nuclear. No podían herirle.

Eso le había dicho el profesor Sliggert, jefe del Instituto, inventor del Protector.

Bentley abrió la escotilla. Los telsianos lanzaron un grito de asombro. El linguasceno, tras unos cuantos segundos iniciales de vacilación, tradujo las exclamaciones como: «¡Oh! ¡Ah! Que extraño! ¡Increíble! ¡Ridículo! ¡Incomprensible!»

Bentley bajó por la escalerilla que había a un lado de la nave, equilibrando cuidadosamente sus setenta kilos de peso suplementario. Los nativos formaron un semicírculo a su alrededor, con las armas dispuestas.

Avanzó hacia ellos. Retrocedieron.

—Vengo como amigo —dijo, sonriendo cordialmente. El linguasceno mascullo la frase con las ásperas consonantes del idioma telsiano.

No parecían creerle. Empuñaban sus armas, y un telsiano, más alto que los otros, y que llevaba un cabezal de muchos colores, enarboló un hacha dispuesto al ataque.

Bentley sintió un leve estremecimiento. Era invulnerable, por supuesto. Nada podía hacerle mientras llevase el Protector. ¡Nada! El profesor Sliggert estaba seguro de ello.

Antes de despegar, el profesor Sliggert había fijado el Protector a la espalda de Bentley, había ajustado las cintas, después había retrocedido para admirar de lejos aquel hijo de su cerebro.

—Perfecto —había proclamado con sereno orgullo. Bentley se encogió de hombros bajo el peso.

—Algo pesado, ¿no le parece?

—Pero, ¿qué vamos a hacerle? —dijo Sliggert—. Es el primero de su género, el prototipo. He procurado utilizar todos los elementos de menos peso. Por desgracia, los primeros modelos de un invento son siempre voluminosos.

—Me parece que podría usted haberlo hecho un poco más aerodinámico —objetó Bentley, mirando por encima del hombro.

—Eso vendrá mucho más tarde. Primero debe ser la concentración, y luego la compactación, y luego la función de grupo. Y por último esos detalles de forma y estilo. Ha sido siempre así, y siempre lo será. Piense, por ejemplo, en la máquina de escribir. Ahora es un sencillo aparato, casi del tamaño de una cartera. Pero las primeras máquinas funcionaban con pedales. Y para levantarlas se necesitaban varios hombres. Considere, por ejemplo, el linguasceno, que empezó como una calculadora electrónica de gran tamaño que pesaba varias toneladas...

—Está bien —cortó Bentley—. Si esto es lo más que puede hacer, dejémoslo ya. ¿Cómo puedo quitármelo?

El profesor Sliggert sonrió.

Bentley comenzó a buscar. No podía encontrar ninguna hebilla. Hurgó sin resultado en las cintas de los hombros, pero no pudo encontrar medio de quitárselas. Aquello era como una nueva camisa de fuerza de terrible eficacia.

—Vamos, profesor, ¿cómo puedo quitármelo?

—No se lo diré.

—¿Cómo?

—El Protector es incómodo, ¿verdad? —dijo Sliggert—. ¿Verdad que preferiría usted no llevarlo encima?

—Está muy en lo cierto.

—Lo comprendo. ¿Sabía usted que en época de guerra, en pleno campo de batalla, los soldados tienen la costumbre de deshacerse de partes esenciales de su equipo porque les resultan voluminosas o incómodas? Bien, pues con usted no podemos correr ese riesgo. Señor Bentley, va a ir a un planeta extraño. Estará expuesto a peligros totalmente desconocidos. Es preciso que esté usted siempre protegido.

—Lo sé muy bien —dijo Bentley—. Pero tengo suficiente sentido para saber cuándo he de ponerme esto.

—¿Está usted seguro? Le elegimos por atributos como decisión, energía, fuerza física... y, por supuesto, un cierto grado de inteligencia, pero...

—Gracias.

—Pero esas cualidades no le hacen precisamente proclive a la prudencia. Supóngase que se encuentra con que los nativos se muestran aparentemente amistosos y usted decide desprenderse del incómodo y pesado Protector. ¿Qué pasaría si hubiese juzgado erróneamente su actitud? Esto puede suceder fácilmente en la Tierra, piense cuanto más fácilmente en otro planeta.

—Sé cuidar de mí mismo —dijo Bentley.

Sliggert asintió con aspereza.

—Eso fue lo que dijo Atwood cuando salió para Durabella II, y no hemos vuelto a tener noticias tuyas. Ni tampoco de Blake, ni de Smith, ni de Korishell. ¿Puede prevenir usted acaso una puñalada por la espalda? ¿Tiene ojos en la nuca? No, señor Bentley, no los tiene... ¡pero el Protector sí!

—Mire —había dicho Bentley—, créalo o no, soy un adulto responsable. Llevaré el Protector siempre que esté en la superficie de un planeta extraño. Ahora dígame cómo puedo quitármelo.

—Parece que no me entiende, Bentley. Si se tratase sólo de su vida, le dejaríamos correr los riesgos que usted juzgase razonables. Pero estamos arriesgando muchos miles de millones de dólares en la nave espacial y en el equipo. Además, ésta es la prueba de campo del Protector. La única manera de estar seguros de los resultados es que usted no se lo quite nunca. El único medio de asegurar esto es no decirle cómo puede quitárselo. Queremos resultados. Sobrevivirá usted, le guste o no.

Bentley se lo había pensado y había aceptado a regañadientes.

—Supongo que podría sentirme tentado de quitármelo, si los nativos fuesen realmente amistosos.

—Le ahorramos esa tentación. Ahora, dígame, ¿sabe cómo funciona?

—Desde luego —respondió Bentley—. Pero, ¿hará realmente todo lo que usted dice?

—Pasó sin ningún fallo todas las pruebas de laboratorio.

—Me reventaría que algo fuese mal. Suponga que se suelta un cable o se funde algo...

—Esa es una de las razones de su tamaño —explicó pacientemente Sliggert—. Todo por triplicado. No corremos ningún riesgo de fallo mecánico.

—¿Y el suministro de energía?

—Para un siglo o más a plena carga. ¡El Protector es perfecto, Bentley! Después de esta prueba de campo, se convertirá sin duda en elemento imprescindible para los exploradores extraterrestres. —El profesor Sliggert se permitió una suave sonrisa de orgullo.

—Está bien —había dicho Bentley, moviendo los hombros bajo las anchas cintas de plástico—. Procuraré acostumbrarme a él.

Pero no lo había conseguido. Nadie puede acostumbrarse a llevar a la espalda un mono de treinta y tres kilos.

Los telsianos no sabían qué hacer ante Bentley. Discutieron varios minutos, durante los que el explorador mantuvo una tensa sonrisa. Luego, un telsiano se adelantó. Era más alto que los otros y llevaba un vistoso cabezal de cristales, huesos y trozos de madera pintados con colores bastante chillones.

—Amigos míos —dijo el telsiano—, hay aquí una mala vibración que yo, Rinek, siento perfectamente.

Otro telsiano que llevaba un cabezal parecido se adelantó también y dijo:

—No es bueno que un doctor en espíritus hable de tales cosas.

—Por supuesto que no —admitió Rinek—. No es bueno hablar del mal en presencia del mal, pues crece su fortaleza. Pero un doctor en espíritus debe detectar y evitar el mal. Y debe hacerlo sin preocuparse por los riesgos.

Otros individuos con cabezales distintivos, los doctores en espíritus, se adelantaron entonces. Bentley pensó que debían ser el equivalente telsiano de los sacerdotes, y que probablemente ostentasen también un poder político considerable.

—Yo no creo que sea malo —dijo un joven doctor en espíritus de agradable rostro llamado Huascl.

—Claro que lo es. No hay más que mirarle.

—La apariencia nada prueba, como sabemos de los tiempos del buen espíritu Ahut M'Kndi, que apareció en forma de...

—No nos des conferencias, Huascl. Todos conocemos las palabras de Laland. La cuestión es si debemos o no correr el riesgo.

Huascl se volvió a Bentley.

—¿Eres tú malo? —preguntó con viveza el telsiano.

—No —dijo Bentley.

Al principio, le había desconcertado la profunda preocupación que los telsianos mostraban por su status espiritual. No le habían preguntado de dónde venía, ni cómo, ni por qué. Pero luego no le pareció tan extraño. Si un alienígena hubiese desembarcado en la Tierra durante determinados períodos de celo religioso, probablemente lo primero que le habrían preguntado, habría sido: «¿Eres una criatura de Dios o de Satán?»

—El dice que no es malo —dijo Huascl.

—¿Cómo puede saberlo él?

—¿Si no lo sabe él, quién lo va a saber?

—Una vez el gran espíritu G'tal regaló a un sabio tres kdales y le dijo... —Y continuó.

Bentley se dio cuenta de que las piernas empezaban a fallarle debido al peso de su equipo. El linguasceno no podía ya transcribir fielmente la sutil discusión teológica que se había organizado allí. Su status parecía depender de dos o tres puntos muy discutidos, de los que los doctores en espíritus no querían hablar, puesto que hablar sobre el mal era peligroso en sí mismo.

Para complicar aun más las cosas, existía un cisma respecto a la idea de la comprensión del mal, que dividía a los doctores en espíritus más viejos de los jóvenes. Ambas facciones se acusaban recíprocamente de herejía, pero Bentley no podía determinar qué postura o qué interpretación le era más favorable.

Cuando el sol caía sobre la herbosa llanura, la batalla continuaba aún. Luego, de modo súbito, los doctores en espíritus llegaron a un acuerdo, sin que Bentley pudiese determinar por qué ni en qué base.

Fue Huascl quien se adelantó como portavoz de los jóvenes doctores en espíritus.

—Extranjero —declaró—, hemos decidido no matarte. Bentley reprimió una sonrisa. ¡Aquel pueblo primitivo perdonando la vida a un ser invulnerable!

—Es decir, de momento —se corrigió presuroso Huascl, al captar el ceño de Rinek y de otros doctores en espíritus, viejos. —Depende enteramente de ti. Te llevaremos al pueblo y nos purificaremos y haremos una fiesta. Luego te iniciaremos en la sociedad de doctores en espíritus. Nadie que sea malo puede llegar a ser doctor en espíritus; está estrictamente prohibido. De este modo, sabremos cuál es tu verdadera naturaleza.

—Quedo profundamente agradecido —dijo Bentley.

—Pero si eres malo, ten en cuenta que hemos hecho votos de destruir el mal. ¡Y si debemos hacerlo, podremos!

Los telsianos reunidos vitorearon su discurso e inmediatamente se inició el viaje de un kilómetro hasta el pueblo. Ahora que Bentley tenía ya un status, aunque fuese un tanto

confuso, los nativos se mostraban cordiales. Charlaban amistosamente con él sobre cultivos, sequías y hambre.

Bentley recorrió torpemente el camino bajo su equipo, agotado, pero muy animado en su interior. ¡Era realmente un éxito! Como iniciado y sacerdote, tendría una oportunidad insuperable de reunir datos antropológicos, establecer lazos comerciales, despejar el sendero para el futuro desarrollo de Tels IV.

Todo lo que tenía que hacer era pasar por las pruebas de iniciación. Y que no le mataran, por supuesto, se recordó a sí mismo sonriendo.

Era divertido lo seguros que estaban los doctores en espíritus de que podían matarle.

El pueblo estaba formado por dos docenas de cabañas agrupadas en un círculo irregular. Junto a cada una de las cabañas de barro y techo de bálago había un pequeño huerto de verduras, y en algunos casos unas pocilgas para la versión telsiana del ganado. Entre las cabañas pululaban animalitos de pelo verde, a los que los telsianos trataban como a animales domésticos. El área central, cubierta de hierba, era terreno común. Allí estaba el pozo de la comunidad, y también los altares de diversos dioses y demonios. En aquella zona, iluminada por una gran hoguera, las mujeres del pueblo habían dispuesto un festín.

Bentley llegó a la fiesta en un estado de casi total agotamiento, aplastado por su equipo esencial. Se sentó agradecido en el suelo con los habitantes del pueblo, y la fiesta empezó.

Primero las mujeres del pueblo bailaron en su honor una danza de bienvenida. Resultaba un espectáculo vistoso. Sus pieles anaranjadas resplandeciendo, iluminadas por las llamas, sus colas balanceándose graciosamente al unísono. Luego, un dignatario llamado Occip se acercó a él, con un cuenco lleno en la mano.

—Extranjero —dijo Occip—, tú eres de una tierra lejana, y tus costumbres no son las nuestras. ¡Seamos hermanos, sin embargo! ¡Comparte esta comida para sellar el lazo entre nosotros, y en el nombre de toda santidad!

Con una inclinación, le ofreció el cuenco.

Era un momento de gran importancia, una de esas ocasiones decisivas que pueden sellar para siempre la amistad de dos razas o hacerlas enemigas eternas. Pero Bentley no pudo, rechazó la comida simbólica.

—¡Pero, si está purificada! —exclamó Occip.

Bentley explicó que, debido a un tabú tribal, sólo podía comer de su propia comida. Occip no podía comprender que especies distintas tuviesen exigencias dietéticas distintas. Por ejemplo, indicó Bentley, la materia vital de Tels IV podía tener muy bien un componente estricnínico. Pero no añadió que aunque él quisiese correr el riesgo, su Protector jamás se lo permitiría.

Lo cierto es que su rechazo alarmó al pueblo. Hubo apresuradas conferencias entre los doctores en espíritus. Luego Rinek se acercó y se sentó a su lado.

—Dime —preguntó Rinek después de un rato—. ¿Qué piensas tú del mal?

—El mal no es bueno —dijo solemnemente Bentley.

—¡Ah! —el doctor en espíritus caviló sobre esto, agitando nerviosamente el rabo sobre la hierba. Uno de aquellos animalitos domésticos de piel verde, un mog, comenzó a jugar con su rabo. Rinek lo apartó y dijo:

—Así que no te gusta el mal.

—No.

—Y no permitirías ninguna incidencia maligna en ti.

—Desde luego que no —dijo Bentley, ahogando un bostezo. Le aburría cada vez más aquel tortuoso interrogatorio del doctor en espíritus.

—En ese caso, ¿no te importaría recibir la sagrada y santísima lanza que Kran K'leu trajo de la morada de los Pequeños Dioses, que hace bueno a todo hombre que la blande?

—Me complacería mucho recibirla —dijo Bentley, con los párpados pesados, esperando que aquella fuese la última ceremonia de la noche.

Rinek masculló su aprobación y se apartó de él. Las danzas de las mujeres cesaron. Los doctores en espíritus empezaron a cantar con voces profundas y estremecedoras. La hoguera se avivó.

Se adelantó Huascl. Llevaba ahora pintada la cara con finas franjas negras y blancas. Llevaba en la mano una vieja lanza de madera negra, con punta de cristal volcánico tallado y tallada también en toda su longitud con grabados de tosca hechura pero muy intrincados.

Levantando la lanza, Huascl dijo:

—¡Oh extranjero que vienes del cielo, acepta de nosotros esta lanza de santidad! Kran K'leu dio esta lanza a Trin, nuestro primer padre, y le concedió carácter mágico convirtiéndola en vasija de los espíritus del bien. ¡El mal no puede soportar la presencia de esta lanza! Recibe, pues, con ella nuestras bendiciones.

Bentley consiguió ponerse de pie. Comprendía el valor de una ceremonia como aquella. Al aceptar la lanza pondría fin, definitivamente, a cualquier duda respecto a su bondad espiritual. Incluyó la cabeza en gesto reverente. Huascl se adelantó, extendió hacia él la lanza y... El Protector se puso en marcha.

Su funcionamiento era simple, como sucede con muchos grandes inventos. Cuando su componente-calculador recibía un mensaje de peligro, el Protector creaba un campo de fuerza alrededor del usuario. Este campo le hacía invulnerable, pues era total y absolutamente impenetrable. Pero había ciertos inconvenientes inevitables.

Si Bentley hubiese tenido un corazón débil, el Protector podría haberle matado en el acto, pues su acción era de rapidez electrónica, totalmente inesperada y físicamente aplastante. En el espacio de un segundo, pasaba de estar frente a la gran hoguera con la mano extendida hacia la lanza santa, a verse sumergido en la oscuridad.

Sintió como siempre la sensación de que le catapultaban al interior de un armario mohoso y oscuro, de paredes de goma que le oprimían por todas partes. Maldijo la supereficiencia de la máquina. La lanza no era una amenaza; formaba parte de una importante ceremonia. Pero el Protector, con sus sentidos literales, la había interpretado como un posible peligro.

Y en la oscuridad, Bentley buscaba los controles que permitían desconectar el campo. El campo de fuerza alteraba su sentido del equilibrio, y, al parecer, de modo cada vez más intenso a medida que se repetía la experiencia. Fue cuidadosamente tanteándose el pecho, que era donde debería estar el botón, y lo localizó al fin bajo el sobaco derecho, adonde se había desplazado. Desconectó el campo.

La fiesta había concluido bruscamente. Los nativos estaban agrupados como buscando protección, con las armas dispuestas, las colas muy estiradas. Huascl, que se hallaba en el límite del campo de fuerza, había sido lanzado a unos seis metros de distancia y se levantaba laboriosamente.

Los doctores en espíritus comenzaron a canturrear una salmodia de purificación, para protegerse contra los malos espíritus; Bentley no podía reprochárselo.

Cuando un Protector crea su campo de fuerza, parece una esfera negra y opaca de unos tres metros de diámetro. Si algo choca contra ella sale despedido por una fuerza similar a la del impacto. En la superficie de la esfera aparecen líneas blancas que giran, se colorean y se desvanecen. Y al girar, la esfera emite una especie de gemido sutil y agudo.

En resumen, era algo muy poco apropiado para ganarse la confianza de un pueblo primitivo y supersticioso.

—Lo siento —dijo Bentley con una débil sonrisa. ¿Qué otra cosa podía decir?

Huascl se acercó cojeando, pero mantuvo la distancia.

—No puedes aceptar la lanza sagrada —proclamó.

—Bueno, no es exactamente eso —dijo Bentley—. Lo que pasa es que... Bueno, llevo encima este instrumento protector, es una especie de escudo, ¿sabes? No le gustan las lanzas. ¿No podrías ofrecerme una calabaza sagrada?

—No seas ridículo —dijo Huascl—. ¿Dónde has oído tal cosa? ¡Una calabaza sagrada!

—Bueno, sí, supongo que tienes razón. Pero confía en lo que te digo, por favor... no soy malo. No lo soy, de veras. Sólo que tengo ese tabú con las lanzas.

Los doctores en espíritus hablaban entre sí con demasiada rapidez para que el linguasceno pudiese interpretarles. Sólo captaba las palabras «mal», «destruir» y «purificación». Bentley juzgó que su futuro no era demasiado halagüeño.

Después de la conferencia, Huascl se acercó a él y dijo:

—Los hay que creen que debemos matarte inmediatamente, antes de que traigas una gran desgracia a este pueblo. Pero yo les he explicado que no puede culpársete por los tabúes que te limitan. Rezaremos por ti toda la noche. Quizás por la mañana sea posible la iniciación.

Bentley le dio las gracias. Le condujeron a una cabaña en la que los telsianos le dejaron lo más rápidamente posible. Había en todo el pueblo un cuchicheo que era como un mal presagio; desde la entrada de la cabaña, Bentley podía ver pequeños grupos de nativos que hablaban acalorados mirando a hurtadillas en dirección suya.

No era un buen comienzo de cooperación entre dos razas.

Inmediatamente estableció contacto con el profesor Sliggert y le explicó lo que había sucedido.

—Qué mala suerte —dijo el profesor—. Pero los pueblos primitivos son muy traicioneros. Quizás se propusiesen matarle con la lanza en vez de entregársela. Dársela a usted, pero en el sentido más literal.

—Estoy seguro de que no era ésa su intención —dijo Bentley—. Después de todo, hay que empezar a confiar en la gente alguna vez.

—Con miles de millones de dólares en equipo a su cargo, de ninguna manera.

—¡Pero no voy a poder hacer nada! —gritó Bentley—. ¿Es que no comprende? Me miran ya con recelo. No pude aceptar su lanza sagrada. Eso significa que puedo ser malo. Ahora, dígame, ¿qué va a suceder mañana en la ceremonia de iniciación? ¿Cree usted que si algún idiota saca un cuchillo para limpiarse las uñas, el Protector se lanzará a salvarme? Toda la primera impresión favorable que conseguí causarles se habrá perdido...

—La buena voluntad puede recuperarse —dijo sentenciosamente el profesor Sliggert—. Pero miles de millones de dólares en equipo...

—...pueden ahorrarse en la próxima expedición. Mire, profesor, deme un respiro. ¿No hay ningún modo de que yo pueda controlar esto manualmente?

—No, no lo hay —contestó Sliggert—. Eso traicionaría todo el objetivo de la máquina. Podría usted quitársela en ese caso, si se le permitiese confiar en sus propios reflejos en vez de en los impulsos electrónicos.

—Entonces dígame cómo puedo quitármela.

—Es el mismo problema... si pudiese quitársela no estaría protegido siempre.

—Oiga —protestó Bentley—, ustedes me eligieron por considerarme un explorador competente. Soy el que está aquí. Sé las condiciones que existen aquí. Explíqueme cómo se quita esto.

—¡No! El Protector tiene que tener una prueba de campo completa. Y queremos que usted regrese vivo.

—Por cierto —dijo Bentley—. Esta gente parece muy segura de poder matarme.

—Bueno, los pueblos primitivos siempre sobrestiman el poder de su fuerza, sus armas y su magia.

—Ya lo sé, ya. Pero, ¿está usted seguro de que no tienen ningún medio de atravesar el campo? ¿Con veneno, por ejemplo?

—Nada puede atravesar el campo —dijo pacientemente Sliggert—. Ni siquiera los rayos de luz pueden penetrarlo. Ni los rayos gamma. Lleva usted una fortaleza inexpugnable, señor Bentley. ¿Por qué no confía un poco más en ella?

—Los primeros modelos de los inventos suelen necesitar mucho planchado —gruñó Bentley—. Pero hagámoslo a su modo. ¿No quiere decirme, de todas formas, cómo puedo quitármelo por si las cosas van mal?

—Me gustaría que dejase de pedirme eso, señor Bentley. Fue usted elegido para hacer una prueba de campo completa del Protector. Y va a hacerla.

Cuando Bentley interrumpió el contacto con el doctor Sliggert, fuera era ya de noche y los habitantes del pueblo habían regresado a sus cabañas. Las hogueras ardían muy amortiguadas y Bentley podía oír los rumores de las criaturas de la noche.

Bentley se sentía muy ajeno a todo aquello y lleno de una profunda nostalgia.

Estaba cansado casi hasta el punto de la inconsciencia, pero se obligó a comer un poco de alimento concentrado y a beber unos sorbos de agua. Luego se quitó el estuche de herramientas, la radio y la cantimplora, y se tendió a dormir.

Cuando comenzaba a adormilarse, el Protector entró violentamente en acción, casi descoyuntándole. Torpemente buscó los controles, localizándolos junto al estómago, y desconectó el campo.

La cabaña tenía exactamente el mismo aspecto que antes. No pudo determinar la fuente del peligro.

¿Estaría el Protector perdiendo su sentido de la realidad, o habría intentado matarle un telsiano arrojándole una lanza por la ventana?

Entonces Bentley vio cómo se escurría muy asustado uno de aquellos animalitos de pelo verde, un mog, levantando nubéculas de polvo con las patas.

El animalito probablemente no quisiese más que acogerse al calor de la cabaña, pensó Bentley. Pero, claro, era un elemento extraño. El siempre atento Protector no podía menospreciar el peligro potencial que representaba.

Cayó de nuevo dormido, e inmediatamente empezó a soñar que estaba encerrado en una cárcel de goma esponjosa de un rojo brillante. Podía empujar las paredes y hacerlas estirarse indefinidamente, pero sin que nunca cediesen, y al final tenía que dejarlas volver de nuevo suavemente a su primitiva posición y resignarse a seguir en aquella cárcel. El sueño se repitió varias veces, hasta que de pronto sintió un ramalazo en la espalda y se despertó dentro del campo oscuro del Protector.

Esta vez le resultó francamente difícil encontrar los controles. Buscó desesperado al tacto hasta que lo enrarecido del aire que respiraba le hizo jadear de pánico. Al fin localizó los controles debajo de la barbilla, desconectó el campo y comenzó a buscar torpemente la fuente del nuevo ataque.

La encontró. Del techo de bardas de la cabaña había caído una ramita que había intentado aterrizar sobre él. El Protector, claro, no lo había permitido.

—Vamos, vamos —masculló Bentley en voz alta—. ¡Tengamos un poco de juicio!

Pero lo cierto es que estaba demasiado cansado. Por fortuna no hubo más asaltos aquella noche.

Por la mañana, llegó Huascl a la cabaña de Bentley, con aire muy solemne y muy alterado.

—Hubo muchos ruidos en tu cabaña durante la noche —dijo el doctor en espíritus—. Ruidos de tormenta, como si estuvieses luchando con un demonio.

—Tengo el sueño inquieto, nada más —explicó Bentley. Huascl sonrió, indicando que comprendía el chiste.

—Amigo mío, ¿rezaste esta noche para purificarte y liberarte del mal?

—Desde luego que sí.

—¿Y tuvo frutos tu oración?

—Los tuvo —dijo Bentley esperanzadamente—. No hay mal alguno a mi alrededor. Ni una mota. Huascl parecía receloso.

—¿Pero cómo puedes estar seguro? Quizás debas alejarte de nosotros en paz. Si no puedes ser iniciado, hemos de destruirte...

—No te preocupes por eso —le dijo Bentley—. Vamos, empecemos.

—Está bien —dijo Huascl, y salieron juntos de la cabaña.

La iniciación tendría lugar frente a la gran hoguera de la plaza del pueblo. Se habían enviado mensajeros durante la noche y habían llegado doctores en espíritus de muchos otros pueblos. Algunos habían hecho un viaje de hasta treinta y cinco kilómetros para participar en los ritos y ver a aquel ser extraño con sus propios ojos. Se había sacado también de su escondite secreto el tambor ceremonial que ahora resonaba solemnemente. Los habitantes del pueblo observaban, cuchicheaban, reían. Pero Bentley pudo percibir una corriente subterránea de tensión y nerviosismo.

Hubo una serie de danzas. Bentley se puso nervioso cuando empezó la última, pues el danzarín principal agitaba incesantemente una maza alrededor de la cabeza. Y se acercaba peligrosamente a él.

Los espectadores parecían fascinados. Bentley cerró los ojos esperando verse sumergido de un momento a otro en la oscuridad del campo de fuerza.

Pero el bailarín se alejó al fin y la danza concluyó con grandes vítores de los espectadores.

Comenzó a hablar Huascl. Bentley comprendió con cierto alivio que aquél era el final de la ceremonia.

—Oh, hermanos —dijo Huascl—. Este extranjero ha venido cruzando el gran vacío para ser nuestro hermano. Hay en él cosas extrañas y parece como si a su alrededor se percibiese una presencia diabólica; y sin embargo, ¿quién puede dudar de que sean buenas sus intenciones? ¿Quién puede dudar de que sea, en el fondo, una persona buena y honrada? Con esta iniciación le purificaremos del mal y le haremos uno de los nuestros.

Y extendió una mano.

Bentley sintió que el corazón le daba un vuelco. ¡Había ganado! ¡Le habían aceptado! Extendió su mano y estrechó la de Huascl.

O más bien intentó hacerlo, pues no llegó a conseguirlo; ya que el Protector, siempre alerta, le salvó de aquel contacto potencialmente peligroso.

—¡Maldita máquina imbécil! —bramó Bentley, buscando apresuradamente el control y liberando el campo. Vio inmediatamente que todo se había venido abajo.

—¡Eres el mal! —gritaban los telsianos, agitando enfebrecidos sus armas.

—¡Es el mal! —gritaban los doctores en espíritus. Bentley se volvió desesperado a Huascl.

—Sí —decía con tristeza el joven doctor en espíritus—, es cierto. Creímos que podríamos eliminar el mal con nuestro antiguo ceremonial. Pero ha sido imposible. ¡Hay que destruir a ese demonio! ¡Matemos al demonio!

Cayó sobre Bentley una lluvia de lanzas. El Protector respondió instantáneamente.

Pronto se hizo evidente que aquello era un callejón sin salida. Bentley permaneció unos minutos en el campo y luego accionó los controles. Los telsianos, al ver que aún seguía ileso, renovaron su ataque, y el Protector renovó instantáneamente su acción.

Bentley intentó caminar hacia la nave, pero el Protector entraba en acción cada vez que él lo desconectaba. Tardaría un mes o dos en recorrer un kilómetro a aquel paso, así que abandonó la idea. Sencillamente esperaría a que desistiesen los atacantes. Después de un rato, se darían cuenta de que no podían herirle, y por fin las dos razas llegarían a un entendimiento.

Intentó relajarse dentro del campo, pero le resultaba imposible. Tenía hambre y una gran sed, y el aire que respiraba estaba cada vez más enrarecido.

Entonces Bentley recordó con estupor que el aire no había salido del campo de fuerza la noche anterior. Naturalmente... no podía atravesarlo. Si no tenía cuidado, moriría de asfixia.

Comprendió que hasta una fortaleza inexpugnable podía caer si los defensores se morían de hambre o se asfixiaban.

Comenzó a pensar frenéticamente. ¿Cuánto tiempo persistirían los telsianos en su ataque? Tendrían que cansarse tarde o temprano...

¿O no se cansarían?

Esperó cuanto pudo, hasta que el aire resultaba prácticamente irrespirable, y luego liberó el campo. Allí estaban los telsianos sentados en el suelo, esperándole. Habían hechos nuevas hogueras y estaban preparando la comida.

Rinek le lanzó perezosamente una lanza y el Protector entró en acción de nuevo.

Así que han aprendido, pensó Bentley. Le matarían por hambre.

Intentaba pensar, pero las paredes de su oscuro encierro parecían apretarse contra él. Sentía una progresiva claustrofobia y el aire volvía a resultarle ya irrespirable.

Meditó un instante, y luego accionó los controles. Los telsianos le miraban con frialdad. Uno de ellos agarró una lanza.

—¡Espera! —gritó Bentley. En el mismo instante conectó su radio.

—¿Qué quieres? —preguntó Rinek.

—¡Escuchadme! No es justo que me atrapéis de este modo en el Protector.

—¿Eh? ¿Qué pasa? —preguntó el profesor Sliggert por el receptor del oído.

—Vosotros, telsianos, sabéis... —dijo ásperamente Bentley—... sabéis que podéis destruirme activando constantemente el Protector. ¡Yo no puedo desconectarlo! ¡No puedo librarme de él!

—¡Ah! —dijo el profesor Sliggert—. Comprendo el problema. Sí.

—Lo sentimos mucho —se disculpó Huascl—. Pero el mal debe ser destruido.

—Por supuesto —dijo Bentley desesperado—. Pero yo no. Dadme una oportunidad. ¡Profesor!

—Desde luego no hay duda de que eso es un fallo —musitó el profesor Sliggert—. Y un fallo serio. Claro, cosas como ésta no pueden preverse en el laboratorio. Sólo en una prueba de campo a gran escala. Rectificaremos el defecto en los nuevos modelos.

—¡Magnífico! ¡Pero yo estoy ahora aquí! ¿Cómo puedo quitarme este chisme?

—Lo siento —dijo Sliggert—. Francamente, nunca creí que pudiese ser necesario. A decir verdad, diseñé el aparato de modo que no pudiera usted quitárselo en ninguna circunstancia.

—¿Y por qué hizo usted eso? Piojoso...

—¡Por favor! —dijo secamente Sliggert—. Conservemos la calma. Si puede usted aguantar unos cuantos meses, podríamos...

—¡No puedo! ¡Necesito aire, agua!

—¡Fuego! —gritó Rinek, con gesto crispado—. ¡Cazaremos al demonio con fuego!

Y el Protector entró en acción una vez más.

Bentley intentó considerarlo todo meticulosamente en la oscuridad. Tenía que librarse del Protector. Pero, ¿cómo? Tenía un cuchillo en su estuche de herramientas. ¿Podría cortar con él las bandas de plástico? ¡Tendría que hacerlo!

¿Y luego? Aunque lograra salir de su fortaleza, la nave quedaba a un kilómetro de distancia. Sin el Protector, podrían matarle de un simple lanzazo. Y habían prometido hacerlo, pues le habían declarado irrevocablemente maligno.

Pero si corría, al menos tendría una oportunidad. Y era mejor morir de un lanzazo que asfixiarse lentamente en la absoluta oscuridad.

Bentley desconectó el campo. Los telsianos le rodeaban con hogueras, cortándole la retirada con un muro de llamas.

Se debatió frenético en la red de plástico que le trababa. Consiguió sacar el cuchillo. Y de nuevo el Protector se puso en marcha. Cuando volvió a desconectarlo, el círculo de fuego se había cerrado. Los telsianos empujaban cautamente hacia él las hogueras, acortando la circunferencia que le cercaba.

Bentley sintió que el corazón le daba un vuelco. En cuanto las hogueras estuviesen lo bastante próximas, el Protector se pondría en marcha y no sería posible desconectarlo ya. Habría una señal constante de peligro. Quedaría atrapado en el campo mientras ellos siguiesen alimentando las hogueras.

Y considerando los sentimientos de los pueblos primitivos respecto a los demonios, era muy posible que mantuviesen el fuego durante un siglo o dos.

Empezó a hacer cortes laterales en la cinta de plástico y logró cortarla hasta la mitad.

De nuevo se puso en marcha el Protector.

Bentley sentía vértigo y le agobiaba la fatiga. Tenía que respirar grandes bocanadas de aire viciado. Haciendo un esfuerzo, reaccionó. No podía aceptar ahora la derrota. Sería el fin.

Buscó los controles, desconectó. Ahora las hogueras estaban aun más cerca. Pudo sentir en la cara el calor de las llamas. Siguió cortando con furia la cinta y vio que cedía.

Se liberó del Protector en el mismo momento en que se activaba de nuevo el campo. El impulso le arrojó contra el fuego. Pero consiguió mantener el equilibrio y saltar por encima de las llamas sin quemarse. Se alzó un aullido. Bentley empezó a correr; mientras corría, fue liberándose del linguasceno, el estuche de herramientas, la radio, los alimentos concentrados y la cantimplora. Miró atrás una vez y vio que los telsianos le seguían.

Pero tenía una sensación de control de sí mismo. Su torturado corazón parecía querer saltársele del pecho y sus pulmones amenazaban con fragmentarse en cualquier momento, pero ante él estaba ya la nave espacial, brillando inmensa y amistosa en la lisa llanura.

Iba a conseguirlo. Otros veinte metros...

Algo verde brilló frente él. Era uno de aquellos animalitos de pelo verde, un mog. La torpe bestezuela intentó apartarse de su camino.

Hizo una maniobra para evitar el choque y comprendió, demasiado tarde, que nunca debería haberla hecho. Su pie derecho tropezó con una roca y cayó hacia adelante.

Oyó el rumor de los pies de los telsianos que se acercaban a él, y logró incorporarse.

Luego alguien lanzó contra él una maza que se estrelló limpiamente en su frente.

—¿Ar gwy dril? —dijo incomprensiblemente una voz lejana.

Bentley abrió los ojos y vio a Huascl inclinado sobre él.

Estaba en una cabaña, de nuevo en el pueblo. En la puerta había varios doctores en espíritus armados, observando.

—¿Ar dril? —preguntó de nuevo Huascl.

Bentley se giró, y vio, a su lado, su cantimplora, su alimento concentrado, sus herramientas, su radio y su linguasceno.

—Te preguntaba si te sentías bien —dijo Huascl.

—Desde luego, muy bien —mascullo Bentley, llevándose una mano a la cabeza—. Bueno, acabemos de una vez.

—¿Cómo?

—Vais a matarme, ¿no? Bueno, no hagamos de ello una película.

—Pero si nosotros no pretendemos destruirte a ti —dijo Huascl—. Sabemos que tú eres bueno. ¡Nosotros perseguíamos al diablo!

—¿Eh? —dijo Bentley sin comprender.

—¡Vamos, ven!

Los doctores en espíritus ayudaron a Bentley a levantarse. Fuera, rodeada por las llamas, estaba la gran esfera negra y brillante del Protector.

—Tú no lo sabías, claro —dijo Huascl—. Pero tenías un demonio subido a la espalda.

—¡Eh! —balbució Bentley.

—Sí, es cierto. Nosotros intentábamos librarte de él con la purificación, pero era demasiado fuerte. Tuvimos que obligarte, hermano, a enfrentarte a ese demonio y arrojarlo de tu espalda. Sabíamos que lo conseguirías, y lo conseguiste.

—Ya entiendo —dijo Bentley—. Un demonio en mi espalda. Sí, creo que tienes razón.

El Protector había sido para ellos exactamente eso: una pesada e informe carga sobre sus hombros, que generaba una negra esfera siempre que ellos intentaban purificarle. ¿Qué podía hacer un pueblo religioso sino intentar liberarle de sus garras?

Vio que varias mujeres del pueblo se acercaban con cestos de comida y la arrojaban al fuego frente a la esfera. Miró interrogativamente a Huascl.

—Estamos propiciándolo —dijo Huascl—, pues es un demonio muy fuerte sin duda capaz de hacer milagros. Nuestro pueblo se siente muy orgulloso de tener cautivo a un demonio así.

Se acercó a ellos un doctor en espíritus de un pueblo vecino.

—¿Hay más demonios como éste en tu país? —dijo—. ¿Podrías traernos uno para el culto?

Se acercaron otros doctores en espíritus. Bentley asintió con un gesto.

—Podría arreglarse —dijo.

Y se dio cuenta de que había comenzado el comercio Tierra-Tels. Y que se había descubierto también una aplicación útil del Protector del profesor Sliggert.

## SERVICIO DE ELIMINACIÓN

El visitante no debería haber conseguido pasar de recepción, pues el señor Ferguson sólo veía a las personas que tenían cita previa, a menos que fuesen muy importantes. Su tiempo valía dinero y tenía que protegerlo.

Pero su secretaria, la señorita Dale, que era joven, se dejaba impresionar fácilmente, y el visitante era un señor maduro que llevaba un traje elegante y bastón y le había entregado una historiadada tarjeta. La señorita Dale pensó que sería un hombre importante, y lo pasó directamente a la oficina del señor Ferguson.

—Buenos días, caballero —dijo el visitante tan pronto como la señorita Dale cerró la puerta—. Soy el señor Esmont del Servicio de Eliminación.

Y entregó a Ferguson su tarjeta.

—Ya veo —dijo éste, irritado por la falta de criterio de la señorita Dale—. ¿Servicio de Eliminación? Lo siento, pero no tengo nada que eliminar —y se levantó, dando por concluida la entrevista.

—¿Nada en absoluto? —preguntó el señor Esmont.

—Nada. Gracias por su visita...

—Debo pensar, entonces, que está usted satisfecho con la gente que le rodea...

—¿Cómo? No creo que eso sea problema suyo.

—Verá, señor Ferguson, ésa es la función del Servicio de Eliminación.

—¿Se burla de mí?

—Ni mucho menos —dijo el señor Esmont, con cierta sorpresa.

—Quiere usted decir —respondió Ferguson, riendo—, que ustedes eliminan gente.

—Desde luego. No puedo exhibirle pruebas documentales, pues evitamos por todos los medios la publicidad. Pero puedo asegurarle que somos una empresa sólida y bien establecida.

Ferguson contempló al pulido y cortés Esmont. No sabía cómo tomar todo aquello. Era una broma, sin duda. No podía tratarse de otra cosa.

Tenía que ser una broma.

—¿Y qué hacen ustedes con la gente que eliminan? —preguntó jovialmente Ferguson.

—Eso —dijo el señor Esmont— es asunto nuestro. Pero no le quepa duda de que desaparecen a todos los efectos. Ferguson se levantó.

—Está bien, señor Esmont. ¿Cuál es realmente su negocio?

—Ya se lo he dicho —contestó Esmont.

—Vamos, vamos. Usted bromeaba... Si hablaba en serio, yo tendría que llamar a la policía. El señor Esmont lanzó un suspiro y se levantó.

—Debo deducir de eso que no necesita usted de nuestros servicios, que está totalmente satisfecho de sus amigos y parientes, de su esposa...

—¿Mi esposa? ¿Qué sabe usted de mi esposa?

—Nada, señor Ferguson.

—¿Ha estado hablando usted con los vecinos? Esas discusiones no significan nada, absolutamente nada.

—No tengo información alguna sobre su situación matrimonial, señor Ferguson —dijo Esmont, sentándose de nuevo.

—¿Por qué menciona entonces a mi esposa?

—Porque los matrimonios son nuestra principal fuente de ingresos.

—Pues sepa que mi matrimonio marcha perfectamente. Mi mujer y yo nos llevamos muy bien.

—Entonces no necesita usted el Servicio de Eliminación —dijo el señor Esmont, colocándose el bastón bajo el brazo.

—Un momento —Ferguson empezó a pasear por el despacho, las manos a la espalda—. No creo una palabra de esto, ¿comprende? Ni una palabra. Pero suponiendo por un instante que hablase usted en serio... sólo suponiendo, ¿comprende?... ¿Cuál sería el procedimiento si yo... si quisiese...?

—Bastaría su consentimiento verbal —dijo el señor Esmont.

—¿Pago?

—Después de realizado el trabajo, desde luego.

—No es que me importe —dijo apresuradamente Ferguson—. Por pura curiosidad —vaciló—. ¿Resulta doloroso?

—En lo más mínimo. Ferguson siguió paseando.

—Mi mujer y yo nos llevamos muy bien —dijo—. Son diecisiete años de matrimonio. La gente siempre tiene dificultades de convivencia, claro. Lógico.

La cara del señor Esmont carecía por completo de expresión.

—Uno aprende a aceptar compromisos —dijo Ferguson—. Y yo he pasado ya la edad en que una fantasía pasajera pudiese...

—Le comprendo perfectamente —dijo el señor Esmont.

—Quiero decir —siguió Ferguson— que mi mujer a veces puede resultar difícil. Es muy quisquillosa. Supongo que se habrá informado sobre esto...

—No, ya se lo he dicho —contestó el señor Esmont.

—¡Tiene que haberlo hecho! Debe haber algún motivo concreto para que venga a verme a mí. El señor Esmont se encogió de hombros.

—En fin —dijo pesadamente Ferguson—. He pasado ya la edad en que pudiese desear una nueva relación. Supongamos que no tuviese mujer... que pudiese establecer una relación con... por ejemplo, la señorita Dale. Sería agradable, imagino...

—¿Sólo agradable? —dijo el señor Esmont.

—Sí. No sería cosa perdurable, no tendría un valor duradero. Carecería de la solidez moral que debe tener una empresa fructífera.

—Sería sólo agradable —dijo el señor Esmont.

—Exacto. Agradable, sí, sin duda. La señorita Dale tiene atractivo, es innegable. Y un temperamento muy equilibrado, un carácter muy dulce. Le gusta complacer. De eso estoy seguro.

El señor Esmont sonrió cortésmente. Se levantó y se dirigió hacia la puerta.

—¿Cómo podría entrar en contacto con usted? —preguntó Ferguson.

—Tiene usted mi tarjeta. Me encontrará en ese número hasta las cinco en punto. Pero debe decidir para entonces. El tiempo es dinero, y tenemos que cumplir con un programa y unos compromisos.

—Por supuesto —dijo Ferguson, con una risa hueca. —Aún no creo una palabra de todo esto. Ni siquiera conozco sus honorarios.

—Moderados para un hombre de su posición, se lo aseguro.

—Yo podría negar conocerle a usted y haber establecido este contacto, ¿verdad?

—Naturalmente.

—¿Y estará usted en este número?

—Hasta las cinco. Buenos días, señor Ferguson.

Después de irse Esmont, Ferguson se dio cuenta de que le temblaban las manos. Aquella conversación le había alterado, y decidió borrarla al punto de su mente.

Pero no era tan fácil. Aunque procuró enfrascarse en sus tareas, obligando a su pluma a tomar notas, no hacía más que recordar todo lo que había dicho Esmont.

El Servicio de Eliminación se había enterado de algún modo de los problemas que tenía con su mujer. Esmont mismo había dicho que era difícil, quisquillosa. Tenía que reconocer que era verdad, aunque fuese duro admitirlo.

Volvió a su trabajo, pero entró la señorita Dale con el correo de la mañana y se vio obligado a admitir que era sumamente atractiva.

—¿Desea usted algo más, señor Ferguson? —le preguntó.

—¿Cómo? Ah, no... de momento no —dijo Ferguson. Miró hacia la puerta largo rato después de salir ella.

Le resultaba imposible seguir trabajando. Decidió irse a casa.

—Señorita Dale —dijo, mientras se ponía el sombrero—, tengo que irme. Me temo que se va a acumular mucho trabajo. ¿Podría usted ayudarme por la noche un día o dos esta semana?

—Por supuesto, señor Ferguson —dijo ella.

—¿No interferirá esto en su vida social? —preguntó Ferguson, intentando reír.

—En absoluto, señor.

—Bien... ya le daré más detalles. Buenos días.

Salió apresuradamente de la oficina, muy colorado.

En casa, su esposa estaba acabando de fregar. La señora Ferguson era una mujercita sencilla con nerviosas arrugas junto a los ojos. Se sorprendió al verle.

—Qué pronto llegas hoy —dijo.

—¿Y qué hay de malo en eso? —preguntó Ferguson, con una energía que le sorprendió.

—Nada, nada...

—¿Qué quieres? ¿Que me mate trabajando en esa maldita oficina?

—Pero si yo...

—No me fastidies, anda —dijo Ferguson—. Deja de gruñir.

—¡Yo no gruño! —gruñó ella.

—Voy a echarme un rato —dijo Ferguson.

Subió las escaleras y se paró frente al teléfono. No había duda, todo lo que había dicho Esmont era cierto.

Miró su reloj, y le sorprendió descubrir que faltaba un cuarto de hora para las cinco.

Empezó a pasear frente al teléfono. Miraba la tarjeta de Esmont y floraba por su mente la figura esbelta y atractiva de la señorita Dale.

Descolgó el teléfono.

—Servicio de Eliminación. Al habla el señor Esmont.

—Soy el señor Ferguson.

—Sí, dígame, ¿qué ha decidido?

—He decidido... —Ferguson apretó con fuerza el teléfono. Tenía derecho a hacer aquello, se dijo a sí mismo.

Pero eran diecisiete años de matrimonio. ¡Diecisiete años! Habían pasado ratos felices, no sólo malos ratos. ¿Era justo, era realmente justo hacerlo?

—¿Qué ha decidido usted, señor Ferguson? —repitió Esmont.

—¡Yo... yo... no...! ¡No quiero sus servicios! —gritó Ferguson.

—¿Está usted seguro, señor Ferguson?

—Sí, absolutamente. Deberían estar todos ustedes entre rejas. Buenos días, caballero.

Colgó, e inmediatamente sintió que se le iba de encima un enorme peso. Bajó corriendo la escalera.

Su mujer preparaba costillas de buey, plato que él detestaba. Pero le daba igual. Estaba dispuesto a no fijarse en pequeñeces.

Llamaron al timbre.

—Oh, deben ser de la lavandería —dijo la señora Ferguson, intentando preparar la ensalada y revolver la sopa al mismo tiempo—. ¿Quieres abrir tú?

—Claro, cómo no —resplandeciente por su nueva honradez, Ferguson abrió la puerta. Había allí dos hombres uniformados con un gran saco de lona.

—¿La lavandería? —preguntó Ferguson.

—Servicio de Eliminación —dijo uno de ellos.

—Pero yo les dije que no quería... Le cogieron y, con la destreza que da la mucha práctica, le echaron al saco.

—¡No pueden hacer esto! —chillaba Ferguson.

El saco se cerró sobre él y se dio cuenta de que se lo llevaban. Oyó abrirse la puerta de un coche, luego le posaron cuidadosamente.

—¿Todo bien? —oyó que preguntaba su mujer.

—Sí, señora. Ha habido un cambio en el plan. De todos modos, hemos podido servirla.

—Cuánto me alegro —la oyó decir—. Fue para mí un placer tan grande hablar con el señor French esta tarde. Me disculparán, tengo la cena casi preparada y he de hacer una llamada telefónica.

El coche empezó a moverse. Ferguson intentó chillar, pero tenía la lona apretada contra la cara.

Se preguntaba desesperadamente a quién podría estar llamando ella, por qué no lo habría sospechado él...

## LA CARGA DEL HOMBRE HUMANO

Edward Flaswell compró su planetoide, sin verlo, en la Oficina de ventas de Terrenos Interestelares de la Tierra. Lo eligió por una fotografía que sólo mostraba una cadena de pintorescas montañas. Pero Flaswell amaba las montañas, y como comentó al dependiente:

—Quizás haya oro en ellas, ¿no le parece, amigo?

—Puede ser —contestó el dependiente, preguntándose qué hombre que estuviese en sus cabales podría decidir establecerse a varios años luz de la mujer más próxima, Ningún hombre en sus cabales lo haría, pensó el dependiente. Lanzó a Flaswell una mirada escrutadora.

Pero Flaswell estaba completamente cuerdo. Sencillamente, no se había parado a considerar el problema.

Flaswell pagó una pequeña suma en créditos e hizo una extensa promesa de mejorar gradualmente su terreno. Tan pronto se secó la tinta de su firma, compró pasaje a bordo de un carguero de segunda, metió en él una colección de cachivaches de segunda mano, y partió hacia su propiedad.

La mayoría de los pioneros novatos se encuentran con que han comprado un pedazo de roca desnuda. Flaswell tuvo suerte. Su planetoide, al que dio el nombre de Oportunidad, disponía de un mínimo de atmósfera manufacturada que pudo mejorar hasta hacerla respirable. Había agua, que su equipo de sondeo descubrió a la veintitrés tentativa. No halló oro en las montañas, pero sí torio, exportable. Y, mejor aún, gran parte del suelo era adecuado para el cultivo de frutos de bastante valor comercial.

Flaswell decía siempre a su robot capataz: ¡Este lugar me hará rico!

—Seguro, Jefe, seguro —contestaba siempre el robot.

El planetoide era sin duda prometedor. Su colonización resultaba una tarea abrumadora para un hombre solo, pero Flaswell no tenía más que veintisiete años y era de constitución vigorosa y carácter enérgico. Con su esfuerzo logró hacer florecer el planetoide. Pasaron los meses, y Flaswell sembró sus campos, horadó sus pintorescas montañas y embarcó sus artículos en el carguero que pasaba por allí de camino esporádicamente.

—Jefe hombre, señor —dijo un día su robot capataz—. No tenéis buen aspecto, señor Flaswell, excelencia.

Flaswell frunció el ceño al oír aquel discurso. Había comprado los robots a un supremacista humano de lo más radical, y las respuestas de los robots expresaban su idea del respeto debido a los humanos. A Flaswell le parecía irritante, pero no podía permitirse el desembolso necesario para cambiar las cintas de respuesta. Y, ¿dónde podría haber encontrado robots tan baratos?

—No me pasa nada, Gunga-Sam —respondió Flaswell.

—¡Ah! Perdóneme, pero no, señor Flaswell, Jefe. Ha hablado usted solo en voz alta en el campo, perdóneme por decirle esto.

—Bah, no te preocupes.

—Y tiene usted un principio de tic en el ojo izquierdo, sahib. Y le tiemblan los dedos. Y bebe demasiado. Y...

—Basta, basta, Gunga-Sam. Un robot debe saber estar en su sitio —dijo Flaswell; vio la expresión dolorida que la cara metálica del robot lograba disimular bastante bien; suspiró y dijo—: Tienes razón, no hay duda. Siempre tienes razón, viejo amigo. ¿Qué será lo que me pasa?

—Estáis soportando, señor, demasiada carga del hombre humano.

—¡Como si no lo supiese! —Flaswell se alisó el rizado cabello con la mano—. A veces os envidio a los robots. Siempre riendo, despreocupados, felices...

—Es porque no tenemos alma.

—Yo por desgracia la tengo. ¿Qué me sugieres?

—Unas vacaciones, señor Flaswell, Jefe —sugirió Gunga-Sam, y prudentemente se retiró para dejar pensar a su amo.

Flaswell apreciaba la amable sugerencia de su servidor, pero era difícil lo de las vacaciones. Su planetoide, Oportunidad, estaba en el Sistema Throciano, sector muy aislado. Aunque con un vuelo de solo quince días podía ir a ver los picaros espectáculos de Cythera III o a Nagondicón, donde podía uno divertirse de lo lindo si tenía buen estómago. Pero distancia es dinero, y dinero era precisamente lo que Flaswell intentaba hacer en Oportunidad.

Plantó más cultivos, extrajo más torio, y empezó a dejarse barba. Continuaba hablando solo por los campos y bebiendo en exceso por la noche.

Algunos sencillos robots agrícolas se alarmaron al ver a Flaswell borracho, y comenzaron a rezar al ilegal Dios Combustión. Pero el fiel Gunga-Sam puso pronto término a este giro amenazador de los acontecimientos.

—¡Máquinas ignorantes! —les dijo—. El jefe humano está bien. ¡El es fuerte, es bueno! ¡Creedme, hermanos, creed lo que digo!

Pero no por eso cesaron los murmullos, pues los robots consideran que los humanos deben dar ejemplo. La situación podría haber empeorado notablemente si Flaswell no hubiese recibido, junto con su siguiente suministro de víveres, un flamante catálogo de Roebuck-Ward.

Lo abrió amorosamente sobre su tosca mesa de plástico y, a la luz de una sola y mortecina bombilla, se enfrascó en su contenido. ¡Qué maravillas había allí para el pionero solitario! Plantas purificadoras para el hogar, fabricalunas, solidovisión portátil, y...

Flaswell volvió la página, leyó, carraspeó, y volvió a leer.

Decía:

### ¡ENCARGUE UNA ESPOSA POR CORREO!

Pioneros, ¿por qué sufrir solos la maldición de la soledad? ¿Por qué soportar solos la carga del hombre humano? Roebuck-Ward les ofrece ahora, por vez primera, una limitada selección de Esposas Modelo Frontera.

La esposa modelo frontera Roebuck-Ward ha sido cuidadosamente seleccionada teniendo en cuenta su fuerza, adaptabilidad, agilidad, perseverancia, virtudes pioneras y, por supuesto, un cierto grado de belleza. Son chicas adecuadas para cualquier planeta, pues tienen todas un centro de gravedad relativamente bajo, una piel de pigmentación adaptada a todos los climas y uñas, manos y pies cortos y fuertes. En cuanto a sus formas son bien proporcionadas y fuertes sin que por ello hayamos olvidado la estética, cosa que los esforzados pioneros saben apreciar.

El modelo frontera Roebuck-Ward se presenta en tres tamaños generales (ver más adelante medidas) que cubren los gustos de cualquier hombre. Una vez recibida su petición, Roebuck-Ward le congelará el modelo deseado y se lo enviará en un carguero de tercera, con lo que ¡os gastos de transporte quedarán reducidos al mínimo.

¿Por qué no pide usted una esposa modelo frontera HOY MISMO?

Flaswell llamó a Gunga-Sam y le enseñó el anuncio. El robot lo leyó en silencio y luego miró a su amo a la cara.

—Esta es la solución, effendi, no hay duda —dijo.

—¿De veras lo crees? —Flaswell se levantó y empezó a pasear nervioso por la habitación. —Pero yo no tenía pensado casarme tan pronto. Y... ¿no te parece poco adecuado un matrimonio así? ¿Cómo sabré si me gustará?

—Es propio del hombre humano tener mujer humana.

—Sí, pero...

—¿Congelan también un cura y lo envían con ella? En la cara de Flaswell se dibujó una mortecina sonrisa, mientras meditaba la aguda pregunta de su sirviente.

—Gunga-Sam —dijo—, como siempre, has dado exactamente en el clavo. Sospecho que hay una especie de aplazamiento de la ceremonia hasta que el cliente se decide. Sería demasiado caro congelar un cura y enviarlo. Y sería estupendo tener una chica aquí que participase en el trabajo.

Gunga-Sam logró ocultar una enigmática sonrisa.

Flaswell se sentó y encargó una esposa modelo Frontera, concretamente del tamaño pequeño, que a él le parecía suficiente. Encargó a Gunga-Sam que radiase el pedido.

Las semanas siguientes fueron para Flaswell de emoción y ansiedad. No dejaba un instante de mirar al cielo. Los robots lo percibieron. Al anochecer, sus despreocupados cantos y bailes se veían interrumpidos por cuchicheos y gritillos de secreto alborozo. Las máquinas decían una y otra vez a Gunga-Sam:

—¡Eh, capataz! ¿Cómo va a ser la nueva mujer humana jefe?

—Eso no es cosa vuestra —les decía Gunga-Sam—, sino del hombre humano, y vosotros los robots no tenéis por qué intervenir.

Pero, al final, también él miraba al cielo con la misma ansiedad que los otros.

Durante esas semanas, Flaswell meditó sobre las virtudes de la mujer de la frontera. Cuantas más vueltas daba al asunto, más le gustaba la idea: ¡El no quería una mujercita inútil y pintarrajeada! Qué agradable sería tener a su lado a una muchacha sencilla y alegre, con sentido común, que supiese cocinar, lavar, limpiar la casa, manejar a los robots domésticos, hacer ropa, preparar mermelada...

Se pasaba el tiempo soñando y mordiéndose las uñas.

Al final, en el horizonte apareció el carguero, aterrizó, dejó una gran caja y se alejó de nuevo en dirección a Amyra IV.

Los robots llevaron la caja a Flaswell.

—¡Su nueva esposa, señor! —gritaban triunfalmente, agitando en el aire sus latas de aceite.

Flaswell decretó inmediatamente medio día de asueto y pronto estuvo solo en el salón de la casa con la gran caja precintada que llevaba una etiqueta que decía:

«Manejar con cuidado. Contiene mujer»

Activó los controles de descongelación, esperó la hora indicada, y abrió la caja. Dentro había otra caja, que exigía dos horas de descongelación. Esperó lleno de impaciencia, paseando por la habitación y mordiéndose lo que quedaba de sus uñas.

Al fin llegó el momento y, con manos temblorosas, Flaswell levantó la tapa y vio...

—¿Pero qué es esto? —gritó.

La muchacha que había dentro de la caja pestañeó, bostezó como un gatito, abrió los ojos, se sentó. Se miraron y Flaswell se dio cuenta de que había habido un terrible error.

La muchacha vestía un hermoso y nada práctico vestido blanco con su nombre, Sheila, bordado en él con hilo dorado. Flaswell reparó luego en su fragilidad, muy poco apropiada para el duro trabajo que había que realizar allí. Su piel era de un blanco lechoso, evidentemente el tipo de piel que se llenaría de ampollas y de quemaduras bajo el feroz sol estival del planeta. Tenía unas manos elegantísimas, de largas uñas pintadas de rojo... Exactamente lo contrario de lo que prometía Roebuck-Ward. En cuanto a sus piernas y al resto de su cuerpo, Flaswell pensó que estaría muy bien para la Tierra, pero no para allí, donde un hombre debía prestar atención ante todo a su trabajo.

Ni siquiera se podía decir que tuviese un centro de gravedad bajo. Todo lo contrario.

Flaswell tuvo la sensación, con bastante fundamento, de que le habían engañado, de que se habían aprovechado de él.

Sheila salió de la caja, se acercó a la ventana y contempló los verdes campos floridos de Flaswell, las pintorescas montañas que había tras ellos.

—¿Pero dónde están las palmeras? —preguntó.

—¿Palmeras?

—Claro. A mí me dijeron que en Srinigar V había palmeras.

—Esto no es Srinigar V —dijo Flaswell.

—¿Pero no es usted el pacha de Srinigar V? —balbució Sheila.

—Claro que no. Yo soy un fronterizo. ¿No es usted un modelo de esposa fronteriza?

—¿Acaso tengo aspecto de serlo? —replicó Sheila, con ojos relampagueantes—. Yo soy una Esposa Modelo Superlujo. Y tenía que ir al planeta paraíso subtropical Srinigar V.

—Nos han engañado a los dos. Debe de tratarse de un error de embarque —dijo lúgubrementemente Flaswell.

La muchacha contempló el tosco salón de Flaswell y arrugó sus bellos rasgos.

—Bueno, supongo que podrá usted disponer lo necesario para que me transporten a Srinigar V.

—Yo ni siquiera puedo permitirme ir a Nagondición —dijo Flaswell—. Informaré a Roebuck-Ward de su error. Sin duda ellos dispondrán de un modo de transporte para usted cuando me envíen mi Modelo de Esposa Fronteriza. Sheila se encogió de hombros.

—El viajar engorda —dijo.

Flaswell asintió. Pensaba rápidamente. Era evidente que la muchacha carecía de cualidades de pionera. Pero era asombrosamente bella. No veía razón para que su estancia allí no resultase agradable para ambos.

—Dadas las circunstancias —dijo Flaswell con una sonrisa cordial—, podríamos ser amigos.

—¿Dadas qué circunstancias?

—Somos los dos únicos seres humanos que hay en este planeta— Flaswell apoyó suavemente una mano sobre el hombro de la muchacha—. Bebamos algo. Háblame de ti. ¿Crees que...?

En ese momento, oyó un ruido sordo a su espalda. Se volvió y vio salir de un compartimento del cajón de embalaje un robot pequeño y achaparrado.

—¿Qué quieres tú? —exigió Flaswell.

—Yo —dijo el robot— soy un robot casamentero, autorizado por el gobierno para celebrar matrimonios legales en el espacio. Además tengo instrucciones de Roebuck-Ward de actuar como guardián y protector de la joven dama a mi cargo hasta que llegue el momento de desempeñar mi función primaria, la ceremonia de la boda.

—Maldito robot —gruñó Flaswell.

—¿Qué esperabas? —preguntó Sheila—. ¿Un sacerdote humano congelado?

—Por supuesto que no, pero un robot guardián...

—De la mejor clase —le aseguró ella—. Te sorprendería ver cómo actúan algunos hombres cuando se encuentran a unos cuantos años luz de la Tierra.

—¿De veras? —dijo Flaswell desconsolado.

—Eso me han dicho —contestó Sheila, apartando la vista de él recatadamente—. Y, después de todo, la prometida del pacha de Srae debe tener algún tipo de guardián.

—Queridos novios —entonó el robot—, nos hemos reunido aquí...

—Ahora no —gritó Sheila—. No es éste.

—Haré que los robots te preparen una habitación —gruñó Flaswell, y salió refunfuñando para sí sobre la carga del hombre humano.

Se puso en contacto por radio con Roebuck-Ward y le dijeron que le enviarían inmediatamente el modelo que había pedido y que resolverían el problema del otro. Luego volvió a sus tareas en el campo y en la mina, decidido a ignorar la presencia de Sheila y de su robot.

El trabajo continuaba en Oportunidad. Había que extraer todo y cavar nuevos pozos. Se aproximaba la recogida de la cosecha y los robots trabajaban muchas horas en los

campos, y el aceite lubricante brillaba en sus honradas caras metálicas, y el aire tenía la fragancia del perfume de las flores de dir.

Sheila hizo notar su presencia con una fuerza sutil pero sorprendente. Pronto hubo pantallas de plástico en todas las bombillas y cortinas en las ventanas y alfombras en el suelo. Y además muchos otros cambios en la casa que Flaswell sentía más que veía.

Su alimentación experimentó también un cambio notable. La cinta de memoria del chef robot estaba gastada en varios puntos, con lo cual la pobre máquina no podía recordar más recetas que buey stroganoff, ensalada de pepino, puding de arroz y coco... Flaswell había estado comiendo, con considerable estoicismo, estos platos desde su llegada a Oportunidad, variándolos de vez en cuando con sobras combinadas.

Y Sheila se ocupó del chef robot. Pacientemente grabó en su cinta mnemotécnica las recetas del estofado de buey, carne asada en marmita, ensalada de verduras variadas, pastel de manzana y varias más. El régimen alimenticio de Oportunidad mejoró sensiblemente.

Pero cuando Sheila comenzó a almacenar dulce de smis en latas vacías, Flaswell empezó a tener sus dudas.

Después de todo, era una dama notablemente práctica, pese a su frívola apariencia. Capaz de hacer todo lo que tuviese que hacer una mujer de la frontera. Y además tenía otros atributos. ¿Para qué necesitaba él un Modelo Frontera Roebuck-Ward normal?

Tras cavilar durante un tiempo, Flaswell habló con su capataz.

—Gunga-Sam, estoy hecho un lío.

—¿Sí? —dijo el capataz, con una expresión impasible en su rostro metálico.

—Creo que necesito de tu intuición de robot. Ella está haciéndolo muy bien, ¿no es cierto, Gunga-Sam?

—La mujer humana está llevando la cuota de carga de persona humana que le corresponde.

—Sí, no hay duda, pero ¿durará esto? Está haciendo tanto como podría hacer cualquier mujer Modelo Frontera, ¿no es cierto? Cocina, enlata...

—Los obreros la adoran —dijo Gunga-Sam con sencilla dignidad—. ¿Sabía usted, señor, que cuando estalló la epidemia de herrumbre la semana pasada, ella estuvo noche y día aliviando y confortando a los asustados robots jóvenes?

—¿De veras? —exclamó Flaswell, estremecido—. Una chica de sus antecedentes, un modelo de lujo...

—No importa. Ella es una persona humana y tiene el vigor y la nobleza necesarios para soportar la carga de la persona humana.

—Sabes —dijo lentamente Flaswell—, esto me ha convencido. Realmente creo que tiene condiciones para quedarse aquí. Al fin y al cabo, ella no tiene la culpa de no ser un Modelo Frontera. Es una cuestión de características físicas y condicionamientos, y eso no puede cambiarse. Le diré que puede quedarse. Y luego cancelaré el otro pedido.

Una extraña expresión iluminó el rostro del capataz, una expresión casi divertida. Tras inclinarse profundamente, dijo.

—Se cumplirán los deseos del amo. Flaswell fue rápidamente a buscar a Sheila.

Estaba en la enfermería que habían construido junto a un viejo cobertizo de herramientas. Con ayuda de un robot mecánico, se ocupaba de las abolladuras y dislocaciones que son dos problemas típicos de los seres de piel metálica.

—Sheila —dijo Flaswell—. Quiero hablar contigo.

—Bueno —contestó ella con aire ausente—, espera a que acabe de ajustar esta tuerca.

Ajustó diestramente la tuerca y dio unas palmadas al robot.

—Vamos, Pedro —dijo—, intenta mover ahora la pierna.

El robot se incorporó laboriosamente, apoyó el peso del cuerpo en la pierna y se dio cuenta de que resistía. Hizo una cómica cabriola frente a la mujer humana y dijo:

—Ya está arreglado, señora dama. Gracias, madame. Y se alejó bailando bajo el sol.

Flaswell y Sheila le contemplaron mientras se alejaba, sonriendo ante su bailoteo.

—Son como niños —dijo Flaswell.

—No puede uno evitar quererlos —contestó Sheila—. Son tan felices, tan despreocupados...

—Pero no tienen alma —le recordó Flaswell.

—No —asintió ella lúgubrementemente—. No la tienen. ¿Para qué querías verme?

—Quería decirte... —Flaswell miró a su alrededor. La enfermería era un lugar aséptico, lleno de destornilladores, alicates, tenazas, sierras, martillos y otras herramientas parecidas. No era una atmósfera muy adecuada para la proposición que iba a hacer.

—Ven conmigo —dijo.

Salieron de la enfermería y cruzaron los verdes campos floridos hasta el pie de las espectaculares montañas de Flaswell. Allí, bajo la sombra de los salientes rocosos, había un tranquilo y oscuro estanque rodeado de gigantescos árboles. Allí se detuvieron.

—Quiero decirte una cosa —dijo Flaswell—. Me has sorprendido completamente, Sheila. Yo suponía que tú eras un parásito, una persona sin energía. Tu pasado, tu educación, tu apariencia así lo indicaban. Pero me equivoqué. Te has enfrentado a las exigencias de un medio de frontera, y has triunfado en la empresa y te has ganado los corazones de todos.

—¿Cómo de todos? —preguntó Sheila muy suavemente.

—Creo que puedo hablar en nombre de todos los robots del planeta. Te adoran. Creo que perteneces a esta tierra, Sheila.

La muchacha guardó silencio largo rato mientras el viento murmuraba soplando entre las ramas de los gigantescos árboles y arrugando la oscura superficie del lago.

—¿Crees que pertenezco a este lugar? —dijo finalmente.

Flaswell se sentía arrastrado por su exquisita perfección, se perdía en las profundidades color topacio de aquellos ojos. Respirando aceleradamente, acarició su mano, enlazó sus dedos.

—Sheila...

—Sí, Edward...

—Queridos amigos —chilló una estridente y metálica voz—, nos hemos reunido aquí...

—¡Ahora no, majadero! —gritó Sheila.

El robot casamentero se aproximó y dijo con tono huraño:

—Aunque me molesta intervenir en los asuntos de la gente humana, mis coeficientes grabados me obligan a hacerlo. Para mi modo de pensar, el contacto físico carece de sentido. Uní mis miembros, a modo de experimento, con una robot tejedora. Lo único que saqué en limpio fue una abolladura. Una vez creí que experimentaba algo, algo eléctrico que me produjo una especie de vértigo y me hizo pensar en formas geométricas que cambiaban lentamente; pero después de examinar el asunto descubrí que se había roto el aislante de un centro conductor. En consecuencia, la emoción no era válida.

—¡Maldito robot! —gruñó Flaswell.

—Disculpe mi presunción. Sólo intentaba explicar que, personalmente, considero ininteligibles mis instrucciones. Es decir, impedir cualquier contacto físico antes de que se haya celebrado la ceremonia del matrimonio. Pero están aquí, ésas son mis órdenes. ¿No podríamos dejar definitivamente resuelto el problema ahora mismo?

—¡No! —exclamó Sheila.

El robot se encogió de hombros con aire fatalista y se deslizó entre los matorrales.

—No puedo soportar a los robots que no saben mantenerse en su sitio —dijo Flaswell—. Pero da igual.

—¿El qué?

—Sí —dijo Flaswell, con aire de gran convicción—. Eres tan buena como cualquier esposa Modelo Frontera, y mucho más bonita. Sheila, ¿te casarás conmigo?

El robot, que había estado correteando entre la espesura, avanzó de nuevo animosamente hacia ellos.

—No —contestó Sheila.

—¿No? —repitió Flaswell sin comprender.

—Ya me has oído. ¡No! ¡De ninguna manera!

—Pero ¿por qué? Te adaptas tan bien a este lugar, Sheila. Los robots te adoran, nunca les he visto trabajar tan bien.

—Qué me importan a mí tus robots —dijo ella irguiéndose, el pelo revuelto, los ojos echando chispas—. Y no me interesa tu planetoide. Y sobre todo no me interesas tú. Yo me iré a Srinigar V, donde seré la ilustre esposa del pacha de Srae.

Se miraron, la blanca cara de Sheila expresando cólera, la roja de Flaswell confusión.

—¿Debo empezar ya la ceremonia? —dijo el robot casamentero—. Queridos amigos...

Sheila dio la vuelta y corrió hacia la casa.

—No entiendo nada —dijo quejumbrosamente el robot casamentero—. Todo esto es muy desconcertante. ¿Cuándo empieza la ceremonia?

—No empieza —dijo Flaswell, y se dirigió hacia la casa, con la cara crispada de rabia.

El robot vaciló, suspiró metálicamente y se fue corriendo detrás de la Esposa Modelo Superlujo.

Flaswell pasó aquella noche sentado en su habitación, bebiendo sin parar y hablando solo. Poco después del amanecer, el fiel Gunga-Sam llamó a la puerta y entró en la habitación.

—¡Mujeres! —farfulló Flaswell a su servidor.

—¿Sí? —dijo Gunga-Sam.

—Nunca las entenderé —dijo Flaswell—. Fue ella quien me empujó. Creí que quería quedarse. Creí...

—La mente del hombre humano es sombría y oscura —dijo Gunga-Sam—, pero es un cristal comparada con la mente de la mujer humana.

—¿De dónde sacaste eso? —preguntó Flaswell.

—Es un viejo proverbio robot.

—Ay, vosotros los robots. A veces me pregunto si no tendréis alma.

—Oh, no, señor Flaswell, jefe. Está expresamente reseñado en nuestras normas de construcción que los robots deben hacerse sin alma, para ahorrarles angustias.

—Una norma muy sabia —dijo Flaswell—. Y algo que podrían considerar también para la gente humana. Bueno, que se vaya al diablo. ¿Qué quieres?

—Vengo a decirle, señor, que el carguero está aterrizando. Flaswell se puso pálido.

—¿Tan pronto? ¡Entonces me traerá mi nueva esposa!

—Indudablemente.

—Y se llevará a Sheila a Srinigar V.

—Sin duda, señor.

Flaswell soltó un gruñido y se llevó las manos a la cabeza. Luego se irguió y dijo:

—Muy bien, excelente. Iré a ver si está preparada. Encontró a Sheila en el salón, contemplando cómo aterrizaba el carguero.

—Te deseo mucha suerte, Edward —dijo—. Espero que tu nueva esposa satisfaga todas tus esperanzas.

El carguero aterrizó y los robots comenzaron a descargar un gran cajón.

—Será mejor que me vaya —dijo Sheila—. No esperarán mucho. —Le dio la mano.

Flaswell la estrechó.

Retuvo su mano un momento, luego se dio cuenta de que estaba cogiéndola el brazo. Ella no oponía resistencia ni apareció en la habitación el robot casamentero. Flaswell

descubrió de pronto que Sheila estaba entre sus brazos. La besó y se sintió exactamente como un pequeño sol que se convierte en nova.

—Oh... —dijo ella al fin, roncamente, como si no se lo creyese del todo. Flaswell carraspeó dos veces.

—Sheila, te amo. No puedo ofrecerte aquí muchos lujos, pero si te quedases...

—¡Ya era hora de que descubrieses que me amabas, idiota! —dijo—. Por supuesto que me quedo.

Los minutos siguientes fueron de puro éxtasis, unos minutos vertiginosos. Les interrumpió por último un rumor de voces de robot fuera. La puerta se abrió de pronto e irrumpió en la estancia el robot casamentero seguido de Gunga-Sam y de dos robots agrícolas.

—¡Increíble! —dijo el robot casamentero—. ¡Realmente increíble! ¡Nunca imaginé que un robot pudiese llegar a atacar a otro robot!

—¿Qué pasó? —preguntó Flaswell.

—Este capataz suyo se sentó encima de mí —dijo el robot casamentero lleno de indignación—, mientras sus compinches me sujetaban. Yo sólo quería entrar aquí a cumplir con dos deberes que el gobierno y la empresa Roebuck-Ward me han encomendado.

—¿Por qué? —dijo Flaswell riendo entre dientes.

El robot casamentero se acercó apresuradamente a Sheila.

—¿Le ha hecho algún daño? ¿Alguna abolladura? ¿Algún cortocircuito?

—No lo creo —dijo Sheila ahogadamente. Gunga-Sam dijo a Flaswell:

—Toda la culpa es mía, Jefe, señor. Pero, ¿quién no sabe que el hombre humano y la mujer humana necesitan soledad durante su período de cortejo? Yo únicamente hice lo que consideraba mi deber para con la raza humana en este aspecto, señor Flaswell, Jefe, sahib.

—Hiciste muy bien, Gunga-Sam —dijo Flaswell—. Estoy profundamente agradecido. Y... ¡Oh, Dios mío!

—¿Qué pasa? —preguntó Sheila con aprensión. Flaswell miraba por la ventana. Los robots agrícolas traían a la casa un gran cajón.

—¡La Esposa Modelo Frontera! —dijo Flaswell—. ¿Qué haremos ahora, querida? Cancelé tu pedido y legalmente contraté la otra. ¿Crees que podemos romper el contrato? Sheila se echó a reír.

—No te preocupes. En ese cajón no hay ninguna Esposa Modelo Frontera. Tu pedido quedó cancelado tan pronto como lo recibieron.

—¿Sí?

—Claro que sí —bajó la vista avergonzada—. Sé que nunca me lo perdonarás...

—Cómo no voy a perdonarte —dijo él—. ¿De qué se trata?

—Bueno, las fotografías de los fronterizos están en los archivos de la empresa, ¿sabes? Para que las esposas puedan ver a los hombres con quienes van a enviarlas. Hay posibilidad de elección... para las chicas, quiero decir. Y yo llevaba tanto tiempo allí, sin conseguir que me descalificaran como modelo de Superlujos que... Hice amistad con el jefe del departamento de pedidos y... —concluyó rápidamente— conseguí que me enviaran aquí.

—Pero el pacha de Srae...

—Me lo inventé.

—Pero, ¿por qué? —preguntó Flaswell desconcertado—. Tú eres tan bonita...

—Que todo el mundo supone que soy un juguete adecuado para un ricachuelo estúpido —concluyó muy acalorada—. ¡No quiero serlo! ¡Quiero ser una esposa! ¡Y soy tan buena como cualquier otra mujer gorda y simple!

—Mucho mejor —dijo él.

—Sé cocinar y curar robots y ser práctica. ¿Verdad que sí? ¿Verdad que lo he demostrado?

—De sobra, querida, de sobra. Ella empezó a llorar.

—Pero nadie quería creerlo, así que tuve que engañarte para que me dejases quedarme aquí el tiempo suficiente para... enamorarte de mí.

—Y me enamoré, me enamoré —dijo él, secándole los ojos—. Todo ha salido bien. Ha sido un accidente afortunado.

En la cara metálica de Gunga-Sam se dibujó lo que parecía un sonrojo.

—¿Quieres decir que no fue un accidente? —exclamó Flaswell.

—Bueno, señor, jefe Flaswell, effendi, ilustrísima, es bien sabido que el hombre humano necesita mujer humana atractiva. El Modelo Frontera parecía un poco severo y memsahib Sheila es hija de un amigo de mi antiguo amo. Así que me tomé la libertad de enviarle directamente a ella el pedido. Así que habló con su amigo del departamento de pedidos y le pidió que le ensañase su fotografía y que la enviase aquí. Espero que no se enfadará con su humilde siervo por desobedecerle.

—Bueno, maldita sea —concluyó Flaswell—. Es lo que siempre he dicho. Vosotros los robots entendéis a la gente humana mejor que nadie. —Se volvió a Sheila—. Pero ¿qué es lo que hay en ese cajón?

—Mis vestidos y mis joyas, mis zapatos, mis cosméticos, mis pelucas, mi...

—Pero...

—Te gustará que vaya guapa cuando vayamos de visita, querido —dijo Sheila—. Después de todo, Gythera III está sólo a quince días. Ya lo miré antes de venir.

Flaswell asintió resignado. Había que esperar algo así de una Esposa Modelo Superlujoso.

—¡Ahora! —dijo Sheila, volviéndose al robot casamentero. El robot no contestó.

—¡Ahora! —gritó Flaswell.

—¿Están absolutamente seguros? —preguntó lúgubrememente el robot.

—Sí. ¡Empieza ya!

—Pero no entiendo —dijo el robot casamentero—. ¿Por qué ahora? ¿Por qué no la semana pasada? ¿Yo soy el único de los presentes que está cuerdo? Bueno, en fin, queridos amigos...

Y al fin la ceremonia se celebró. Flaswell decretó tres días de fiesta y los robots cantaron y bailaron y celebraron el acontecimiento a su despreocupada manera de robots.

A partir de entonces, la vida nunca volvió a ser la misma en Oportunidad. Los Flaswell iniciaron una modesta vida social. Empezaron a visitar a otras parejas, y a recibir sus visitas, cada quince o veinte días, en Cythera III, Than y Randico I. Pero el resto del tiempo, Sheila fue una irreprochable mujer de frontera, amada por los robots e idolatrada por su marido. El robot casamentero, siguiendo su manual de instrucciones, se quedó como contable, actividad para la que estaba especialmente bien adaptado. Solía decir que el planeta se haría añicos si no fuese por él.

Los robots continuaron extrayendo torio de las montañas y los frutales florecían, y Flaswell y Sheila compartían juntos la responsabilidad de la carga de la gente humana.

Flaswell siempre proclamaba las ventajas de comprar en Roebuck-Ward, pero Sheila sabía que el truco consistía en tener un capataz tan leal y desalmado como Gunga-Sam.

## MIEDO EN LA NOCHE

Oyó su propio grito al despertar y se dio cuenta de que debía llevar chillando varios segundos. Hacía frío en la habitación, pero ella estaba empapada de sudor. El sudor le

bajaba por la cara y por los hombros, empapaba su camisón. Tenía la espalda mojada y también estaba mojada la sábana.

Inmediatamente comenzó a temblar.

—¿Te encuentras bien? —preguntó su marido.

Durante unos instantes no pudo responder. Tenía las rodillas encogidas y los brazos fuertemente apretados abrazándolas, intentando poner fin a los temblores. Su marido era una oscura masa a su lado, un largo y oscuro cilindro frente al desmayado blancor de las sábanas. Contemplándole, empezó a temblar de nuevo.

—¿Quieres que encienda la luz? —preguntó él.

—¡No! —contestó ella ásperamente—. No te muevas... ¡por favor!

Y luego sólo hubo el firme tic-tac del reloj, pero de algún modo, también aquello estaba empapado de amenaza.

—¿Volvió a pasar?

—Sí —dijo ella—. Exactamente igual. ¡Por amor de Dios, no me toques! —El había empezado a acercarse a ella, oscuro y sinuoso frente a la sábana, y ella temblaba de nuevo, violentamente.

—El sueño —comentó él cautelosamente—, ¿fue... fui yo...? —delicadamente, no llegó a decirlo. Cambió de posición en la cama, con mucho cuidado para no asustarla.

Pero seguía tensa y crispada. Soltó las manos de las rodillas y apretó las palmas con fuerza sobre la cama.

—Si —dijo—. Otra vez las culebras. Me recorrían todo el cuerpo, grandes y pequeñas, a centenares. Y la habitación estaba llena y seguían entrando por la puerta, por las ventanas. El armario estaba repleto de culebras. Tantas que salían por debajo de la puerta hasta el suelo...

—Tranquilízate —dijo él—. ¿Estás segura de que no quieres que hablemos de ello? Ella no contestó.

—¿Quieres que encienda ya la luz? —preguntó él suavemente. Ella vaciló. Luego dijo:

—Aún no. Aún no me atrevo.

—Oh —dijo él en un tono de absoluta comprensión—. Entonces también tuviste la otra parte del sueño...

—Sí.

—Bueno, quizás no debieses hablar de ello.

—Hablemos de ello —intentó reír, pero la risa se convirtió en tos—. Crees que ya debería estar acostumbrada, ¿no? ¿Cuántas noches hace ya?

El sueño siempre empezaba con una serpiente pequeña que reptaba lentamente por su brazo, mirándola con rojos y malévolos ojos. Se libraba de ella, se incorporaba en la cama. Entonces se deslizaba otra sobre el cobertor, mayor, más rápida. Se libraba también de ésta, y saltaba rápidamente de la cama al suelo. Entonces sentía una bajo los pies y luego otra enredada en el pelo, sobre los ojos, y a través de la puerta, súbitamente abierta, llegaban más, obligándola a volver a la cama, chillando, buscando a su marido.

En el sueño su marido no estaba allí. En la cama, a su lado, había un largo cilindro oscuro que contrastaba con la claridad difusa de las sábanas, y que era una enorme serpiente. No se daba cuenta de ello hasta que la rodeaba con sus brazos.

—Enciende ya la luz —ordenó. Sus músculos se contrajeron cuando la luz inundó la habitación. Tenía los muslos tensos, dispuestos para el salto, para huir de la cama si...

Pero era su marido.

—Dios mío —musitó, y se relajó del todo, hundiéndose en el colchón.

—¿Sorprendida? —preguntó él, sonriendo tensamente.

—Siempre —le dijo—, siempre estoy segura de que no estarás aquí. Siempre creo que estará aquí la serpiente —tocó su brazo sólo para asegurarse.

—¿Te das cuenta de que todo esto es absurdo? —dijo él suave y acariciadoramente—. Si fueses capaz de olvidar. Si tuvieses suficiente confianza en mí, estas pesadillas acabarían.

—Lo sé —dijo ella, recorriendo todos los detalles de la habitación. La mesita del teléfono le resultaba sumamente tranquilizadora, con su libreta de direcciones, y la madera rayada del buró era como un mensaje de vieja amistad, y también la pequeña radio y el periódico en el suelo. ¡Y qué tranquilizador resultaba su vestido verde esmeralda echado despreocupadamente sobre la mecedora!

—Ya te lo dijo el médico —siguió él—. Cuando tuvimos aquel problema, tú me asociaste a todo lo malo que sucedió, a todo lo que te hirió. Y ahora que nuestros problemas terminaron, aún sigues haciéndolo.

—Pero no de modo consciente —dijo ella—. Te lo juro.

—Pero de todos modos lo haces —insistió él—. ¿Recuerdas cuando yo quería el divorcio? ¿Cuando te dije que nunca te había amado? ¿Recuerdas cómo me odiaste entonces, aunque no quisiste que me separara de ti? —se detuvo para tomar aliento—. Odiabas a Helen y me odiabas a mí. Y ésa es la cuestión, el odio se ha mantenido dentro de ti, oculto, por debajo de la reconciliación.

—No creo que te haya odiado nunca —dijo ella—. Sólo a Helen... ¡Aquella monita huesuda!

—No debemos hablar mal de los que ya no están entre nosotros —murmuró él.

—Sí —dijo ella pensativa—. Supongo que yo la empujé a aquel derrumbe. Y no puedo decir que lo sienta. ¿Crees que es ella la que me persigue?

—No debes acusarte a ti misma —dijo él—. Ella era de un temperamento nervioso, desequilibrado, artístico. Tenía un carácter neurótico.

—Ahora que Helen ha desaparecido, creo que superaré todo esto —sonrió, y las arrugas preocupadas de su frente desaparecieron—. Estoy tan loca por ti —murmuró, acariciando el pelo castaño claro de él—. Jamás te dejaré.

—Y harás muy bien —dijo él sonriendo también—. Yo no quiero irme.

## MALA MEDICINA

El dos de mayo del 2103, Elwood Caswell bajaba rápidamente por Broadway con un revólver cargado en el bolsillo de la chaqueta. El no quería utilizar el arma, pero aún así temía utilizarla, un temor justificado, pues Caswell era un maníaco homicida.

Era un día de primavera suave y brumoso, y el aire traía un olor a lluvia y a capullos floridos. Caswell apretó el revólver en su sudorosa mano derecha e intentó descubrir una sola razón válida por la que no debiese matar a un hombre llamado Magnessen, que días atrás había comentado el buen aspecto que tenía Caswell.

¿Qué le importa a Magnessen el aspecto que tengo? Malditos cotillas, siempre fastidiando al prójimo...

Caswell era un hombrecillo colérico de ojos enrojecidos y feroces, quijadas de bulldog y pelo rojizo. Era el tipo de individuo que uno puede imaginarse subido en una caja de detergente, dirigiendo un discurso a un grupo de ociosos negociantes o de divertidos estudiantes, gritando: «¡Marte para los marcianos, Venus para los venusianos!»

Pero lo cierto es que a Caswell no le interesaban gran cosa las deplorables condiciones sociales de los extraterrestres. El conducía un reactorbús de la Corporación de Transportes Rápidos de Nueva York y sólo se ocupaba de sus asuntos. Y estaba completamente loco.

Por fortuna, era consciente de esto, al menos durante parte de tiempo, y al menos con la mitad de su mente.

Sudando copiosamente, Caswell seguía Broadway abajo hacia la sucursal que tenía Instrumentos Terapéuticos Domésticos S A en la Calle 43. Su amigo Magnessen acabaría muy pronto su trabajo y regresaría a su pequeño apartamento a menos de una manzana del de Caswell. Qué fácil sería, qué agradable, presentarse allí, intercambiar unas cuantas palabras y...

¡No! Caswell inspiró profundamente y se recordó a sí mismo que realmente no quería matar a nadie. No estaba bien matar a la gente. Las autoridades le encerrarían, sus amigos no comprenderían, su madre nunca lo aprobaría.

Pero estos argumentos parecían pálidos y excesivamente intelectuales y carentes de fuerza. Lo que tenía fuerza era el simple hecho de que él... deseaba matar a Magnessen.

¿Podía ser malo un deseo tan profundo, tan fuerte? ¿Podía ser siquiera vesánico?

¡Sí, podía! Con un gemido ahogado, Caswell entró corriendo en la sucursal de Instrumentos Terapéuticos Domésticos SA.

El simple hecho de encontrarse en aquel lugar le proporcionó un alivio inmediato. La iluminación era discreta, los cortinajes neutros, las resplandecientes máquinas terapéuticas no resultaban ni demasiado frías ni demasiado estridentes. Era el lugar donde un hombre podía tenderse fácilmente en la alfombra, a la sombra de las máquinas terapéuticas, seguro de tener a su disposición la ayuda necesaria para cualquier tipo de problema.

Un dependiente de hermoso cabello y larga y aristocrática nariz apareció suavemente, aunque no demasiado suavemente, y murmuró:

—¿Puedo servirle en algo?

—¡Terapia! —dijo Caswell.

—Cómo no, señor —contestó el dependiente, alisándose las solapas y sonriendo persuasivamente—. Para eso estamos aquí.

Dirigió a Caswell una mirada escrutadora, emitió un diagnóstico mental instantáneo y señaló una resplandeciente máquina de colores blanco y cobre.

—Vea este modelo —dijo—. Es el nuevo Aliviador alcohólico, fabricado por IBM, que se anuncia en todas las revistas importantes. Un mueble magnífico. Creo que admitirá usted que no desentonará en ninguna casa. Puede convertirse en aparato de televisión.

Con un leve giro de su muñeca, el dependiente abrió el aliviador alcohólico, mostrando una pantalla de cincuenta y dos pulgadas.

—Yo necesito... —comenzó Caswell.

—Terapia —concluyó por él el dependiente—. Por supuesto. Yo sólo quería indicarle que con este modelo no tendría usted por qué incomodar a sus amigos, a sus seres queridos, ni a usted mismo. Mire, si lo desea, este mando oculto que controla el volumen deseado de bebida. ¿Ve? Si usted no desea abstinencia total, puede elegir entre intenso, moderado, social o ligero. Es una innovación única en mecano-terapia.

—Yo no soy alcohólico —dijo Caswell con considerable dignidad—. La Corporación de Transportes Rápidos de Nueva York no admite alcohólicos.

—Oh —dijo el dependiente, mirando con desconfianza los ojos enrojecidos de Caswell—. Parece usted un poco nervioso. ¿Quizás el reductor de ansiedad Bendix portátil...?

—La ansiedad tampoco es mi caso. ¿Qué tienen ustedes para maníacos homicidas?

El dependiente frunció el ceño.

—¿De tipo esquizofrénico o maníaco depresivos?

—No lo sé —admitió Caswell, un poco desconcertado.

—En realidad no importa —le dijo el dependiente—. Es sólo una teoría privada que yo tengo. Según mi experiencia en estos almacenes, los rubios y los pelirrojos tienden más a la esquizofrenia, mientras que los morenos se inclinan hacia lo maníaco represivo.

—Interesante. ¿Lleva mucho tiempo trabajando aquí?

—Una semana. Bueno, aquí tiene exactamente lo que usted necesita, señor. —Posó afectuosamente la mano sobre una máquina maciza negra y cromada.

—¿Qué es eso?

—Eso, señor, es el Regenerador Rex, construido por la General Motors. ¿Verdad que es maravilloso? Va con cualquier decoración y se convierte en bar bien abastecido. Sus amigos, su familia, sus seres queridos, no tienen por qué saber...

—¿Y cura el impulso homicida? —preguntó Caswell—. Un impulso fuerte...

—Por completo. No confunda usted esta máquina con los modelitos de diez amperios para neuróticos. Este es un modelo sólido de veinticinco amperios para situaciones de verdadera gravedad.

—Ese es precisamente mi caso —dijo Caswell, con disculpable orgullo.

—Pues esta amiga le curará. Vea, vea los reductores de calor, aislamiento completo, campo sensible de...

—Me la llevaré —dijo Caswell—. Ahora mismo. Pagaré en efectivo.

—¡Magnífico! Espere que telefonee al almacén y...

—Me llevaré esta misma —dijo Caswell sacando la cartera—. He de utilizarla enseguida. Quiero matar a mi amigo Magnessen, ¿sabe?

El dependiente soltó una risilla solidaria.

—Y no desea hacerlo... Es un cinco por cierto más de tráfico de empresas. Gracias, señor. Dentro van instrucciones completas.

Caswell le dio las gracias, cogió el regenerador y salió rápidamente.

Tras calcular su comisión, el dependiente sonrió y encendió un cigarrillo. Su gozo se vino abajo cuando apareció el encargado, un hombre grande impresionantemente equipado con lentes.

—Haskins —dijo el encargado—, creo que le había pedido ya que se librase de esa sucia costumbre.

—Sí, señor Follansby, lo siento, señor —se disculpó Haskins, apagando el cigarrillo—. Usaré inmediatamente el rociador desnicotizante. Acabo de hacer una venta magnífica, señor Follansby. Un regenerador Rex tamaño grande:

—¿De veras? —dijo el encargado, impresionado—. No es muy frecuente... ¡Un momento! No le vendería usted el modelo que había aquí, ¿verdad?

—¿Por qué?... Me temo que sí, que vendí ese modelo, señor Follansby. El cliente tenía tanta prisa. No había razón alguna para...

El señor Follansby se llevó ambas manos a su prominente y blanca frente, como si desease arrancársela.

—Haskins, se lo dije. ¡Tuve que decírselo! Ese regenerador era un modelo marciano. Para dar mecanoterapia a marcianos.

—¡Oh! —exclamó Haskins; lo pensó un momento—. Oh. El señor Follansby miró a su subordinado con agrio silencio.

—Pero, en realidad, ¿qué más da? —dijo rápidamente Haskins—. La máquina no discriminará. Podrá tratar un caso de tendencia homicida aunque el paciente no sea marciano.

—La raza marciana no ha tenido nunca la menor tendencia hacia el homicidio. Un regenerador marciano no posee siquiera el concepto. Por supuesto, el regenerador le tratará. Tiene que hacerlo. Pero, ¿de qué lo tratará?

—Oh —dijo Haskins.

—Hay que localizar inmediatamente a ese pobre diablo... ¿Dijo usted que era homicida? ¡No sé lo que pasará! Rápido, ¿cuál es su dirección?

—Bueno, verá, señor Follansby, él tenía tanta prisa... El encargado le lanzó una larga e incrédula mirada:

—¡Avisé a la policía! ¡Llame al departamento de seguridad de la General Motors! ¡Localícelo! Haskins corrió hacia la puerta.

—¡Espere! —gritó el encargado, poniéndose el impermeable—. ¡Yo también voy!

Elwood Caswell regresó a su apartamento en taxicóptero. Puso el regenerador en su sala de estar, junto a la turca, y lo estudió cuidadosamente.

—El dependiente tenía razón —dijo al poco rato—. Va bien con el resto de la habitación.

Estéticamente, el regenerador era un éxito. Caswell lo admiró un rato más y luego fue a la cocina y se preparó un emparedado de pollo. Comió lentamente, mirando con fijeza un punto situado encima y a la izquierda de su reloj de cocina.

—¡Maldito seas, Magnessen! ¡Cerdo mentiroso, enemigo de todo lo que es limpio y decente en este mundo!

Sacó el revólver del bolsillo y lo dejó sobre la mesa. Con un crispado índice fue colocándolo en diferentes posiciones.

Era hora de empezar la terapia.

Salvo que...

Caswell comprendió con tristeza que no quería perder el deseo de matar a Magnessen. ¿En qué se convertiría él si perdía aquel impulso? Su vida no tendría ya objetivo, ni coherencia, ni encanto, ni misión. Sería algo aburrido e insustancial, realmente.

Además, tenía contra Magnessen un agravio considerable y auténtico, en el que no le gustaba pensar. ¡Irene!

Su pobre hermana, destrozada por el astuto y malvado Magnessen, destrozada por él y desechada luego. Qué mejor razón puede tener un hombre para coger su revólver y...

Caswell recordó por último que él no tenía ninguna hermana.

Era realmente el momento de empezar la terapia.

Entró en la sala de estar y encontró las instrucciones para el manejo de la máquina en una abertura de ventilación de ésta. Abrió el folleto. Decía así:

Para usar el modelo de Regenerador Rex:

1. Coloque el regenerador cerca de un diván confortable (puede usted comprar divanes muy confortables como accesorio adicional en cualquier delegación de la General Motors).

2. Conecte la máquina.

3. Ajústese a la cabeza la banda-contacto adjunta.

¡Y eso es todo! ¡Su Regenerador hará el resto! ¡No habrá ninguna barrera lingüística ni ningún problema dialectal, pues el Regenerador comunica por Contacto Sensorial Directo (patente en trámite). Todo lo que usted debe hacer es cooperar.

Procure no sentir embarazo ni vergüenza. ¡Todo el mundo tiene problemas y algunos son peores que los suyos! A su Regenerador no le interesan las normas morales o éticas que usted pueda tener, así que no crea en ningún momento que él pueda «juzgarle». El solo quiere ayudarle a ponerse bien y a ser -feliz.

En cuanto recoge y procesa datos suficientes, su Regenerador iniciará el tratamiento. Puede usted realizar sesiones cortas o largas, según su criterio. ¡Usted es el jefe! Y, naturalmente, puede usted dar por terminada una sesión cuando lo desee.

¡Y eso es todo! Simple, ¿verdad? ¡Ahora conecte su Regenerador General Motors y CÚRESE!

«No es muy complicado», se dijo Caswell. Aproximó el Regenerador un poco más al diván y lo conectó. Cogió la banda que había de colocarse en la cabeza, comenzó a colocársela, pero se detuvo.

«¡Me siento tan estúpido!», dijo, con una risilla.

De pronto cerró la boca y miró con aire de reto a la máquina.

«Así que piensas que puedes sanarme, ¿verdad?»

El regenerador no contestó.

«Bueno, adelante, lo intentaremos». Se colocó la banda en la cabeza, cruzó los brazos sobre el pecho y se echó hacia adelante.

No sucedió nada. Caswell se acomodó de modo aun más confortable en el diván. Se rascó un hombro y se colocó la banda en un ángulo más confortable. Nada aún. Sus pensamientos comenzaron a vagar.

«¡Magnessen! Sucia rata asquerosa...»

—Buenas tardes —murmuró una voz en su cabeza—. Soy su mecanoterapeuta.

Caswell parpadeó con gesto culpable.

—Hola. Yo estaba... sabe, comenzaba...

—Por supuesto —dijo suavemente la máquina—. ¿No lo estamos todos? Yo estoy analizando el material de su pre-consciencia para realizar una síntesis y elaborar diagnóstico, pronóstico y tratamiento. Descubro...

—¿Sí?

—Un momento —el regenerador mantuvo silencio durante varios minutos. Luego, dubitativamente, dijo—: No hay duda de que se trata de un caso muy insólito.

—¿De veras? —preguntó Caswell, complacido.

—Sí. Los coeficientes parecen... No estoy seguro —la voz robótica de la máquina se hizo débil. La luz piloto empezó a parpadear y a desvanecerse.

—Eh, ¿qué pasa?

—Confusión —dijo la máquina—. Por supuesto —prosiguió con voz más firme—, la naturaleza insólita de los síntomas no tiene por qué resultar desconcertante para una máquina terapéutica competente. Un síntoma, por muy extraño que sea, no es más que un indicio, una muestra de un problema más interno. Y todos los síntomas pueden relacionarse con la amplia estructura de la teoría demostrada. Dado que la teoría es eficaz, los síntomas deben relacionarse. Partiremos de esa base.

—¿Está seguro de saber lo que hace? —preguntó Caswell sintiéndose un poco aturdido.

La máquina respondió, la luz piloto brillando:

—La mecanoterapia es hoy una ciencia exacta que no admite errores significativos. Empezaremos con un experimento de asociación de palabras.

—Cuando quiera —dijo Caswell.

—¿Casa?

—Hogar.

—¿Perro?

—Gato.

—¿Fleeff?

Caswell vaciló, intentando imaginar la palabra. Le sonaba vagamente a marciano, pero podía ser venusiano, e incluso...

—¿Fleeff? —repitió el regenerador.

—Marfoosh —contestó Caswell, improvisando rápidamente la palabra.

—¿Ruidoso?

—Dulce.

—¿Verde?

—Madre.

—¿Thanagoyes?

—Patamathonga.

—¿Arrides?

—Rexothesnodrástica.

—¿Chtheesnohelgnospteces?

—¡Rigamaroolatasentricpropatria! —respondió Caswell. Era una colección de sonidos de la que se sentía particularmente orgulloso. Un hombre normal no habría sido capaz de pronunciarlo.

—Vaya —dijo el regenerador—. La norma se ajusta. Siempre se ajusta.

—¿Qué norma?

—Tiene —le informó la máquina— un caso clásico de deseo de feem, complicado con fuertes intenciones de dwarkish.

—¿De veras? Yo creí que eran tendencias homicidas.

—Ese término carece de referente —dijo severamente la máquina—. Por tanto, debo rechazarlo como silabificación absurda. Considere ahora estas cuestiones: el deseo de feem es perfectamente normal, nunca lo olvide. Pero suele sustituirse a edad temprana por la revulsión hovendish. Los individuos que carecen de esta respuesta ambiental básica...

—No estoy muy seguro de saber de qué está hablándome —contestó Caswell.

—¡Por favor, caballero! Ha de quedar bien sentada una cosa. Usted es el paciente, y yo soy el mecanoterapeuta. Acude usted a mí con sus problemas para someterse a un tratamiento. Pero no puede usted esperar que le ayude si no coopera.

—Está bien —dijo Caswell—. Lo intentaré.

Hasta entonces, se había sentido bañado de una cálida atmósfera de superioridad. Todo cuanto decía la máquina le había parecido semicómico. En realidad, se había sentido capaz de señalar varios errores del mecanoterapeuta.

Pero de pronto aquella sensación de bienestar se evaporó, como siempre, y Caswell se vio solo, terriblemente solo y perdido, víctima de sus compulsiones, e intentando buscar un poco de paz y de tranquilidad.

Soportaría cualquier cosa con tal de conseguirla. Se recordó con firmeza que no tenía derecho alguno a hacer comentarios sobre el mecanoterapeuta. Las máquinas sabían lo que hacían y llevaban mucho tiempo haciéndolo. Debía cooperar, por muy extraño que el tratamiento pareciese a su mentalidad de profano.

Pero era evidente, pensaba Caswell, tendido en el diván y lleno de melancolía, que la mecanoterapia iba a resultar mucho más difícil de lo que se había imaginado.

La búsqueda del cliente perdido había sido débil e infructuosa. No había modo de localizarle en las concurridas calles de Nueva York y nadie recordaba haber visto a un hombrecito pelirrojo con una máquina terapéutica negra bajo el brazo.

Era un fenómeno demasiado común.

La policía acudió inmediatamente en respuesta a una llamada telefónica urgente. Acudieron cuatro policías, dirigidos por un desconcertado y joven teniente de detectives llamado Smith.

Smith no tuvo tiempo de preguntar más que: «¿Por qué no ponen ustedes rótulos en sus cosas?», cuando hubo una interrupción.

Un hombre pasó ante el policía de la puerta. Era alto, feo y nervudo, de hundidos ojos azul negruzco. Su ropa descuidada y sin planchar colgaba de él como acero corrugado.

—¿Qué quiere usted? —preguntó el teniente Smith.

El hombre feo mostró un carnet con una pequeña cinta de plata.

—Soy John Rath, del departamento de seguridad de la General Motors.

—Oh... perdone, caballero —dijo el teniente Smith saludándole. —No creí que ustedes se moviesen tan deprisa.

—¿Ha comprobado usted las huellas, teniente? —dijo el otro con aire un tanto despectivo. —Quizás el cliente haya tocado alguna otra máquina terapéutica.

—Lo comprobaremos inmediatamente, señor —dijo Smith. No era frecuente que uno de los operadores de la GM, GE o IBM acudiesen personalmente a echar una mano. Si un policía local mostraba que era realmente hábil, existiría la posibilidad de una Transferencia Industrial...

Rath se volvió a Follansby y a Haskins, y les traspasó con una mirada tan penetrante e impersonal como un rayo radar.

—Bueno, cuéntenmelo todo —dijo, sacando un bloc y un lápiz de un arrugado bolsillo.

Escuchó la historia guardando un sombrío silencio. Por último cerró su bloc, lo metió en el bolsillo y dijo:

—Las máquinas terapéuticas son un depósito sagrado. Darle a un cliente una máquina equivocada es traicionar ese depósito, violar el Interés Público, perjudicar el buen nombre de la Compañía.

El encargado hizo un gesto de asentimiento mirando a su desdichado dependiente.

—En primer lugar, un modelo marciano —continuó Rath— nunca debió estar en esta planta.

—Puedo explicar eso —dijo rápidamente Follansby. —Necesitábamos un modelo de exhibición y escribí a la Compañía diciéndoles...

—Esto —interrumpió Rath, inexorable— podría considerarse un caso de negligencia criminal grave.

Encargado y dependiente intercambiaron aterradas miradas. Ambos pensaban en el Reformatorio de la General Motors en las afueras de Detroit, donde los que contravenían las normas de la empresa pasaban sus días en triste silencio, dibujando monótonamente microcircuitos para televisores de bolsillo.

—Sin embargo, esto queda fuera de nuestra jurisdicción —dijo Rath; posó su acusadora mirada sobre Haskins—. ¿Está usted seguro de que el cliente no mencionó nunca su nombre?

—No señor. Quiero decir, sí, estoy seguro —replicó Haskins atropelladamente.

—¿No mencionó ningún nombre?

Haskins hundió la cara entre las manos. Luego la alzó otra vez y dijo ávidamente:

—¡Sí! ¡El quería matar a alguien! ¡A un amigo suyo!

—¿A quién? —preguntó Rath, con terrible paciencia.

—El hombre del amigo era... déjeme pensar... ¡Magneton! ¡Eso era! ¡Magneton! ¿O era Morrison? Oh, Dios mío...

El rostro de acero del señor Rath expresó una cólera bastante corrugada. Los hay que resultan inútiles como testigos, incluso peor que inútiles, pues suelen equivocarse. Sólo puede fiarse uno de los robots.

—¿No mencionó nada significativo?

—¡Déjeme pensar! —dijo Haskins, con la cara contraída por la concentración. Rath esperó.

—Acabo de pensar, señor Rath —dijo el señor Follansby tras un carraspeo—... usted no cree que esa máquina marciana tratará un caso de manía homicida terrestre como homicida, ¿verdad?

—Por supuesto que no. En Marte el homicidio es desconocido.

—Sí, pero ¿qué hará entonces? Quizás rechace el caso por inadecuado. Entonces, el cliente volverá con el regenerador y podremos...

El señor Rath meneó la cabeza y dijo:

—El Regenerador Rex le someterá a tratamiento si encuentra pruebas de psicosis. Desde un punto de vista marciano, el cliente es un hombre muy enfermo, un psicópata... independientemente de cuál sea la naturaleza exacta de su mal.

Follansby se quitó los lentes y empezó a limpiarlos rápidamente.

—¿Qué hará la máquina, entonces?

—Le tratará de acuerdo con el tratamiento que corresponda a la enfermedad marciana más parecida a su caso. Deseo de feem, supongo, con ciertas complicaciones. En cuanto a lo que puede suceder cuando se inicie el tratamiento, no lo sé. Y no creo que nadie lo sepa, pues es la primera vez que pasa una cosa así. En principio, yo diría que hay dos alternativas posibles: que el paciente rechace la terapia, en cuyo caso seguirá con su manía homicida, o que acepte la terapia marciana y se cure.

—¡Ah! —dijo el señor Follansby, resplandeciente—. ¿Es posible la cura?

—No entiende usted —dijo Rath—. Puede producirse una cura... de su psicosis marciana inexistente. Pero curar algo que no existe es construir un sistema gratuito y engañoso. Podríamos decir que la máquina trabajará a la inversa, produciendo psicosis en vez de eliminarla.

El señor Follansby lanzó un gruñido y se apoyó en un modelo de máquina psicosomática ventral.

—El resultado —resumió Rath— sería convencer al cliente de que era marciano. Un marciano cuerdo, naturalmente.

—¡Ya recuerdo! —gritó de pronto Haskins—. ¡Ahora recuerdo! ¡El dijo que trabajaba para la Corporación de Transportes Rápidos de Nueva York! ¡Lo recuerdo con toda claridad!

—Eso es una pista —dijo Rath, acercándose al teléfono. Haskins se enjugó el sudor de la cara, aliviado.

—Y acabo de recordar otra cosa que lo facilitará todo aún más.

—¿Qué?

—El cliente dijo que había sido alcohólico en tiempos. Estoy seguro, porque al principio se interesó por el Aliviador Alcohólico IBM, hasta que le hablé de la otra máquina. Era pelirrojo, sabe, y yo sostengo una teoría sobre los pelirrojos y el alcoholismo. Parece ser...

—Magnífico —dijo Rath—. El alcoholismo figurará en su ficha. Eso facilita considerablemente la búsqueda.

Mientras llamaba a la Corporación de Transportes Rápidos de Nueva York, la expresión de su impávido rostro era casi satisfecha.

Resultaba agradable, para variar, el que un hombre pudiese retener algún dato significativo.

—Pero, seguramente recordará usted su goricae —decía el regenerador.

—No —contestó pesadamente Caswell.

—Hábleme entonces de sus experiencias juveniles con el thorastrian fleep.

—Nunca tuve.

—Vaya. Bloqueo —murmuró la máquina—. Resentimiento. Represión. ¿Está usted seguro de que no recuerda su goricae y lo que significaba para usted? Es una experiencia universal.

—Pues yo no la tuve —dijo Caswell, reprimiendo un bostezo.

Llevaba sometiéndose a mecanoterapia casi cuatro horas, y le parecía totalmente inútil. Durante un rato había hablado voluntariamente sobre su niñez, su madre, su padre y su hermano mayor. Pero el Regenerador le había pedido que dejase a un lado aquellas fantasías. Las relaciones del paciente con un pariente imaginario o consanguíneo, explicó, eran inmanejables y psicológicamente de poca importancia. Lo importante eran los sentimientos del paciente, los conscientes y los reprimidos, respecto a su goricae.

—Bueno —dijo quejumbrosamente Caswell—. La verdad es que yo ni siquiera sé lo que es un goricae.

—Por supuesto que lo sabe. Lo que sucede es que no se permite usted a sí mismo saberlo.

—No lo sé. Explíquemelo.

—Sería mejor que usted me lo explicase a mí.

—¿Y cómo voy a hacerlo? —respondió Caswell irritado—. ¡Si no lo sé!

—¿Qué se imagina usted que puede ser un goricae?

—Un incendio forestal —dijo Caswell—. Una píldora de sal. Una botella de alcohol desnaturalizado. Un destornillador pequeño. ¿Me aproximo? Un bloc. Un revólver...

—Son asociaciones significativas —le aseguró el regenerador—. Esas tentativas al azar muestran una estructura subyacente muy clara. ¿Comienza a percibirlo?

—¿Qué demonios es un goricae? —bramó Caswell.

—El árbol que le alimentó a usted durante la infancia, y buena parte de la pubertad, si mi teoría sobre usted es correcta. Inadvertidamente, el goricae ahogó su necesario rechazo del deseo de feem. Esto a su vez dio origen a su tendencia actual a dwark a otros de un modo vlendish.

—A mí no me alimentó ningún árbol.

—¿No puede usted recordar la experiencia?

—Claro que no. Nunca la tuve.

—¿Está usted seguro?

—Y tanto.

—¿No tiene usted ni la más ligera duda?

—¡No! A mí jamás me alimentó ningún goricae. Mire, al parecer puedo interrumpir estas sesiones cuando me apetezca, ¿no?

—Desde luego —dijo el regenerador—. Pero no sería aconsejable en este momento. Está usted expresando cólera, resentimiento, miedo. Por su rechazo rígido y total...

—¡A la porra! —dijo Caswell, y se quitó la banda de la cabeza.

El silencio era maravilloso. Caswell se levantó, bostezó, se estiró y se frotó la nuca. Se colocó frente a la ronroneante máquina negra y la miró soltando una carcajada.

—Tú no podrías curarme ni un catarro —dijo. Cruzó con paso rígido el cuarto de estar y volvió al regenerador.

—¡Sucio mentiroso! —gritó.

Caswell entró en la cocina y abrió una botella de cerveza. El revólver aún estaba sobre la mesa, brillando foscamente.

«¡Magnessen! ¡Eres un sucio traidor! ¡Eres el diablo en persona! ¡Eres un monstruo odioso e inhumano! ¡Alguien tiene que acabar contigo! ¡Magnessen!»

¿Alguien? Tendría que hacerlo él mismo. Sólo él conocía las insondables profundidades de la maldad de Magnessen, de su depravación, de su repugnante codicia de poder.

Sí, era su deber, pensaba Caswell. Pero curiosamente, el conocimiento no le aportaba ningún placer.

Después de todo, Magnessen era amigo suyo.

Se dispuso a la acción. Metió el revólver en el bolsillo derecho de su chaqueta y miró el reloj de la cocina. Eran casi las seis y media. Magnessen estaría ya en casa, tragando su cena, haciendo planes.

Era el momento perfecto para cazarle.

Caswell se dirigió hacia la puerta, la abrió, miró fuera, y se detuvo.

Una idea había cruzado su mente, una idea tan importante, tan significativa, de tan largo alcance por sus implicaciones que se sintió profundamente conmovido. Intentó desesperadamente borrarla. Pero seguía anclada en su memoria, no quería desaparecer.

Dadas las circunstancias, sólo podía hacer una cosa.

Volvió a la sala de estar, se sentó en el diván y se colocó la banda en la cabeza.

—¿Sí? —dijo el regenerador.

—Es lo más extraño del mundo —dijo Caswell— pero, no sé, creo que recuerdo mi goricae...

John Rath contactó con la Corporación de Transportes Rápidos de Nueva York por televideo y le pusieron en comunicación con el señor Bemis, un hombre grueso y de tez curtida, con ojos observadores.

—¿Alcoholismo? —repitió el señor Bemis, cuando le explicaron el problema; sin interrumpir el contacto, conectó su magnetófono—. ¿Entre nuestros empleados?

Apretando un botón que tenía junto a sus pies, Bemis alertó a los departamentos de seguridad de tránsito, publicidad, relaciones internas y psicoanálisis. Hecho esto, miró de nuevo a Rath:

—No hay la menor posibilidad de eso, señor mío. En confianza, ¿qué es lo que la General Motors quiere saber en realidad?

Rath sonrió con amargura. Debería haberlo imaginado. La Corporación de Transportes Rápidos de Nueva York y la General Motors había tenido conflictos y roces en el pasado. Oficialmente existía una cooperación entre los dos gigantes, pero en la práctica...

—Es una cuestión de interés público —dijo Rath.

—Oh, ya me lo supongo —contestó el señor Bemis, con una sutil sonrisa; observando su tablero indicador, se dio cuenta de que varios ejecutivos de la empresa habían conectado con su línea. Si manejaba el asunto adecuadamente, aquello podía significar un ascenso.

—El interés público de la General Motors —añadió el señor Bemis con cortés sordidez. —Supongo que insinúa usted que hay conductores borrachos a cargo de nuestros vehículos...

—Claro que no. Busco únicamente un individuo de tendencias alcohólicas, simples tendencias latentes...

—No hay ninguna posibilidad de tal cosa. En Transportes Rápidos no admitimos a nadie con la mínima tendencia en ese sentido. ¿Me permite que le sugiera, señor, que procuren ustedes limpiar primero su propia casa antes de hacer insinuaciones respecto a las de los demás?

Y con esto, el señor Bemis interrumpió la conexión.

Nadie iba a echarle a él ningún muerto encima.

—Callejón sin salida —dijo cansinamente Rath. Se volvió y gritó:

—Smith, ¿han encontrado ustedes alguna huella? El teniente Smith, sin chaqueta y remangado, se acercó a él.

—Nada utilizable, señor.

Rath frunció sus finos labios, Hacía ya casi siete horas que el cliente se había llevado la máquina marciana. Era imposible determinar el daño que podría haber causado ya aquel error. El cliente tendría suficiente motivo para poner un pleito a la empresa. No es que el dinero importase mucho; lo que había que evitar a toda costa era la mala publicidad.

—Perdone, señor —dijo Haskins.

Rath le ignoró. ¿Qué hacer ahora? Transportes Rápidos no quería cooperar. ¿Permitirían las fuerzas armadas que examinasen sus archivos para intentar localizarle por su somatotipo y su pigmentación?

—Señor —repitió Haskins.

—¿Qué pasa?

—Acabo de acordarme del nombre del amigo del cliente. Se llamaba Magnessen.

—¿Está usted seguro de eso?

—Del todo, señor —dijo Haskins, mostrándose confiado por primera vez—. Me he tomado la libertad de mirar en la guía telefónica, señor. Sólo hay una persona en Manhattan registrada con ese nombre.

Rath le lanzó una áspera mirada desde debajo de sus tupidas cejas.

—Haskins, espero que esta vez no se equivoque. Lo espero sinceramente.

—Yo también, señor —admitió Haskins, sintiendo que las rodillas empezaban a temblarle.

—Porque si se equivoca —dijo Rath—, haré que... dejémoslo. ¡Vamos allá!

Escortados por la policía, llegaron en quince minutos a la dirección que indicaba la guía telefónica. Era un viejo edificio de arenisca oscura, y el nombre de Magnessen figuraba en la puerta del segundo piso. Llamaron.

Se abrió la puerta y ante ellos apareció un individuo de treinta y tantos años, corpulento, de pelo a cepillo, en mangas de camisa. Palideció ligeramente al ver tantos uniformes, pero no perdió el control.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—¿Es usted Magnessen? —ladró el teniente Smith.

—Sí. ¿Qué demonios pasa? Si es porque mi tocadiscos está muy alto, les aseguro que esa vieja arpía del piso de abajo...

—¿Podemos entrar? —preguntó Rath—. Es importante.

Magnessen parecía a punto de negarles la entrada, así que Rath entró dándole un empujón, seguido de Smith, Follansby, Haskins y un pequeño ejército de policías. Magnessen los miró desconcertado, desafiante, y bastante asustado.

—Señor Magnessen —dijo Rath, con el tono más agradable que pudo—, espero que disculpe usted esta intrusión. Le aseguro que es por el interés público, además de por el suyo. ¿Conoce usted a un individuo bajo, pelirrojo, de aire colérico?

—Sí —dijo Magnessen lentamente, lleno de recelos. Haskins lanzó un suspiro de alivio.

—¿Podría usted darnos su nombre y dirección? —preguntó Rath.

—Supongo que se refiere usted a... ¡pero bueno! ¿Qué ha hecho?

—Nada.

—¿Entonces para qué le quieren?

—No hay tiempo de explicaciones —dijo Rath—. Créame, es también por el bien de él. ¿Cómo se llama?

Magnessen estudió el feo y honrado rostro de Rath, intentando tomar una decisión.

—Vamos, hable, Magnessen —dijo el teniente Smith—, si no quiere empeorar las cosas. Queremos el nombre y rápido.

Era un mal enfoque. Magnessen encendió un cigarrillo, echó el humo hacia Smith y preguntó:

—¿Tiene usted autorización judicial, amigo?

—Va a ver usted si la tengo —dijo Smith, abalanzándose sobre él—. Se la voy a enseñar ahora mismo, listillo.

—¡Alto! —ordenó Rath—. Teniente Smith, gracias por su ayuda. No le necesitaré más. Smith se fue con aire lúgubre, llevándose su pelotón.

—Le pido disculpas por la actitud de Smith —dijo Rath—. Será mejor que le explique cuál es el problema.

Brevemente, pero con suficiente detalle, le explicó la historia del cliente y la máquina terapéutica marciana. Cuando acabó, Magnessen parecía más receloso y suspicaz que antes.

—¿Dice usted que quiere matarme?

—Eso mismo.

—¡No me venga con cuentos! No sé cuál es su juego, señor, pero no puedo creerme eso. Elwood es mi mejor amigo. Y lo es desde que éramos niños. Estuvimos juntos en el servicio. Elwood se dejaría cortar un brazo por mí. Y yo por él.

—Sí, desde luego —dijo Rath con impaciencia—, lo haría estando en su sano juicio, pero su amigo Elwood... ¿Es su nombre o su apellido?

—Nombre —dijo Magnessen.

—Su amigo Elwood es un psicópata.

—Usted no le conoce. Ese tipo me quiere como a un hermano. Vamos, dígame, ¿que ha hecho realmente Elwood? ¿Se ha retrasado en algún pago o algo así? Yo puedo arreglarlo.

—¡No sea usted imbécil! —gritó Rath—. ¡Estoy intentando salvarle la vida a usted y salvar la vida y la salud a su amigo!

—Pero, ¿cómo puedo saberlo? —dijo Magnessen—. Ustedes entran aquí avasallando...

—Debe confiar en mí —dijo Rath.

Magnessen estudió la cara de Rath, y luego hizo un amargo gesto de asentimiento.

—Se llama Elwood Caswell. Vive a una manzana de aquí, en el número 341.

El hombre que salió a abrir la puerta era bajo, pelirrojo y tenía los ojos inyectados en sangre. Llevaba la mano derecha metida en el bolsillo de la chaqueta. Parecía muy tranquilo.

—¿Es usted Elwood Caswell? —preguntó Rath—. ¿El mismo Elwood Caswell que compró un regenerador a primera hora de esta tarde en la sucursal de Instrumentos Terapéuticos Domésticos SA de la calle 43?

—Sí —dijo Caswell—. ¿Quiere pasar?

En la pequeña sala de estar de Caswell vieron el regenerador, brillando en negro y cromo, junto al diván. Estaba desconectado.

—¿Lo ha usado? —preguntó Rath con ansiedad.

—Sí.

Follansby se acercó a él.

—Señor Caswell, no sé como explicar esto, pero cometimos un terrible error. El regenerador que usted se llevó es un modelo marciano... para hacer terapia con los marcianos.

—Lo sé —dijo Caswell.

—¿Lo sabe?

—Desde luego. Pronto se da uno cuenta de ello.

—Era una situación peligrosa —dijo Rath—. Especialmente para un hombre con sus... problemas. —Estudió subrepticamente a Caswell. Parecía estar tranquilo, pero las apariencias no era algo de lo que uno pudiera fiarse por completo, sobre todo con los psicópatas. Caswell había sido un maniaco homicida. No había razón ninguna para que no siguiese siéndolo. Rath empezó a desear no haber despedido tan bruscamente a Smith y a sus policías. A veces resultaba reconfortante tener al lado un grupo de policías armados.

Caswell cruzó la habitación hasta la máquina terapéutica. Seguía con una mano en el bolsillo de la chaqueta. Colocó la otra afectuosamente sobre el regenerador.

—El pobrecillo hizo lo que pudo —dijo—. Por supuesto, no podía curar algo que yo no tenía. —Lanzó una carcajada—. ¡Pero estuvo a punto de lograrlo!

Rath estudió la cara de Caswell y dijo, con un tono experto y casual:

—Nos alegramos de que no le causase ningún mal, señor.

Por supuesto la empresa le resarcirá a usted por el tiempo perdido y por la angustia mental...

—Naturalmente —dijo Caswell.

—...y sustuiremos inmediatamente esta máquina por un regenerador terrícola adecuado.

—Ya no será necesario.

—¿Cómo?

—Que no —Caswell hablaba con tono muy firme. —La tentativa de terapia de la máquina me obligó a hacer una completa valoración de mí mismo. Tuve un instante de absoluta penetración, durante el cual pude valorar y rechazar mis tendencias homicidas hacia el pobre Magnessen.

—¿No siente ya esas tendencias? —preguntó Rath dubitativamente.

—En absoluto.

Rath frunció el ceño, empezó a decir algo, y se detuvo. Se volvió a Follansby y a Haskins.

—Llévense de aquí esta máquina. Ya les diré unas cuantas cosas más tarde.

Encargado y dependiente cogieron el regenerador y se fueron.

—Señor Caswell —dijo Rath—, le recomendaría que aceptase un nuevo regenerador de la compañía, totalmente gratuito. Si no se somete usted a una cura con un sistema mecanoterapéutico adecuado, siempre habrá el peligro de una recaída.

—En mi caso no hay peligro alguno —dijo Caswell, con tono tranquilo y profunda convicción—. Gracias por su amabilidad, señor. Y buenas noches.

Rath se encogió de hombros y se dirigió hacia la puerta.

—¡Espere! —dijo Caswell.

Rath se volvió. Caswell había sacado la mano del bolsillo de la chaqueta. En ella había un revólver. Rath sintió el sudor en los sobacos. Calculó la distancia que le separaba de Caswell. Demasiada.

—Tome —dijo Caswell, ofreciéndole el revólver cogido por el cañón—. Ya no lo necesitaré más.

Rath logró mantener la cara inexpresiva mientras aceptaba el revólver y lo metía en su deformado bolsillo.

—Buenas noches —dijo Caswell. Cerró la puerta tras Rath y echó el cerrojo.

Por fin estaba solo.

Caswell entró en la cocina. Abrió una botella de cerveza, dio un largo trago y se sentó a la mesa. Fijó la mirada en un punto situado encima y a la izquierda del reloj. Ahora tenía que concretar sus planes, no podía perder tiempo.

¡Magnessen! ¡Aquel monstruo inhumano que había derribado el goricae de Caswell!  
¡Magnessen! ¡El hombre que, incluso ahora, planeaba secretamente infestar Nueva York con el aborrecible deseo de feem! Oh, Magnessen, quiero para ti una larga, larguísima vida llena de las torturas que yo pueda infligirte. Y empezando por...

Caswell sonreía para sí mientras planeaba cómo podría exactamente dwarear a Magnessen de una forma vlendishante.

## PROTECCIÓN

La semana próxima habrá un desastre aéreo en Borneo, pero no tiene por qué afectarme a mí, aquí en nueva York. Y los fegs no pueden hacerme daño, desde luego. No si mantengo cerradas las puertas de mi armario. No, el gran problema es la lesnerización. No debo lesnerizar. No debo hacerlo de ninguna manera. Y como es de imaginar, esto me preocupa no poco.

Y, para colmo de males, creo que estoy cogiendo un catarro bastante serio.

Todo empezó la noche del siete de noviembre. Yo iba Broadway abajo camino de la Cafetería Baker. Iba sonriendo porque acababa de pasar un duro examen físico. Llevaba en el bolsillo, tintineando suavemente, cinco monedas, tres llaves y una caja de cerillas.

Para completar la imagen, permítanme que añada que soplabla viento del nordeste, a siete kilómetros por hora, que Venus estaba en su curso ascendente y que la Luna era claramente menguante. Pueden deducir lo que les parezca de todo esto.

Llegué a la esquina de la calle 98 y me dispuse a cruzar. Cuando dejaba la acera, alguien me gritó:

—¡El camión! ¡Cuidado con el camión!

Di un salto atrás, mirando ansiosamente a mi alrededor. No había nadie a la vista. Entonces, un segundo más tarde, apareció un camión por la esquina a toda velocidad y pasó con luz roja retumbando Broadway arriba. Sin el aviso, me habría aplastado.

Han oído ustedes a menudo historias como ésta, ¿verdad? Les habrán hablado de la extraña voz que avisó a la tía Minnie para que no cogiese el ascensor, precisamente el día en que el ascensor cayó desde la séptima planta. O que avisó al tío Joe de que no embarcase en el Titanio. La historia suele concluir ahí.

Ojalá la mía terminara ahí.

—Gracias, amigo —dije, y miré a mi alrededor. Seguía sin haber nadie.

—¿Aún puedes oírme? —preguntó la voz.

—Desde luego que sí. —Di una vuelta completa y miré recelosamente las ventanas cerradas de un apartamento que quedaba sobre mí—. ¿Pero dónde demonios estás?

—Gronish —contestó la voz—. ¿Es ése el referente? Índice de refracción. Criatura de insustancialidad. La Sombra lo sabe. ¿Comprendes?

—¿Eres invisible? —aventuré.

—¡Eso es!

—Pero, ¿qué eres tu?

—Un derg validusiano.

—¿Un qué?

—Yo soy... abre un poco más la laringe, por favor. Déjame ver ahora. Soy el Espíritu de las Últimas Navidades. La Criatura de la Laguna Negra. La Esposa de Frankenstein. El...

—Un momento —dije—. ¿Intentas decirme... que eres un espectro o una criatura de otro planeta?

—Es lo mismo —contestó el derg—. Evidentemente.

Esto lo aclaraba todo. Cualquier idiota podía darse cuenta de que la voz pertenecía a alguien de otro planeta. Era invisible en la Tierra, pero sus sentidos superiores habían percibido un peligro próximo y me habían avisado.

Era tan sólo un incidente supranormal cotidiano y sencillo.

Empecé a caminar apresuradamente Broadway abajo.

—¿Qué te pasa? —preguntó el derg invisible.

—Nada, nada —contesté—. Sólo que al parecer estoy en medio de la calle hablando con un alienígena invisible procedente de los más alejados confines del espacio exterior. Supongo que sólo yo puedo oírte...

—Sí, naturalmente.

—¡Estupendo! ¿Tú sabes a qué puede llevarme todo este asunto?

—La idea que estás subvocalizando no es del todo clara.

—A un manicomio. A una casa de locos. Al psiquiátrico. Allí es donde meten a la gente que habla con alienígenas invisibles. Gracias por el aviso, amigo. Buenas noches.

Sintiéndome un poco mareado, giré hacia el este, esperando que mi invisible amigo continuase Broadway abajo.

—¿No quieres hablar conmigo? —preguntó el derg. Moví la cabeza negativamente, gesto inofensivo por el que nadie puede señalarte, y seguí caminando.

—Pero debes hacerlo —protestó el derg, con tono desesperado—. Un auténtico contacto subvocálico es algo muy raro y asombrosamente difícil. A veces puedo transmitir un aviso, inmediatamente antes del momento de peligro, pero luego se rompe la conexión.

Así que aquélla era la explicación de la premonición de la tía Minnie. Pero aún me esperaba mucho más.

—¡Quizás no vuelvan a darse estas condiciones en un centenar de años! —dijo quejumbrosamente el derg.

¿Qué condiciones? ¿Cinco monedas y tres llaves repiqueteando en el bolsillo con Venus en su curso ascendente? Supongo que es algo que merece una investigación... pero no por mi parte. Estas cosas supranormales nunca pueden llegar a probarse. Ya hay bastante gente tejiendo fundas para camisas de fuerza sin que pase yo a engrosar sus filas.

—Déjame en paz —dije. Un policía me dirigió una mirada curiosa. Yo sonreí puerilmente y aceleré el paso.

—Me doy cuenta de tu situación social —dijo el derg con urgencia—, pero este contacto puede resultar muy beneficioso para ambos. Quiero protegerte de la infinidad de peligros de la existencia humana.

No le contesté.

—Bueno —dijo el derg—. No puedo obligarte. No tengo más salida que ir a ofrecer mis servicios a otra parte. Adiós, amigo.

Yo asentí complacido.

—Una última cosa —dijo—. Mantente alejado del metro mañana entre las doce y la una y cuarto. Adiós.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Habrá un accidente en Columbus Circle, morirá un individuo al que la multitud empujará fuera del andén. Puedes ser tú si estás allí. Adiós.

—¿Morirá una persona allí mañana? —pregunté— ¿Estás seguro?

—Por supuesto.

—¿Saldrá en los periódicos?

—Eso creo.

—¿Y tú sabes todo tipo de cosas como ésta?

—Puedo percibir todos los peligros que irradian hacia ti y que se extienden en el tiempo. Mi único deseo es protegerte de ellos.

Yo me había parado. Dos chicas se reían de mí al verme hablar solo. Reemprendí la marcha.

—Oye —susurré—, ¿puedes esperar hasta mañana por la noche?

—¿Me dejarás ser tu protector? —preguntó ansiosamente el derg.

—Te lo diré mañana —dije—. Después de leer los periódicos de la tarde.

Allí estaba la noticia, no había duda. La leí en mi habitación amueblada de la calle 113. Un hombre, empujado por la multitud, había perdido el equilibrio y había caído del andén en el momento en que un tren entraba en la estación. Esto me dio mucho que pensar mientras esperaba que apareciese mi protector invisible.

No sabía qué hacer. Su deseo de protegerme me parecía bastante sincero. Pero no sabía si deseaba realmente que me protegiese. Cuando, una hora más tarde, el derg contactó conmigo, la idea me gustó aun menos, y así se lo dije.

—¿No confías en mí? —preguntó.

—Yo sólo quiero llevar una vida normal.

—Si puedes llevar alguna —me recordó—. Aquel camión de anoche...

—Fue una casualidad. Un azar que se produce una vez en la vida.

—Sólo se muere una vez en la vida —digo el derg solemnemente—. Recuerda también lo del metro.

—Eso no cuenta. No tenía pensado coger el metro hoy.

—Pero no tenías ninguna razón para no cogerlo. Eso es lo importante. Lo mismo que no hay ninguna razón para que no tomes una ducha en la próxima hora.

—¿Y por qué no habría de hacerlo?

—Una tal señorita Flynn —dijo el derg—, que vive abajo, acaba de terminar de ducharse y se ha dejado una pastilla de jabón de color rosa olvidada sobre el mosaico rojo del baño de esta planta. Podrías muy bien resbalar en ella y dislocarte una muñeca.

—Nada mortal, ¿verdad?

—No. Algo bastante distinto; por ejemplo, una pesada maceta que cae desde la azotea empujada por cierto caballero viejo y temblón.

—¿Cuándo va a suceder eso? —pregunté.

—Creí que no te interesaba.

—Me interesa mucho. ¿Cuándo? ¿Dónde?

—¿Me dejarás que continúe protegiéndote? —preguntó.

—Dime sólo una cosa —dije—. ¿Qué ganas tú con ello?

—¡Satisfacción!—dijo—. Para un derg validusiano la mayor satisfacción posible es ayudar a otra criatura a evitar un peligro.

—¿Pero no buscas nada más? ¿Alguna nadería como mi alma o gobernar la Tierra?

—¡Nada! Aceptar algo a cambio de la protección destruiría la experiencia emocional. Lo único que persigo en la vida, lo que desea cualquier derg, es proteger a alguien de los peligros que no puede ver, pero que nosotros podemos ver perfectamente. —El derg hizo una pausa. Luego añadió suavemente—: Ni siquiera esperamos gratitud.

Bien, esto fue la puntilla. ¿Cómo podía yo sospechar las consecuencias? ¿Cómo podía yo saber que su ayuda me conduciría a una situación en la que debía procurar por todos los medios no lesnerizar?

—¿Qué me dices de esa maceta? —pregunté.

—Caerá en la esquina de la calle diez y el bulevar McAdams mañana por la mañana a las ocho y media.

—¿Calle diez esquina McAdams? ¿Dónde está eso?

—En Jersey City —contestó él rápidamente.

—¡Pero no he estado en toda mi vida en Jersey City! ¿Por qué me avisas de eso?

—Yo no sé dónde vas a estar tú —dijo el derg—. Yo sólo percibo los peligros que acechan estés tú donde estés.

—¿Y qué debo hacer ahora?

—Lo que quieras —me dijo. —Sigue llevando tu vida normal. Vida normal. ¡Ja!

Enseguida empezó todo. Yo iba a clases a la Columbia, hacía mis trabajos en casa, iba al cine, veía a mis amistades, jugaba al ping-pong y al ajedrez, todo como antes. En nada se notaba que me encontrase bajo la protección directa de un derg validusiano.

Una o dos veces al día, el derg acudía a mí. Me decía, por ejemplo:

—Rejilla suelta en West End Avenue, entre las calles 66 y 67. No caminar por allí.

Y, por supuesto, yo no lo hacía. Pero algún otro lo haría. Veía a menudo la noticia del accidente en los periódicos.

Cuando empecé a acostumbrarme, me proporcionaba cierta sensación de seguridad. Había un alienígena por allí alrededor las veinticuatro horas del día consagrado únicamente a protegerme. ¡Un guardaespaldas supranormal! La idea me daba una gran confianza.

Mi vida social, durante este período, no podría haber ido mejor.

Pero el derg pronto extremó su celo en mi protección. Comenzó a descubrir más y más peligros, la mayoría de los cuales no tenían ninguna relación con mi vida en Nueva York. Eran cosas que sucedían en Ciudad de Méjico, Toronto, Omaha, Papeete.

Finalmente le pregunté si se proponía informarme de todo peligro potencial que hubiese en la Tierra.

—Esos son los pocos, los poquísimos casos que podrían afectarte —me explicó.

—¿En Ciudad de Méjico? ¿En Papeete? ¿Por qué no te limitas a la localidad? Nueva York ya es bastante grande, ¿no te parece?

—El espacio no significa nada para mí —contestó tercamente el derg—. Mis percepciones son temporales, no espaciales. ¡Debo protegerte de todo!

Resultaba conmovedor, en cierto modo, y yo nada podía hacer al respecto. Simplemente tenía que desechar de sus informes los diversos peligros que me acechaban

en Poboken, Tailandia, Kansas City, Angkor Var (el derrumbe de una estatua), París y Sarasota. Luego venían las noticias locales. Tampoco solían afectarme, pues la mayoría de los peligros me acechaban en Queen, el Bronx, State Island y Brooklyn, y me concentraba en Manhattan. Sin embargo, a menudo merecía la pena tomar en consideración estos últimos. El derg me salvó de unas cuantas experiencias bastante desagradable: un robo a mano armada en el Cathedral Parkway, por ejemplo, un incendio...

Pero él seguía acelerando el ritmo. Había empezado con un informe o dos al día. Al cabo de un mes, me pasaba cinco o seis informes diarios. Y al final sus advertencias, locales, nacionales e internacionales, fluían en una corriente continua.

Yo estaba enfrentando demasiados peligros, peligros que superaban con mucho toda probabilidad razonable.

Un día normal:

«Comida en malas condiciones en la cafetería Baker. No cenar allí esta noche.»

«El autobús trescientos doce tiene malos frenos. No subir en él.»

«En la sastrería Meyen hay un pequeño escape de gas. Puede producirse una explosión. Es preferible acudir a otra sastrería.»

«Perro con rabia entre Riverside Drive y Central Park West. Coger un taxi.»

Pronto pasé a estar constantemente no haciendo cosas y evitando lugares. Era como si el peligro estuviese acechándome detrás de cada farola, esperando por mí.

Yo sospechaba que el derg exageraba la nota. No cabía otra explicación. Después de todo, yo había vivido antes de conocerle sin ayuda supranormal de ningún género, y me las había arreglado muy bien. ¿Por qué aumentaban ahora los riesgos?

Se lo pregunté una noche.

—Todos mis informes son auténticos —dijo, evidentemente un poco ofendido—. Si no me crees, intenta encender la luz mañana en tu clase de psicología.

—¿Por qué?

—Hay un cable defectuoso.

—No dudo de tus avisos —le aseguré—. Pero antes de aparecer tú la vida no era tan peligrosa.

—Claro que no. Probablemente tú no sepas que si aceptas protección debes aceptar también los inconvenientes que trae consigo la protección.

—¿Qué clase de inconvenientes? El derg vaciló.

—La protección engendra la necesidad de más protección. Eso es una constante universal.

—Repite eso —dije desconcertado.

—Antes de que me conocieses, eras como cualquier otro y corrías los riesgos propios de tu situación. Pero al aparecer yo, cambió inmediatamente tu medio, y también tu posición en él.

—¿Cambió? ¿Por qué?

—Porque yo estoy incluido en él. Ahora, en cierta medida, tú participas de mi medio, lo mismo que yo participo del tuyo; y, claro está, ya se sabe que el evitar un peligro abre camino a otro.

—¿Intentas decirme —pregunté, muy lentamente— que mis riesgos han aumentado, debido a tu ayuda?

—Era inevitable —respondió él lanzando un suspiro.

Habría estrangulado con gran satisfacción al derg en aquel momento, si no hubiese sido invisible e impalpable. Tenía la desagradable sensación de que me habían engañado, de que me habían gastado una broma extraterrestre.

—Muy bien —dije, controlándome—. Gracias por todo. Ya nos veremos en Marte, o dondequiera que andes.

—¿No quieres ya más protección?

—Tú lo has dicho. No cierres de golpe al salir.

—Pero ¿qué es lo que pasa? —El derg parecía realmente desconcertado—. Han aumentado los riesgos en tu vida, es cierto, pero ¿qué más da? Es una gloria y un honor enfrentar el peligro y salir victorioso. Cuanto mayor sea el peligro, mayor es la satisfacción de poder eludirlo.

Por primera vez me di cuenta de lo ajeno que era aquel alienígena.

—No para mí —dije—. Ni mucho menos.

—Tus riesgos han aumentado —admitió el derg—, pero mi capacidad de detección es sobradamente amplia para resolver ese problema. Yo estoy encantado de poder resolverlo. Así que ello representa una ganancia neta en protección para ti.

—Sé lo que sucede luego —dije moviendo la cabeza—. Mis riesgos seguirán aumentando, ¿no es así?

—En absoluto. En lo que se refiere a accidentes, has llegado a un límite cuantitativo.

—¿Qué significa eso?

—Significa que no habrá ya incremento en el número de accidentes que debes evitar.

—Magnífico. Ahora, ¿quieres hacer el favor de largarte?

—Pero acabo de explicarte...

—Sí, ya lo sé. No habrá incremento. Será más o menos

lo mismo. Pero si me dejas solo, volverá a existir mi medio original, ¿no es así? Y con él, mis riesgos originales...

—Puede —asintió el derg—. Si sobrevives.

—Correré el riesgo.

El derg guardó silencio un rato.

—No puedes permitirte echarme —dijo finalmente—. Mañana...

—No me lo digas. Evitaré los accidentes yo solo.

—No pensaba en accidentes.

—¿Entonces en qué?

—Es que no sé muy bien cómo decírtelo —parecía turbado—. Te dije que no habría más cambios cuantitativos. Pero no te mencioné los cambios cualitativos...

—¿De qué hablas? —le grité.

—Intento decirte —explicó el derg— que hay un gamper persiguiéndote.

—¿Un qué? ¿Qué clase de truco es éste?

—Un gamper es una criatura de mí medio. Supongo que se sintió atraído por tu creciente capacidad por evitar riesgos, debida a mi protección.

—Que se vaya al diablo el gamper; y vete al diablo tú también.

—Si viene, intenta rechazarle con muérdago. El acero suele ser eficaz, ligado con el cobre. También...

Me eché en la cama y enterré la cabeza bajo la almohada. El derg entendió la indirecta. Al cabo de un momento pude darme cuenta de que se había ido.

¡Había sido un imbécil! Nosotros los habitantes de la Tierra tenemos un vicio común: coger todo lo que se nos ofrece, necesitémoslo o no.

Y uno puede meterse en muchos líos de ese modo.

Pero el derg se había ido y con él el peor de mis problemas. Me sentiría tenso un tiempo, mientras las cosas se asentaran, pero al cabo de unas cuantas semanas, quizás podría...

Creí percibir un ronroneo en el aire.

Me incorporé en la cama. Un rincón de la habitación estaba extrañamente oscuro, y pude percibir una brisa fresca en la cara. El ronroneo se hizo más sonoro... No era ya un ronroneo, sino una brisa, sorda y monótona.

Nadie tenía que explicarme nada.

—¡Derg! —grité—. ¡Sácame de esto! Allí estaba él.

—¡Muérdago! Muévelo delante del gamper.

—¿De dónde demonios voy a sacar yo ahora muérdago?

—¡Entonces acero y cobre!

Me abalancé hacia la mesa, cogí un pisapapeles de cobre y busqué afanosamente un objeto de acero al que unirlo. El pisapapeles voló de mi mano. Pude cogerlo antes de que cayera al suelo. Entonces vi mi pluma estilográfica y uní la punta con el pisapapeles.

La oscuridad se desvaneció. Y también la brisa.

Supongo que me desmayé.

Una hora más tarde, el derg me decía triunfalmente:

—¿Lo ves? Necesitas mi protección.

—Supongo que sí —contesté hoscamente.

—Necesitarás algunas cosas —dijo el derg—. Acónico, amarinta, ajo, barro de cementerio...

—Pero el gamper se ha ido.

—Sí. Pero quedan los grailers. Y necesitas protección contra los leeps, los feegs y el melgericer.

Así que escribí una lista de hierbas, perfumes y específicos. No me molesté en preguntarle sobre este lazo entre lo sobrenatural y lo supranormal. Ya lo entendía todo plena y completamente.

¿Espectros y espíritus? ¿O extra terrestres? El dijo que eran lo mismo, y me di cuenta de lo que había querido decir. Nos dejan en paz, generalmente, pues estamos a distintos niveles de percepción, de existencia incluso. Hasta que un humano es lo suficientemente idiota como para atraer su atención.

Ahora yo estaba en su juego. Unos querían matarme, otros protegerme, pero a ninguno le importaba yo, ni siquiera al derg. Lo único que les interesaba era mi valor en el juego, si es que se trataba de eso.

Y nadie más que yo tenía la culpa de la situación. Al principio, yo tenía a mi disposición la sabiduría acumulada por la raza humana, ese tremendo odio racial a brujas y espectros, el miedo irracional a la vida alienígena. Pues mi aventura se había desarrollado miles de veces y la historia se repetía una y otra vez. Era la historia de los hombres que se dedicaban a jugar con artes extrañas y a convocar espíritus. Al hacerlo, atraían sobre sí la atención y los resultados no se hacían esperar.

Así que yo estaba ligado inseparablemente al derg y el derg a mí. Bueno, hasta ayer. Ahora vuelvo a estar solo.

Todo había ido pasablemente durante unas cuantas semanas. Había conseguido alejar a los feegs por el simple procedimiento de mantener cerradas las puertas de mi armario. Los leeps eran más amenazadores, pero el ojo de un sapo parecía contenerlos. Y el melgericer sólo era peligroso con luna llena.

—Estás en peligro —dijo ayer el derg.

—¿Otra vez? —pregunté, bostezando.

—Quien nos persigue ahora es el thrang.

—¿Nos?

—Sí, tanto a ti como a mí, pues hasta un derg debe correr peligro y correr riesgos.

—¿Es especialmente peligroso ese thrang?

—Es muy peligroso.

—Bueno, ¿qué he de hacer? ¿Piel de serpiente sobre la puerta? ¿Un pentágono?

—Nada de eso —dijo el derg—. Hay que tratar al thrang negativamente, evitando ciertas acciones.

Tenía que someterme ya por entonces a tantas restricciones que no me importaba gran cosa una más.

—¿Qué he de hacer?

—No debes lesnerizar —dijo el derg.

—¿Lesnerizar? —fruncí el ceño—. ¿Qué es eso?

—Tienes que saberlo. Es una acción humana simple y rutinaria.

—Quizás la conozca con un nombre distinto. Explica.

—Muy bien. Lesnerizar es... —se detuvo bruscamente.

—¿Qué?

—¡Aquí está! ¡El thrang!

Me arrimé a la pared. Creí percibir un suave estremecimiento en el aire, pero podría ser tan solo fruto de mi excitación nerviosa.

—¡Derg! —grité—. ¿Dónde estás? ¿Qué debo hacer? Oí un chillido y el rumor inconfundible de unas mandíbulas mascando.

—¡Me ha cogido! —gritó el derg.

—¿Qué debo hacer? —grité yo.

Oí un rumor espantoso de dientes rechinando. Muy débil, oí la voz del derg:

—¡No lesnerizar! —decía. Y luego se hizo el silencio.

Así que aquí estoy ahora, sentado, muy tenso. Habrá un desastre aéreo en Borneo la próxima semana, pero no me afectará a mí que estoy aquí en Nueva York. Y desde luego los feegs no pueden hacerme ningún daño. No si mantengo cerradas las puertas de mi armario.

El problema es lesnerizar. No debo lesnerizar. En absoluto. Si puedo conseguir no lesnerizar, todo pasará y la caza se trasladará a otro sitio. ¡Así ha de ser! Lo único que tengo que hacer es esperar a que se vayan.

El problema es que no tengo la menor idea de lo que pueda ser lesnerizar. El derg dijo que era un acto humano muy común. Bien, de momento, voy evitando cuantas acciones puedo.

Caí dormido hace un rato y no pasó nada. Así que eso no es lesnerizar. Salí y compré comida. La pagué, la cociné, la comí. Eso no era lesnerizar. Escribí este relato. Eso no era lesnerizar.

Conseguiré salir de esto.

Voy a echar una siesta. Creo que estoy cogiendo un catarro. Ahora tendré que estornudar...

## TIERRA, AIRE, FUEGO Y AGUA

Las radios de las naves espaciales nunca han funcionado adecuadamente, y el equipo de radio que Jim Radell tenía a bordo de la Algonquin no era ninguna excepción. Había estado hablando con Tierra, con Con Electric. Pero recepción se desvaneció y de pronto el pequeño compartimento del piloto se llenó de voces.

—¡No, yo no quiero grapas! —bramaba la radio—. ¡Yo quería pirulís!

—¿No es la estación de Marte? —preguntaba alguien.

—No, esto es la Luna. Salga usted de mi frecuencia.

—¿Qué demonios voy a hacer yo con tres paquetes de grapas?

—Cuélgueselas de la nariz. Oiga, Luna...

Radell escuchó durante un rato. La radio le dio la tranquilizadora impresión de que el espacio estaba lleno de gente, tremendamente vital, que atestaba los planetas. Tenía que

recordarse que todos aquellos ruidos los hacían menos de cincuenta hombres, motas de polvo en los espacios que rodeaban la Tierra.

La radio lanzó una masa de ruidos parásitos durante unos momentos. Luego ronroneó con firmeza. Radell fijó el aparato y ató las correas de su asiento. La Algonquin se hallaba en órbita de desaceleración, deslizándose hacia la nebulosa superficie de Venus. Podía leer un libro o echar una siesta hasta que la nave aterrizase.

Tenía dos tareas. Una se relacionaba con una nave no tripulada que Con Electric había enviado a Venus cinco años atrás. La nave contenía instrumentos automáticos de registro. Una de las tareas de Randell era volver a la Tierra con aquellos instrumentos.

La Algonquin avanzaba en espiral hacia la fría y tormentosa superficie de Venus, localizando automáticamente el emplazamiento de la nave robot. El casco brillaba hoscamente mientras la Algonquin atravesaba la espesa atmósfera de Venus, aminorando la velocidad y ajustando su posición. La nieve se agitaba en torbellinos alrededor de la nave, cuyos reactores traseros flameaban. Luego se posó suavemente en el suelo.

—Excelente aterrizaje, amiga mía —dijo Radell a la nave. Se quitó las correas y conectó la radio a su traje espacial. Sus indicadores mostraban que la nave robot se hallaba a unos cuatro kilómetros de distancia; no lo bastante lejos como para tener que cargar con provisiones. Podría, simplemente, caminar hasta allí, recoger los instrumentos y luego volver a casa.

—Probablemente esté de vuelta a tiempo para la Serie —dijo en voz alta. Dio un último repaso al traje y abrió la primera compuerta.

El traje espacial era el segundo trabajo de Randell y el más importante.

La humanidad estaba lanzándose fuera de la Tierra. A escala cósmica, apenas si había nacido. Y, sin embargo, los que antaño vivían en cuevas y soñaban con las estrellas estaban dejando la Tierra atrás. Ayer los hombres eran seres que andaban desnudos, lastimosamente débiles y desesperadamente vulnerables. Hoy, vestidos de acero, transportados por reactores incandescentes, habían alcanzado la Luna, Marte y Venus.

Los trajes espaciales eran un eslabón de la cadena tecnológica que ligaba los planetas.

Los prototipos del traje que llevaba Radell habían sido sometidos a todas las pruebas que habían podido imaginar en el laboratorio. Las habían superado todas con pleno éxito. Y el traje recibía ahora su prueba final, su prueba de campo.

—Quédate aquí amiga, y no te muevas —dijo Radell a la nave. Salió por la última escotilla y descendió por la escalerilla de la Algonquin, llevando el traje espacial mejor y más caro que había ideado el hombre.

Siguió su radio brújula, avanzando fácilmente sobre la fina capa de nieve. El paisaje que le rodeaba apenas era visible. Lo velaba la gris media luz de Venus. Bajo sus pies había delgadas plantas, que esporádicamente brotaban de la nieve. Eran la única cosa viva que se veía.

Ajustó la radio en su traje, esperando que alguien radiase los resultados de la primera división de la liga de béisbol. Pero lo único que captó fue el final de una parte meteorológico de Marte. Comenzaba a caer de nuevo la nieve. Hacía frío. Lo indicaba el marcador de su muñeca, porque el aire frío no podía penetrar a través de su traje. Y aunque Venus disponía de una atmósfera con oxígeno, él no tenía que respirarla. Un casco de plástico le sellaba en un pequeño mundo propio manufacturado. Dentro de él, no podía sentir siquiera el viento frío y áspero que le empujaba con firmeza.

A medida que caminaba, la nieve iba haciéndose más profunda. Miró hacia atrás. Su nave quedaba completamente oculta en la gris media luz, y el avance se hacía más difícil.

«Si establecen aquí una colonia», se dijo, «no me van a enganchar a mí en ella». Abrió más la espita del oxígeno y continuó su avance entre el ventisquero.

Al cabo de un rato, captó el lejano eco de una música en su radio, tan desmayado y débil que ni siquiera estaba seguro de oírlo realmente. Prosiguió el avance durante dos horas, apartándose más de un kilómetro de la nave, tarareando la canción que creía oír, y pensando en todo menos en Venus.

De pronto se hundió en nieve suelta hasta las rodillas.

Se incorporó y se sacudió. Vio que llevaba bastante rato caminando entre unas tormentas de nieve. Encerrado en el maravilloso traje, ni siquiera se había dado cuenta.

Pero no veía motivo alguno para alarmarse. Dentro de su traje espacial vivía en una maravillosa seguridad. El aullar del viento le llegaba muy desmayadamente. Las ráfagas de nieve rozaban inofensivas su casco de plástico, y su rumor le hacía pensar en la lluvia sobre un tejado de chapa.

Se hundió en la costra dura formada sobre la nieve profunda.

En la hora siguiente nevó aun más. Radell se dio cuenta de que el viento había adquirido casi velocidad de huracán. Los remolinos de nieve giraban a su alrededor y se asentaban casi en forma de hielo debido a la baja temperatura.

No tenía intención alguna de dar la vuelta.

«Al diablo con ello», se decía. «Dentro de este traje no entra nada.»

Luego, la nieve le cubrió hasta la cintura.

Hizo una mueca y se liberó. Pero al paso siguiente volvió a hundirse rompiendo la fina costra dura de la superficie.

Intentó continuar, pero la resistencia de la nieve era excesiva. Al cabo de diez minutos estaba atrapado, y su traje tenía que suministrarle más oxígeno.

Sin embargo, Radell no tenía miedo. Sabía que en Venus no existían verdaderos peligros. No había hombres, ni animales, ni plantas venenosas. Todo lo que tenía que hacer era seguir caminando a través de la nieve unos kilómetros, provistos como estaba del traje espacial más moderno inventado por el hombre.

Sentía cada vez más sed. Y tenía la sensación de no avanzar apenas. La nieve le llegaba ahora hasta el pecho, y le resultaba cada vez más difícil subir a la superficie, sólo para hundirse de nuevo en cuanto daba el primer paso. Aun así, continuó intentándolo tercamente durante media hora.

Luego se detuvo. Su visibilidad estaba totalmente bloqueada por la sólida pared de nieve que caía suavemente del hosco cielo gris. En media hora, no recorrió más de diez metros.

Estaba atrapado.

La radio interplanetaria era siempre algo incierto. Radell no podía, al parecer, transmitir de ninguna forma su mensaje.

—Aquí la Algonquin —radiaba—. Llamando a Con Electric.

—Correcto. El verde. Allá voy.

—¿Por qué iba a engañarte? Se rompió el brazo...

—...y cuatro cajas de espárragos. Ponlo a mi nombre.

—Seguro que estábamos en caída libre. Pero aun así se rompió el brazo...

—Aquí la Algonquin llamando, hey, control, déjenme entrar, estoy en luz verde.

—Prioridad —decía Radell—. Llamando a Con Electric. Estoy atrapado en la nieve. No puedo volver a la nave. ¿Qué hago ahora?

La radio lanzó una ráfaga de ruidos parásitos.

Radell se sentó en la nieve a esperar instrucciones. Consideraba la nevada una imposición. ¿Es que suponían que debía convertirse en esquimal o algo así? Con Electric le había metido en aquello. Pues que los que le habían metido le sacaran.

El traje mantenía una temperatura constante y agradable. Radell logró olvidar su hambre y su sed. Mientras la nieve caía cada vez con más fuerza, él se adormiló.

Despertó unas horas más tarde, con más sed que nunca. La radio ronroneaba huecamente. Radell comprendió que tendría que arreglárselas por sí mismo. Si no regresaba enseguida a la nave, podría encontrarse luego demasiado débil para moverse. Poco le ayudarían entonces las maravillosas virtudes protectoras del traje. Se incorporó, la garganta reseca por la sed, y lamentó no haber llevado provisiones. Pero, ¿cómo podía haber previsto que las necesitaría para recorrer solo siete kilómetros, llevando aquel traje?

Necesitaba un medio de locomoción sobre la delgada costra de nieve. Necesitaba raquetas para la nieve. ¿Cómo eran las raquetas que se hacían en la Tierra? Se arrodilló y examinó una de aquellas delgadas plantas que brotaban de la nieve.

Aquello serviría.

Intentó arrancar una. Era dura y aceitosa. Las enguantadas manos de Radell resbalaron en ella.

Si tuviese un cuchillo. Pero no había razón alguna para incluir un cuchillo en una nave espacial. Era tan inútil como una lanza, o un arpón.

Tiró de nuevo de la planta. Luego, se quitó los guantes y buscó en los bolsillos algún instrumento afilado. Sólo encontró un ejemplar de «Normas de Aterrizaje Planetario para Naves Comerciales de más de Quinientas Toneladas». Volvió a meterlo en el bolsillo.

Tenía ya las manos agarrotadas. Volvió a ponerse los guantes.

De pronto tuvo una idea. Corrió la cremallera de la parte delantera del traje, e inclinándose hacia adelante utilizó un lado de ella como sierra. Comenzó a formarse un corte en la planta, pero por el traje abierto penetró una ráfaga de viento. Radell elevó el dispositivo de temperatura del traje y siguió aserrando.

Por último, consiguió cortar una cantidad de plantas que le pareció razonable. Intentó cerrar las cremalleras, pero estaban atascadas con la resina y las fibras sueltas de las plantas. Radell enrolló los bordes lo mejor que pudo y puso al máximo el dispositivo calefactor del traje.

Ahora tenía que hacer la raqueta. Las plantas se doblaban fácilmente pero recuperaban su primitiva posición con la misma facilidad. No tenía medio alguno de unir las.

«Qué situación tan estúpida», dijo en voz alta. No tenía ningún alambre, ni una cuerda. Nada.

«¿Y qué voy a hacer ahora?», se preguntó.

—Nunca vi una recepción semejante en toda mi vida —decía alguien por la radio.

—Aquí la Algonquin llamando a Tierra —dijo Radell ásperamente, por milésima vez.

—¿Oiga, Marte?

—Con Electric llamando a la Algonquin...

—Quizás sea la corona solar.

—Resultado de las radiaciones cósmicas, más probablemente. ¿Quién es?

—Aquí Con Electric. Nuestra nave se retrasa...

—¡Algonquin llamando! —gritó Radell.

—¿Radell? ¿Qué es lo que hace? No es usted un explorador y no es momento para explorar. Coja lo que tiene que coger y vuelva aquí.

—Aquí estación Luna II...

—¡No interfiera, Luna! —gritó Radell—. Escuche, estoy en un lío. Atrapado. Bloqueado en la nieve. Necesito raquetas. ¡Raquetas para la nieve! ¿Me oye?

La radio emitió una ráfaga de ruidos parásitos. Radell volvió al problema de las raquetas.

Tenía que encontrar un medio de unir las plantas. El único que se le ocurría era utilizar los cables de su radio o de su unidad calefactora. ¿Qué debía sacrificar?

Era una elección difícil. Necesitaba la radio. Pero tenía en mi próxima salida... —la voz se desvaneció de nuevo, frío, a pesar de que la unidad calorífica funcionaba perfectamente. Destruirla sería quedar solo con el traje aislante frente al frío de Venus.

Tendría que prescindir de la radio, decidió.

—... díselo, ¿lo harás? —dijo súbitamente la radio—. Y Radell comprendió que no podía prescindir de la radio, que las voces que la radio traía al mundo civilizado y solitario de su traje espacial le eran absolutamente necesarias. Débil y cansado, con la garganta ardiendo por la sed, tenía la sensación de que mientras pudiese oír aquel tranquilizador rumor mecánico de los ruidos parásitos no estaría solo.

Además, si no lograba construir las raquetas, o si éstas no eran suficientes, la radio le sería imprescindible para que le localizasen y socorrieran.

Rápidamente, antes de que pudiese cambiar de idea, arrancó los cables de la unidad calefactora, se quitó los guantes y se puso a trabajar.

No era tan fácil como había pensado. Apenas si podía ver, pues su casco de plástico quedó enseguida cubierto de vapor, al eliminar la unidad calorífica. Los nudos que hacía con el resbaladizo cable cubierto de plástico aislante se deshacían enseguida. Probó a hacer nudos más complicados, pero continuaban soltándose. A base de tanteos logró dar con un tipo de nudo que aguantaba.

E incluso entonces, las plantas se soltaban de los nudos. Tenía que hacer incisiones en ellas con las cremalleras para que quedaran fijadas.

Con una raqueta parcialmente terminada, un súbito mareo le hizo detenerse. Tenía que beber algo.

Se quitó el casco y se metió en la boca un puñado de nieve. Esto le calmó un poco la sed.

Sin el casco podía ver mejor. Tenía los dedos de las manos y de los pies como muertos, y esta sensación iba poco a poco extendiéndose al resto de sus extremidades.

No le dolía. En realidad, se sentía muy cómodo. Aunque sentía mucho sueño. Nunca había tenido tanto sueño.

Decidió tomarse una siesta muy corta, y seguir después.

—Prioridad de emergencia. Prioridad de emergencia. Con Electric llamando a Algonquin. Conteste Algonquin. ¿Qué sucede, Algonquin?

—Raquetas. No puedo llegar a la nave —murmuró Radell medio dormido.

—¿Qué pasó, Radell? ¿Fallo mecánico? ¿Le pasó algo a la nave?

—La nave está perfectamente.

—¡El traje! ¿Se estropeó el traje?

—No... —Radell estaba muy soñoliento. No sabía como explicar lo que había sucedido, porque ni él mismo estaba seguro de ello. De algún modo extraño, había sido arrancado de la civilización y se encontraba un millón de años atrás, en una época en la que los hombres vivían a merced de los elementos. Unos momentos antes estaba protegido por una cápsula de acero, seguro y caliente. Ahora estaba tendido sobre la tierra, luchando con las fuerzas del fuego, el aire y el agua.

—No puedo explicarlo, pero sáquenme de aquí —dijo Radell.

De pronto, pensó que la humanidad no había cambiado nada desde su origen. Quizás la cueva fuese un poco mayor, los pedernales algo mejores, pero el propio hombre no era más grande, ni más fuerte, ni estaba mejor adaptado. Fuera, aún bramaba la tormenta, aún imperaban los elementos.

Se sacudió el sopor, despertándose del todo, y se puso de pie tambaleándose, seguro de haber hecho un importante descubrimiento. Por primera vez, comprendía que estaba luchando por su vida, exactamente igual que habían luchado miles de millones de miembros de su raza desde la aurora de los tiempos. Y como seguirían luchando, por muy bien que construyesen sus naves espaciales.

Y no estaba dispuesto a morir. Al menos no sin ofrecer resistencia.

Tenía que hacer una hoguera, inmediatamente. En el bolsillo de los pantalones tenía una caja de cerillas. Rápidamente, se quitó el traje espacial para sacarla, y se quedó de pie en la nieve en pantalones y camisa. Luego construyó un rompevientos de nieve, y excavó un agujero en el suelo. Arrancó ramas y las dispuso cuidadosamente para hacer un fuego, añadiéndole hojas de Normas de Aterrizaje Planetario. Encendió una cerilla.

Si no prende...

¡Pero prendió! La resina de las ramas prendió inmediatamente, y se alzó el fuego, fundiendo la nieve a su alrededor.

Radell llenó su casco de plástico de nieve y lo colocó junto al fuego. ¡Ahora tendría agua!

Se acurrucó junto a las llamas, chamuscándose la camisa. Pero el fuego se agotaba. Añadió todas las ramas que tenía.

No eran suficientes. Ni siquiera utilizando la raqueta medio terminada pudo prolongar mucho tiempo el fuego.

—¿Sabes lo que ella me dijo? ¿Quieres saber realmente lo que me dijo ella? Pues dijo...

—¡Prioridad! ¡Prioridad de emergencia! Dejen la línea libre todos. Escuche, Radell, aquí Con Electric. Ha salido una nave de la Luna a rescatarle. ¿Puede oírme?

—Sí, le oigo. ¿Cuánto tardarán en llegar? —preguntó Radell.

—¿No puede oírnos, Radell? ¿Está usted bien? Conteste si puede.

—Le oigo perfectamente. ¿Cuánto tardará la nave...?

—No le oímos. De todos modos, suponemos que está usted aún vivo. La nave estará ahí dentro de diez horas. Procure aguantar, Radell.

¡Diez horas! El fuego estaba casi apagado. Furiosamente, Radell aserró más plantas. Pero no podía reunir suficiente número con la rapidez necesaria para mantener el fuego encendido.

La nieve del casco se había derretido ya. Bebió el agua y luego se acurrucó pegado a la tierra. Se envolvió en el traje espacial lo más próximo que pudo a la agonizante hoguera.

¡Diez horas! El quería decirles que el traje espacial era excelente. El único problema era que Venus le había arrancado de él.

El viento bramaba sobre su cabeza, al chocar contra el muro de protección que había construido. El fuego era ya sólo una diminuta llama. Radell miraba desesperado a su alrededor, al blanco paisaje, buscando algo, cualquier cosa, que pudiera arder.

—Vamos, amigo. Estamos aterrizando. Hemos conseguido hacer el viaje en siete horas y media. Consumimos todo nuestro combustible. Tendrán que enviarnos una nave cisterna luego. Pero conseguimos llegar en siete horas y media.

La brillante llama iluminó el cielo gris de Venus, y se hundió hacia la zona donde estaba el silencioso casco de la Algonquin.

—¿Puedes oírnos, muchacho? ¿Sigues con vida? Ya casi estamos ahí.

La nave aterrizó sobre su cola a unos cien metros de la Algonquin. Salieron de ellas tres hombres. Otro hombre descendió luego con varios pares de raquetas.

—Tenías buena razón con lo de las raquetas, sabes... Se agruparon y examinaron un indicador que llevaba uno de ellos en la muñeca.

—Su radio aún funciona. Por ahí.

Avanzaron sobre la nieve, tropezando entre sí por la prisa. Al cabo de un kilómetro avanzaban más lentamente, pero sin detenerse un instante, hacia la señal de radio.

Encontraron a Radell acucillado ante una pequeña hoguera. Su radio estaba a unos cuantos metros de él, donde, al parecer, la había arrojado. Alzó la vista hacia los hombres que se aproximaban e intentó sonreír.

Vieron su traje espacial en el suelo, todo rasgado. Radell estaba alimentando la hoguera con trozos del mejor y más caro traje espacial inventado por el hombre.

## POLIZÓN

Bajé hasta el Martepuerto unas horas después de que llegara la nave de la Tierra. Traía a bordo taladros de punta de diamante, que yo llevaba pidiendo más de un año. Quería reclamarlos antes de que alguien se apoderase de ellos. No quiero decir con esto que alguien fuese a robar algo; aquí en Marte todos somos caballeros y científicos. Pero es difícil conseguir las cosas y el robo-por-prioridades el medio que utiliza un caballero-científico para robar lo que necesita.

Cargué mis taladros en el jeep y entonces llegó Parson, de Minas, exhibiendo una Orden de Prioridad de Máxima Urgencia. Afortunadamente, yo había tenido el buen sentido de obtener una orden de prioridad aún mayor del director Burke Carson estuvo tan amable que le di tres taladros.

Y se alejó en su scooter, por las rojas arenas marcianas, que tan bonitas resultan en las fotografías en color, pero que destrozan completamente los motores.

Me acerqué a la nave de la Tierra, no porque me importasen gran cosa las naves espaciales, sino para mirar algo distinto.

Entonces vi al polizón.

Estaba de pie junto a la nave espacial, con los ojos como platos, contemplando la arena roja, los chamuscados puntos de aterrizaje, los cinco edificios del Martepuerto. «¡Oh, Marte!», decía la expresión de su cara.

Lancé un gruñido. Aquel día tenía más trabajo del que podía realizar en un mes. Pero el polizón era problema mío. El director Burke, en un rasgo caprichoso, me había dicho:

—Tully, tú sabes tratar a la gente. Entiendes a la gente. Y sabes hacerte simpático. Por tanto, te nombro Jefe de Seguridad de Marte.

Lo cual significaba que tenía que ocuparme de los polizones.

Este polizón concreto tenía unos veinte años. Medía sobre uno ochenta, y no pesaría más de cincuenta y tantos kilos de mal alimentada carne sobre los huesos. Su nariz iba adquiriendo un color rojo brillante en nuestro saludable clima marciano. Tenía manos grandes y de aire tosco, pies grandes, y boqueaba como un pez fuera del agua en nuestra saludable atmósfera marciana. Naturalmente, no tenía respirador. Los polizones nunca lo tienen.

Me acerqué a él y dije:

—Bueno, ¿cómo te sientes aquí?

—¡Dios mío! —exclamó él.

—Magnífico, ¿verdad? —añadí—. Es magnífico verte en otro planeta.

—¡Desde luego que lo es! —balbució el polizón. Iba adquiriendo un color azul suave, por la falta de oxígeno, salvo en la punta de la nariz. Decidí dejarle sufrir un poco más.

—Así que te escondiste en ese carguero —dije—. Te metiste de polizón para contemplar el maravilloso, encantador y exótico Marte.

—Bueno, no creo que se me pueda considerar polizón —dijo él, luchando por respirar—. Yo...

—Vamos, que sobornaste al capitán —se tambaleaba ya sobre sus largas y vacilantes piernas. Saqué mi respirador de repuesto y se lo puse en la nariz.

—Vamos, polizón —dije—. Te daré algo de comer. Luego tú y yo tendremos una charla en serio.

Le cogí del brazo y le llevé hacia las cocinas, porque estaba tan débil que se hubiese caído sobre algo y lo hubiese roto. Dentro, gradué la atmósfera y calenté un poco de carne de cerdo y alubias para él.

Lo devoró vorazmente y luego se echó hacia atrás en la silla con una sonrisa de oreja a oreja.

—Me llamo Johnny Franklin —dijo—. ¡Marte! No puedo creer que está realmente aquí.

—Eso es lo que dicen todos los polizones. Los que sobreviven al viaje. Hay unas diez tentativas al año, pero sólo uno o dos consiguen llegar vivos. La mayoría son unos perfectos idiotas. Los polizones consiguen colarse a bordo de un carguero pese a todos los controles de seguridad. La nave despegaba a unos veinte g y, sin protección especial, el polizón queda como aplastado. Si sobrevive a esto, le espera la radiación. O se asfixia en la bodega sin aire antes de poder llegar al compartimento del piloto.

Aquí en Marte tenemos un cementerio especial solo para polizones. Pero siempre hay alguno que consigue sobrevivir y desembarca en Marte lleno de esperanzas y de estrellas en los ojos.

Y yo soy el tipo que tiene que desilusionarlos.

—Dime, ¿a qué viniste exactamente a Marte? —pregunté.

—Se lo diré —contestó Franklin—. En la Tierra uno tiene que hacer exactamente lo que hacen los demás. Tiene uno que pensar como los demás, actuar como los demás, porque si no lo encierran.

Asentí. La Tierra estaba tranquila ahora, por primera vez en la historia de la humanidad. Paz mundial, gobierno mundial, prosperidad mundial. Las autoridades querían que siguiese así. Yo creo que van demasiado lejos en la supresión hasta del individualismo más inofensivo, pero, ¿quién soy yo para decidir sobre eso? Las cosas probablemente se suavizarán en cien años o así, pero eso no le basta a un polizón que quiere vivir ahora.

—Así que sentiste la necesidad de nuevos horizontes —dije.

—Sí, señor —dijo Franklin—. Espero que esto no le suene demasiado rústico, señor, pero quiero ser un pionero. No me importa lo duro que sea. ¡Trabajaré! ¡Déjeme quedarme, por favor, señor! Trabajaré muy duro...

—¿Haciendo qué? —pregunté.

—¿Cómo? —pareció desconcertado por un instante. Luego dijo:

—Haré cualquier cosa.

—Pero, ¿qué puedes hacer? Podríamos tener trabajo para un buen químico inorgánico, desde luego. ¿Eres tú acaso químico inorgánico?

—No señor, no —dijo el polizón.

No me gustaba hacerlo, pero era importante grabar la triste e inevitable verdad en la mente de los polizones.

—Así que tu campo no es la química —musité—. Habría también trabajo para un buen geólogo. E incluso para un estadístico.

—Lo siento, pero...

—Dime, Franklin, ¿en qué eres doctor?

—Yo, señor...

—¿Eres licenciado? ¿Técnico especialista?

—No señor, no —dijo Franklin quejumbrosamente—. Ni siquiera acabé el bachiller.

—Entonces, dime, ¿qué crees tú que puedes hacer aquí? —pregunté.

—Verá, señor —dijo Franklin—. Leí que se trabajaba en toda la superficie de Marte. Yo creí que podría ser mensajero, o algo así. Y soy también un buen carpintero, y sé hacer trabajos de fontanería y... Tiene que haber algo que yo pueda hacer aquí.

Serví a Franklin otra taza de café y él me miró con ojos suplicantes. Los polizones siempre miran así cuando llegamos a este punto. Se creen que Marte es como Alaska en

los años setenta o la Antártida en el año dos mil. Una frontera para hombres valientes y decididos. Pero Marte no es una frontera. Es un callejón sin salida.

—Franklin —dije—, ¿sabes que el Proyecto Marte no se autofinancia y que quizás no lo haga nunca? ¿Sabes que cuesta casi cincuenta mil dólares al año mantener aquí a un hombre? ¿Crees que tú te mereces un salario de cincuenta mil al año?

—Yo como muy poco —dijo Franklin—. Y una vez que le coja el tranquillo al trabajo podré...

—Y —le interrumpí— ¿no sabías que no hay un solo hombre en Marte que no tenga por lo menos el título de doctor?

—Eso no lo sabía —murmuró Franklin.

Los polizones nunca lo saben. Y soy yo quien tiene que decírselo. Así que le expliqué a Franklin que los científicos se encargan de la fontanería, carpintería, que hacen de mensajeros, de cocineros, que se encargan de la limpieza y de las reparaciones, y todo ello en su tiempo libre. Quizás no lo hagan bien, pero lo hacen.

El hecho es que no hay ni un solo trabajo no especializado en Marte. Sencillamente no podemos permitirnoslo.

Creí que iba a empezar a llorar, pero logró controlarse.

Miraba ansiosamente la estancia, observando todos los detalles de nuestro pequeño comedor. Era todo típicamente marciano.

—Vamos —dije levantándome—. Te buscaré una cama. Mañana dispondremos tu pasaje de vuelta a la Tierra. Y no te pongas tan triste, al menos has visto Marte.

—Sí, claro, señor —el polizón se levantó pesadamente—. Pero, señor, yo no puedo volver a la Tierra. No volveré a la Tierra.

No discutí con él. Muchos polizones hablan así, con más decisión incluso. ¿Cómo iba a saber yo lo que pensaba aquél?

Después de acomodar a Franklin, volví a mi laboratorio e hice durante unas cuantas horas los trabajos que imprescindiblemente tenía que hacer. Luego me acosté un rato, agotado.

A la mañana siguiente, fui a despertar a Franklin. No estaba en la cama. Pensé inmediatamente en la posibilidad de sabotaje. Quién sabe lo que puede hacer un pionero desengañado. Di una vuelta por el campamento buscándole ansiosamente y por fin lo encontré en el laboratorio especial en construcción.

El laboratorio especial era para nosotros, necesariamente, un proyecto al que teníamos que consagrar el tiempo libre. Siempre que uno disponía de media hora extra, colocaba unos cuantos ladrillos, aserraba una mesa, o atornillaba los goznes de una puerta. Nadie podía disponer de tiempo libre suficiente para terminar aquello de modo ordenado y rápido.

Franklin había logrado más en unas cuantas horas que la mayoría de nosotros en unos cuantos meses. Era un buen carpintero, no había duda. Y trabajaba con un furor tal que parecía que estuviesen persiguiéndole todas las furias del infierno.

—¡Franklin! —grité.

—Sí, señor —vino enseguida a mi lado—. Sólo quería hacer algo para pagar mi manutención, señor Tully. Si me da unas cuantas horas más, podré colocar el techo. Y si aquellas tuberías de allá no sirven para otra cosa, podría terminar mañana la instalación de fontanería.

Franklin era un buen muchacho, desde luego. El tipo de persona que necesitaba Marte. De acuerdo con todas las reglas de la decencia humana y de la justicia, debería haberle dado una palmada en el hombro y haberle dicho: «Muchacho, los estudios no lo son todo. Puedes quedarte. Te necesitamos».

Realmente hubiese querido decírselo. Pero no podía. En Marte no hay historia de promoción y éxito personal de este género. Ningún polizón consigue nada. Nosotros los

científicos podemos hacer los trabajos de carpintería y de fontanería, por muy pobres que puedan ser los resultados. Y, sencillamente, no podemos permitirnos otra cosa.

—Por favor, Franklin, ¿serías tan amable de no ponerme las cosas más difíciles? Soy blando de corazón. Me has convencido. Pero lo único que puedo hacer es poner en ejecución las normas. Debes volver.

—No puedo volver —dijo Franklin muy suavemente.

—¿Cómo?

—Si vuelvo me encerrarán —dijo Franklin.

—Está bien, explícame eso —gruñí—. Pero, por favor, deprisa.

—Sí señor, sí. Como le dije —explicó Franklin—, en la Tierra todos tienen que ser iguales, pensar todos igual. En fin, yo lo hice bien durante un tiempo, pero luego descubrí La Verdad.

—¿Qué?

—Que descubrí La Verdad —dijo orgullosamente Franklin—. La descubrí por accidente, pero era realmente simple, tan simple que se la enseñé a mi hermana, y, si ella podía aprenderla, podía aprenderla cualquiera. Así que intenté enseñársela a todos.

—Sigue —dije.

—Bueno, se pusieron muy furiosos. Me dijeron que estaba loco. Que debía callarme. Pero yo no podía callarme, señor Tully, porque era La Verdad. Así que cuando iban a encerrarme, me vine a Marte.

Oh, magnífico, pensé. Franklin era exactamente lo que necesitábamos en Marte. Un buen fanático religioso dispuesto a predicar entre nosotros, endurecidos científicos. Y era exactamente lo que el médico me recomendaba a mí. Ahora, después de enviarle de vuelta a la Tierra, a la cárcel, tendría que sufrir sentimientos de culpa durante el resto de mi vida.

—Y eso no es todo —dijo Franklin.

—¿Quieres decir que esta patética historia es más larga?

—Sí señor, sí.

—Sigue —dije con un suspiro.

—Andan también detrás de mi hermana —dijo Franklin—. Sabe, después de que vio La Verdad se sintió tan deseosa de enseñarla como yo. Es La Verdad, sabe. Así que ahora también ella está escondida hasta que... hasta que... —se frotó la nariz y suspiró quejumbrosamente—. Creí que podría convencerles a ustedes de que sería capaz de hacer una gran tarea en Marte y que entonces podrían dejar a mi hermana venir conmigo y que...

—Basta —dije.

—Sí, señor.

—No quiero oír más —le dije—. Ya he oído demasiado.

—¿Quiere que le explique La Verdad? —preguntó animosamente Franklin—. Yo podría explicarle...

—Ni una palabra más —aullé.

—Sí señor, sí.

—Franklin, no puedo hacer nada, absolutamente nada por ti. No tienes los conocimientos ni los títulos necesarios para poder quedarte. Y yo no tengo autoridad para permitirte. Pero haré lo único que puedo hacer. Hablaré de ti al director.

—¡Estupendo! Muchísimas gracias, señor Tully. ¿Podría usted decirle que aún no me he recuperado del todo de este viaje? En cuanto recupere mis fuerzas, les demostraré...

—Claro, claro —dije, y me alejé de allí.

El director me miró como si se me hubiese caído el regulador.

—Pero Tully —dijo—. Tú conoces las reglas.

—Por supuesto —dije—. Pero realmente podría sernos útil. Me resulta odioso hacerle volver y entregarle en manos de la policía.

—Cuesta cincuenta mil dólares al año mantener un hombre en Marte —dijo el director—, ¿Tú crees que se merece un salario de...?

—Ya lo sé —dije—. Pero es un caso tan patético, y es tan voluntarioso, y podríamos utilizarle...

—Todos los polizones son patéticos —dijo el director.

—Sí. Claro, todos ellos son seres humanos inferiores, no como nosotros los científicos. Está bien, lo mandaré de vuelta.

—Ed —dijo el director con voz suave—. Ya veo que se va a crear una tirantez entre nosotros por esto. Lo dejaré a tu criterio. Tú sabes muy bien que se presentan cerca de diez mil solicitudes al año para cada plaza del Proyecto Marte. Tenemos que rechazar a hombres mejores que nosotros mismos. Los chicos estudian en las universidades durante años para conseguir una plaza aquí. Y cuando acaban se encuentran con que la plaza ya ha sido ocupada. Considerando todo esto, ¿crees sinceramente que Fran-kin debe quedarse?

—Yo... Bueno... Oh, maldita sea, no, si pones las cosas así. —Pero aún seguía irritado.

—¿Pueden ponerse de otro modo? —preguntó el director.

—Por supuesto que no.

—Es una triste situación en la que muchos son los llamados y pocos los elegidos —musitó el director—. Hace falta una nueva frontera. A mí me gustaría que Marte se abriera de par en par a la colonización. Y algún día lo haremos. Pero no hasta que no podamos autofinanciarnos.

—De acuerdo —dije—. Dispondré el regreso del polizón.

Franklin estaba trabajando en el tejado del laboratorio especial cuando regresé, y no tuvo más que mirarme a la cara para saber cuál era la respuesta.

Me subí al jeep y fui hasta el Martepuerto. Quería echarle una bronca al capitán del carguero espacial que había permitido a Franklin subir a bordo. Sería el mismo que tendría que llevar a Franklin de vuelta a la Tierra.

El carguero estaba en la rampa de lanzamiento con la nariz apuntando hacia el cielo. Clarksom, nuestro encargado de cuestiones atómicas, estaba revisándolo antes del despegue.

—¿Dónde está el capitán de este cacharro? —pregunté.

—No hay capitán —dijo Clarksom—. Es un modelo automático, controlado por radio. Mi estómago comenzó a agitarse.

—¿No tiene capitán?

—No.

—¿Ni tripulación?

—No la llevan los de este tipo —dijo Clarksom—. Lo sabes muy bien, Tully.

—En ese caso —dije asombrado— no hay oxígeno a bordo.

—Claro que no.

—Ni escudo contra las radiaciones.

—Claro —dijo Clarksom mirándome fijamente.

—Ni aislamiento.

—El suficiente para que el casco no se funda.

—Y supongo que despegó a máxima aceleración. Treinta y cinco g o así.

—Claro —dijo Clarksom—. Ese es el sistema más económico, cuando no van seres humanos a bordo. ¿Qué demonios te pasa?

No le contesté. Simplemente subí al jeep y me dirigí a toda velocidad hacia el laboratorio especial. Mi estómago ya no se agitaba. Giraba como una peonza.

Ningún ser humano podía sobrevivir un viaje así. No había la menor posibilidad. Era físicamente imposible.

Cuando llegué al laboratorio, Franklin había terminado el techo y estaba en el suelo, instalando cañerías. Era la hora de comer y le ayudaban algunos de los hombres de Minas.

—Franklin —dije.

—Dígame señor.

Hice una profunda inspiración.

—Franklin, ¿viniste aquí en aquel carguero?

—No, señor —respondió—. Intenté decírselo, intenté decirle que no había sobornado a ningún capitán, pero usted no me dejó.

—En ese caso —dije, hablando muy lentamente—, ¿cómo llegaste aquí?

—Usando La Verdad.

—¿Puedes mostrármelo?

Franklin se quedó pensándolo un momento. Luego dijo:

—Fue un viaje muy cansado, señor Tully, pero supongo que podré.

Y desapareció.

Yo me quedé allí, pestañeando. Entonces, uno de los hombres de Minas señaló hacia arriba. Allí estaba Franklin, planeando en el aire, a unos cien metros de altura.

Al instante siguiente estaba otra vez a mi lado, con la nariz colorada por el frío.

Oh, Dios mío, aquello parecía transferencia instantánea...

—¿Es eso La Verdad? —le pregunté.

—Sí, señor, sí —dijo Franklin—. Es una manera distinta de mirar las cosas. En cuanto lo ves, en cuanto realmente lo ves, puedes hacer toda clase de cosas. Pero allá en la Tierra a esto le llamaban una alucinación. Y decían que tenía que dejar de hipnotizar a la gente...

—¿Y puedes enseñar esto? —le pregunté.

—Desde luego —dijo Franklin—. Aunque llevará un poco de tiempo...

—Da igual. Supongo que podemos permitirnos dedicarle un poco de tiempo. Sí señor. Estoy seguro de que sí. Sí señor, un poco de tiempo dedicado a aprender La Verdad, creo que merecería la pena...

No sé cuanto tiempo más habría seguido balbuciendo cosas así, si Franklin no me hubiese interrumpido ansiosamente.

—Señor Tully, ¿significa eso que puedo quedarme?

—Puedes quedarte, Franklin. De hecho, si intentas irte, te mataré.

—¡Oh, gracias, señor! ¿Y mi hermana? ¿Puede venir?

—Oh sí, por supuesto —dije—. Tu hermana puede venir. En cuanto...

Oí un alarido de los hombres de Minas. Se me erizaron los pelos de la nuca y me volví muy lentamente.

Allí estaba, una chica alta y flaca, con ojos tan grandes como platos. Miró a su alrededor como una sonámbula y murmuró:

—¡Oh, Martel!

Luego se volvió a mí y se ruborizó.

—Perdone, señor —dijo—. Yo... estaba escuchando y...

## UN VIAJE DE PLACER

—No podemos desperdiciarlo —decía Arnold—. Miles de millones en beneficios, pequeña inversión inicial, resultados inmediatos, ¿comprendes?

Richard Gregor asintió cansinamente. Era un día muy aburrido en las oficinas del Servicio Interplanetario de Descontaminación ACE AAA, exactamente igual que todos los días allí. Gregor hacía un solitario. Arnold, su socio, estaba sentado a su mesa, con los pies sobre un montón de

facturas por pagar.

Tras la puerta de cristal pasaban rápidamente sombras, correspondientes a los individuos que acudían a Siderúrgica Marte, Novedades Neoromanas, Productos Alpha Dura, y al resto de las oficinas de la misma planta.

Pero nadie rompía el polvoriento silencio de ACE AAA.

—¿A qué estamos esperando? —preguntó sonoramente Arnold—. ¿Lo hacemos o no?

—No está en nuestra línea —dijo Gregor—. Nosotros nos dedicamos a descontaminación planetaria, ¿recuerdas?

—Pero nadie quiere un planeta descontaminado —contestó Arnold.

Desgraciadamente, era cierto. Tras limpiar eficazmente Fantasma V de monstruos imaginarios, ACE AAA había tenido un súbito aluvión de trabajo, pero después cesó la expansión en el espacio. Todos se dedicaban a consolidar sus ganancias, a edificar ciudades, cultivar campos, construir carreteras.

Un día u otro, las cosas volverían a ponerse en movimiento. La raza humana se extendería mientras hubiese lugares por donde extenderse. Pero, de momento, la situación era terrible.

—Considera las posibilidades —dijo Arnold—. Tenemos aquí a toda esta gente en sus nuevos y relumbrantes mundos. Necesitan animales de tiro y de carne de la Tierra.. —hizo una pausa teatral—, y nosotros podemos llevárselos!

—No estamos equipados para manejar ganado —indicó Gregor—. Tenemos una nave. ¿Qué más hace falta?

—Todo. Sobre todo conocimientos y experiencia. Trans portar animales vivos por el espacio es un trabajo extraordinariamente delicado. Un trabajo de especialistas. ¿Qué harías tú si se pusiese enferma una vaca entre la Tierra y Omega IV?

—Sólo transportaremos —dijo confiadamente Arnold— especies modificadas y resistentes. Haremos que las examinen médicamente. Y yo mismo esterilizaré la nave antes de que suban a bordo.

—Muy bien, soñador —dijo Gregor—. Prepárate para el; golpe. El Trust de Trigale acapara todo el transporte de animales en este sector del espacio. No suelen ser muy amables con la competencia... Por eso no la tienen... ¿Cómo piensas quitarles los clientes?

—Trabajaremos más barato.

—Y nos moriremos de hambre.

—Ya estamos muñéndonos de hambre —dijo Arnold.

—Prefiero morirme de hambre a que me liquide «accidentalmente» un asesino a sueldo de Trigale en el puerto de embarque. O a encontrarme con que alguien ha llenado de keroseno nuestros tanques de agua, o que los tanques de oxígeno están vacíos.

—¡Qué imaginación tienes! —dijo Arnold nervioso.

—Estas imaginaciones más ya han sucedido. Trigale no quiere competencia y lo ha conseguido. Por accidente, podríamos decir, si te gustan los chistes macabros.

En ese momento se abrió la puerta.

Arnold retiró los pies de la mesa y Gregor guardó las cartas precipitadamente en un cajón. El visitante era un extraterrestre, a juzgar por su sólida estructura, su cabeza pequeña y su piel de un gris pálido. Avanzó directamente hacia Arnold.

—Estarán en el almacén central de Trigale dentro de tres días —dijo.

—¿Tan pronto, señor Vens? —preguntó Arnold.

—Sí, sí. Hubo que transportar a los ventos con mucho cuidado, pero los queels llevan varios días a nuestra disposición.

—Magnífico. Este es mi socio —dijo Arnold, volviéndose a Gregor, que estaba boquiabierto.

—Encantado —Vens estrechó con firmeza la mano de Gregor—. Les admiro. Libre empresa, competencia, creen en ello. ¿Tienen la ruta?

—Está todo grabado —dijo Arnold—. Mi socio está dispuesto a despegar en cualquier momento.

—Yo iré directamente a Vermoine II y les esperaré allí. Buena suerte. Se volvió y se fue.

—Arnold, ¿qué has hecho? —preguntó Gregor maquinalmente.

—He dado el primer paso para hacernos ricos. Eso es lo que he hecho —contestó Arnold.

—¿Transportando ganado?

—Sí.

—¿En territorio de Trigale?

—Sí.

—Déjame ver el contrato.

Arnold lo sacó. Decía que el servicio planetario de descontaminación (y transporte) ACE AAA, se comprometía a entregar cinco ventos, cinco firgels y diez queels en el sistema solar de Vermoine. Habían de recogerse en el almacén central de Trigale, y el punto de destino era el almacén principal de Vermoine II. ACE AAA tenía opción también para construir su propio almacén.

Dichos animales habían de llegar intactos, vivos, sanos, felices, productivos, etc. Había una serie de cláusulas de penalización en caso de que los animales llegasen muertos, improductivos, enfermos, etc.

El documento parecía un armisticio temporal entre naciones hostiles.

—¿De verdad has firmado esta sentencia de muerte? —preguntó Gregor con incredulidad.

—Claro. No tienes más que coger esos animales, salir para Vermoine y dejarlos allí.

—¿Yo? ¿Y qué harás tú mientras?

—Me quedaré aquí, respaldándote y apoyándote en el viaje —dijo Arnold.

—Ayúdame a bordo de la nave.

—No, no... imposible. Me pongo a morir en cuanto veo un queel.

—También yo me pongo a morir cuando pienso en este contrato. ¿Por qué no te juegas tú el cuello una vez para variar?

—Pero hombre, yo soy el departamento de investigación —objetó Arnold, sudando copiosamente—. Así lo establecimos desde un principio, ¿recuerdas?

Gregor recordó, suspiró y se encogió de hombros con desesperación.

Empezaron inmediatamente a disponer la nave. Dividieron la bodega en tres compartimentos, destinados a albergar las tres especies de animales que debían transportar. Todos ellos respiraban oxígeno y todos podían sobrevivir a unos veinte grados de temperatura, así que no había problema. Embarcaron también los alimentos adecuados.

Al cabo de tres días, cuando estaban todo lo preparados y dispuestos que podían estar, Arnold decidió acompañar a Gregor hasta el almacén central de Trigale.

Realizaron un viaje rutinario, sin ningún problema, pero Gregor aterrizó en la plataforma de aproximación bastante nervioso. Corrían demasiadas historias respecto al trust para que pudiese sentirse a gusto en su cuartel general. Había tomado las máximas precauciones. Había cargado la nave de combustible y se había aprovisionado en la estación lunar, y ningún hombre de Trigale debía subir a bordo.

Sin embargo, si el personal de la estación estaba preocupado por la destartada y vieja nave espacial, lo ocultó perfectamente. Un par de cargueros de Trigale arrastraron la nave hasta la plataforma.

Dejando a Arnold encargado de las operaciones de carga, Gregor entró a firmar los volantes. Un untuoso funcionario de Trigale le entregó los papeles y miró con interés a Gregor mientras los leía.

—Cargando ventos, ¿verdad? —dijo cortésmente el funcionario.

—Eso es —dijo Gregor, preguntándose cómo sería un vento.

—Y también queels y firlgels —continuó el funcionario—. Todos juntos. Tiene usted mucho valor, señor Gregor.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Ya conoce usted el viejo proverbio: «Si viajas con ventos, no olvides las gafas de aumento».

—Nunca había oído eso.

El funcionario rió amistosamente y estrechó la mano de Gregor.

—Después de este viaje, podrá usted hacer proverbios por su cuenta, no se preocupe. Le deseo mucha suerte, señor Gregor. Extraoficialmente, claro está.

Gregor le dedicó una desvaída sonrisa y volvió a la plataforma de carga. Ya estaban a bordo, cada uno en su compartimento, los ventos, los firlgels y los queels. Arnold había puesto en marcha el aire, había comprobado la temperatura y les había dado a todos su ración diaria.

—Bueno, ya te vas —dijo alegremente Arnold.

—Ya me voy, sí —admitió Gregor sin ninguna alegría. Y subió a bordo, ignorando las risillas de los trabajadores que les observaban.

La nave fue arrastrada por unos tractores hasta la rampa de despegue, y pronto Gregor se vio en el espacio, camino de un pequeño almacén que orbitaba alrededor de Vermoine II.

Siempre había mucho trabajo el primer día en el espacio. Gregor comprobó sus instrumentos, repasó luego el impulsor principal y los tanques, depósitos, cables y conductos, para asegurarse de que no se había roto ni desprendido nada en el despegue. Luego decidió inspeccionar su cargamento. Era hora ya de que viese qué aspecto tenían los animales.

Los queels, que estaban en el compartimento delantero de estribor, parecían inmensas bolas de nieve. Gregor sabía que eran muy apreciados por su lana, que alcanzaba precios muy elevados en todas partes.

Al parecer, no habían conseguido acostumbrarse a la falta de gravedad, pues no habían probado la comida. Los dejó allí dándose golpes con las paredes y el techo y balando quejumbrosamente por suelo firme.

Los firlgels no ofrecían ningún problema. Eran una especie de lagartos grandes y correosos, cuya utilidad en una granja Gregor no podía imaginar. De momento, estaban dormidos y permanecerían así durante todo el viaje.

Los cinco ventos ladraron alegremente al verle. Eran unos mamíferos herbívoros muy cariñosos, y parecían muy contentos con la ingravidez.

Satisfecho, Gregor regresó flotando a la cabina de control. Era un buen comienzo. Trigale no le había molestado, y sus animales soportaban bastante bien el viaje.

Iba a ser un viaje de placer, pensó.

Después de comprobar su radio y sus controles, Gregor conectó la alarma y se echó a dormir.

Despertó, ocho horas después, abotargado y con un espantoso dolor de cabeza. El café le supo a demonios y apenas si podía centrar la mirada en el panel de instrumentos.

Son los efectos del aire enlatado, pensó, y comunicó a Arnold que todo iba bien. Pero a mitad de la conversación se dio cuenta de que apenas si podía mantener abiertos los ojos.

—Corto —dijo, con un profundo bostezo—. El ambiente es sofocante. Voy a echar una siesta.

—¿Sofocante? —preguntó Arnold; su voz sonaba muy distinta en la radio—. No tiene por qué serlo. Los distribuidores de aire...

Gregor se dio cuenta de que los controles vacilaban ante él y que empezaban a borrarse. Se apoyó en el panel y cerró los ojos.

—¡Gregor!

—¿Eh?

—¡Gregor! ¡Comprueba el volumen de oxígeno!

Gregor abrió un ojo lo suficiente para leer el indicador. Descubrió, sorprendido, que la concentración de bióxido carbónico había llegado a un nivel como jamás había visto.

—No hay oxígeno —dijo a Arnold—. Ya lo arreglaré después de la siesta.

—¡Sabotaje! —gritó Arnold—. ¡Despierta, Gregor!

Con un esfuerzo gigantesco, Gregor se estiró hasta alcanzar el dispositivo del depósito de emergencia. La ráfaga de aire le espabiló. Se levantó, tambaleándose, y se mojó la cara.

—¡Los animales! —gritaba Arnold—. ¡Ve a ver como están los animales!

Gregor activó el suministro auxiliar de aire de los tres compartimentos y corrió pasillo adelante.

Los firgels seguían vivos y dormidos. Los ventos no parecían haberse dado cuenta de la diferencia. Dos de los queels se habían desmayado, pero estaban reviviendo. Y en su compartimento, Gregor descubrió lo que había sucedido.

No se trataba de ningún sabotaje. Los ventiladores de la pared y del techo, a través de los cuales circulaban el aire de la nave, estaban obstruidos por lana de queel. Flotaban en el quieto aire masas de vellones que parecían una nevada a cámara lenta.

—Claro, claro —dijo Arnold, cuando Gregor le informó por radio—. ¿No te advertí que a los queels hay que trasquilarlos dos veces por semana? No, creo que se me olvidó. Esto es lo que dice el libro: «El queel (*queelis tropicalis*) es un pequeño mamífero lanudo, vagamente relacionado con las ovejas terrestres. Los queels son oriundos de Tensis V, pero han sido introducidos con éxito en otros planetas de gravedad media. Las prendas confeccionadas con lana de queel son a prueba de fuego, de insectos, no se pudren y duran casi indefinidamente, gracias al contenido metálico de la lana. Es necesario trasquilar a los queels dos veces por semana. Tienen reproducción feemishiana.»

—No fue sabotaje —comentó Gregor.

—No fue sabotaje, no; pero será mejor que empieces a esquilar a esos queels —dijo Arnold.

Gregor cortó la comunicación, buscó unas tijeras entre sus herramientas y fue a esquilar a los queels. Pero la lana metálica mellaba los bordes de las tijeras. Al parecer había que esquilar a los queels con herramientas de una aleación especial.

Recogió toda la lana flotante que pudo encontrar y despejó otra vez los ventiladores. Tras una última inspección, se dispuso a cenar.

Su guisado de buey estaba lleno de aceitosa y metálica lana de queel.

Fastidiado, se echó a dormir.

Cuando despertó, comprobó que la vieja y renqueante nave aún se mantenía en su curso correcto. Su impulso principal funcionaba eficazmente y las perspectivas parecían mucho más optimistas, especialmente después de que comprobó que los firgels continuaban durmiendo y los ventos seguían en perfectas condiciones.

Pero cuando fue a ver a los queels descubrió que no habían probado la comida desde que estaban a bordo. Era un problema grave. Llamó a Arnold pidiéndole consejo.

—Es muy simple —le dijo Arnold, después de consultar en varios libros—. Los queels no tienen músculos en la garganta. Es necesario que haya gravedad para que baje la comida. Pero en estado de ingravidez, eso resulta imposible.

Muy fácil, Gregor lo sabía, una de esas cositas en las que nunca caes en la Tierra. Pero en el espacio, con su medio artificial, hasta los problemas más simples se agravaban.

—Tendrás que hacer girar la nave para darles alguna gravedad —dijo Arnold.

Gregor hizo unas cuantas multiplicaciones mentales rápidas.

—Eso consumiría mucho combustible.

—Entonces el libro dice que puedes meterles la comida a mano. Tienes que hacer una pelota, la humedeces, y les metes el brazo en la boca hasta el codo y...

Gregor cortó la comunicación y activó los reactores laterales. Con los pies asentados en el suelo, esperó ansiosamente.

Los queels empezaron a comer con una dedicación que habría hecho feliz a cualquier criador de queels.

Tendría que repostar combustible en el almacén espacial de Vermoine II, y eso elevaría algo los gastos del transporte, pues el combustible era caro en los sistemas recién colonizados. Aún así, les quedaría suficiente margen de beneficios.

Volvió a las tareas normales de navegación. La nave seguía recorriendo la inmensidad del espacio.

Llegó de nuevo la hora de la comida. Gregor alimentó a los queels y fue luego al compartimento de los ventos.; Abrió la puerta y gritó:

—¡Vamos, vamos, venid!

Nadie vino.

El compartimento estaba vacío.

Gregor sintió una extraña sensación en el estómago. Era imposible. Los ventos no podían haberse ido. Estaban gastándole una broma. Se habrían escondido en algún sitio.

Pero no había ningún sitio en el compartimento donde pudieran esconderse cinco ventos adultos.

El estremecimiento se convirtió en temblor. Gregor recordó las cláusulas de penalización en caso de pérdida, daños, etc, etc.

—Eh, ventos, ¡venid aquí! —gritó. No hubo respuesta.

Inspeccionó las paredes, el techo, la puerta y los ventiladores, por si los ventos se habían metido por allí de algún modo.

No había rastro alguno.

Luego oyó un ruido apagado a sus pies. Miró hacia abajo y vio que algo se escurría junto a él.

Era uno de los ventos, cuyo tamaño se había reducido a unos cinco centímetros de longitud. Encontró a los otros ocultos en un rincón y del mismo tamaño.

¿Qué había dicho el funcionario de Trigale?: «Cuando viajes con un vento, no olvides las gafas de aumento.»

No tenía tiempo para una satisfactoria y reconfortante conmoción. Cerró la puerta cuidadosamente y corrió a la radio.

—Es muy extraño —dijo Arnold, una vez establecido el contacto—. ¿Y dices que se han reducido de tamaño? Voy a mirarlo ahora mismo.

—Vaya... —dijo al cabo de un momento—, no crearías gravedad artificial, ¿verdad?

—Claro que sí. Para que pudieran comer los queels.

—No debiste hacerlo —dijo Arnold—. Los ventos son criaturas de gravedad leve.

—¿Y cómo iba a saberlo yo?

—Cuando están sometidos a una gravedad extraordinaria (para ellos) disminuyen hasta un tamaño microscópico, pierden la consciencia y mueren.

—Pero si fuiste tú quien me dijo lo de la gravedad artificial.

—¡Oh, no! Yo sólo mencioné, de pasada, que era uno de los medios de que los queels pudiesen comer. Lo que yo sugerí fue que los alimentases a mano.

Gregor reprimió un impulso casi incontenible de arrancar la radio de la pared.

—Arnold —dijo—. Los ventos son animales de gravedad ligera, ¿no?

—Lo son, sí.

—Y los queels de gravedad pesada. ¿Sabías eso cuando firmaste el contrato?

Arnold guardó silencio unos instantes, luego carraspeó.

—Bueno, eso parece que complica un poco las cosas. Pero merece la pena después de todo, considerando el precio.

—Desde luego, si logramos realizar el trabajo. ¿Qué he de hacer ahora?

—Bajar la temperatura —contestó Arnold tranquilamente—. Los ventos se estabilizan en el punto de congelación.

—Los humanos se congelan también en el punto de congelación —dijo Gregor—. Está bien, corto.

Gregor se puso encima toda la ropa que pudo encontrar y activó el sistema de refrigeración de la nave. Al cabo de una hora, los ventos habían recuperado su tamaño normal.

En fin, solucionado. Comprobó la situación de los queels. El frío parecía estimularlos. Estaban más animados que nunca y balaban pidiendo más comida. Se la dio.

Después de comer un bocadillo de jamón y lana, Gregor se echó a dormir.

Al día siguiente, la inspección reveló que había quince queels a bordo. Los diez adultos originales habían tenido cinco crías. Todos estaban hambrientos.

Gregor les dio de comer. Lo consideró un accidente normal en el transporte de ganado en grupos mezclados. Deberían haber previsto aquello y separado a los animales por sexos además de por especies. Cuando volvió a examinar a los queels, su número llegaba ya a treinta y ocho.

—Se reprodujeron, ¿verdad? —preguntó Arnold por la radio, con tono preocupado.

—Sí. Y no muestran indicios de parar.

—Bueno, era de prever.

—¿Por qué? —preguntó contrariado Gregor.

—Ya te lo dije. Los queels tienen reproducción feemishiana.

—Sé que dijiste eso, pero ¿qué significa?

—Exactamente eso —dijo irritado Arnold—. ¿Es que no has ido al colegio? Es partenogénesis en punto de congelación.

—Esto es el colmo —dijo ásperamente Gregor—. Ahora mismo doy la vuelta.

—¡No puedes! ¡Sería el desastre!

—A la velocidad que se reproducen estos queels, no habrá sitio en la nave si sigo. Tendrá que pilotarla un queel.

—Gregor, contrólate. Hay una solución muy fácil.

—Escucho.

—Aumenta la presión de aire y la humedad del ambiente. Eso les detendrá.

—Seguro. Y probablemente convertirá a los ventos en mariposas.

—No tendrá otros efectos.

Dar la vuelta no era ninguna solución ya. La nave estaba casi en mitad de la ruta. Sólo podría librarse de los animales arrojándolos al espacio. Era una idea no muy práctica, pero tentadora. En realidad, podía librarse de ellos con la misma rapidez entregándolos en su punto de destino que dando la vuelta.

Al aumentar la presión del aire y la humedad, los queels dejaron de reproducirse. Eran ya cuarenta y siete y Gregor tenía que dedicar la mayor parte del tiempo a limpiar los ventiladores de lana. Una tormenta de nieve surrealista a cámara lenta inundaba los pasillos y la sala de máquinas, y los tanques de agua, e incluso aparecía lana debajo de su camiseta.

Gregor comía de mala gana comidas salpicadas de lana, y para postre pastel y lana.

Estaba empezando a sentirse como un queel.

Pero entonces apareció un punto brillante en su horizonte. El sol de Vermoine comenzó a brillar sobre la escotilla delantera. Al día siguiente llegaría por fin, entregaría su carga y podría volver a casa, a su polvorienta oficina, sus facturas y sus solitarios. Aquella noche abrió una botella de vino para celebrar el final del viaje. El vino le ayudó a borrar de su boca el sabor de la lana, y pudo acostarse suave y agradablemente borracho.

Pero no pudo dormir. La temperatura continuaba bajando. La humedad condensada en las paredes de la nave se solidificaba en hielo. Tenía que elevar la temperatura. Veamos... Si encendía los calentadores, los ventos se reducirían de tamaño. Salvo que eliminase la gravedad. En ese caso, los cuarenta y siete queels no comerían.

Al diablo con los queels. Tenía ya demasiado frío para poder manejar la nave.

Eliminó la rotación de la nave y conectó los calentadores. Durante una hora esperó, temblando y pataleando. Los calentadores sorbían alegremente combustible de los motores, pero no producían ningún calor.

Era ridículo, los puso al máximo.

Pasó otra hora y la temperatura había descendido por debajo de cero. Aunque ya se veía Vermoine, Gregor no sabía siquiera si podría controlar la nave para un aterrizaje. Acababa de hacer una pequeña hoguera en el suelo de la cabina, utilizando los muebles más combustibles de la nave para alimentarlo, cuando sonó la radio.

—Se me ha ocurrido —dijo Arnold—... Supongo que no habrás cambiado la gravedad y la presión demasiado bruscamente...

—¿Qué pasa si lo he hecho? —preguntó distraídamente Gregor.

—Se podrían desestabilizar los firgels. Los cambios rápidos de temperatura y de presión pueden sacarles de su adormecimiento. Será mejor que compruebes.

Gregor fue rápidamente a comprobar. Abrió la puerta del compartimento de los firgels. Atisbo y se estremeció.

Los firgels estaban despiertos y croando. Los grandes lagartos flotaban en su compartimento, cubiertos de escarcha. Una ráfaga de aire a temperatura inferior a cero recorrió el pasillo. Gregor cerró de un portazo y volvió corriendo a la radio.

—Claro, por supuesto que deben estar cubiertos de escarcha —dijo Arnold—. Esos firgels van para Vermoine I y en Vermoine I hace mucho calor. Está muy cerca del sol. Los firgels son fijadores de frío. Los mejores aparatos de aire acondicionado que hay en el universo.

—¿Y por qué no me lo dijiste antes? —gritó Gregor.

—Te habrías puesto nervioso. Además, hubiesen seguido durmiendo si no te hubieses puesto a jugar con la gravedad y la presión.

—Los firgels van a Vermoine I. ¿Y los ventos?

—A Vermoine II. Es un planeta pequeño, hay poca gravedad.

—¿Y los queels?

—A Vermoine III, claro.

—¡Eres un imbécil! —gritó Gregor—. Me das una carga como ésta y esperas que la equilibre.

Si Arnold hubiese estado en la nave en aquel momento, Gregor le habría estrangulado.

—Arnold —dijo muy lentamente—. No más planes. No más ideas, ¿prometido?

—Bueno, bueno, de acuerdo —aceptó Arnold—. No hace falta que te pongas así por eso.

Gregor cortó la comunicación y se puso a trabajar intentando calentar la nave. Intentó elevar la temperatura a dos grados bajo cero hasta que los sobrecargados calentadores se rindieron.

Para entonces, Vermoine II estaba ante él.

Gregor se dirigía al almacén principal que orbitaba alrededor de Vermoine II cuando oyó un ruido lúgubre y estruendoso. Media docena de marcadores del panel de control subieron de golpe por encima de cero. Lentamente, flotó hacia la sala de máquinas. Su impulsor principal se había parado y no eran necesarios grandes conocimientos como mecánico para imaginarse por qué.

En el aire quieto de la sala de máquinas flotaba lana de los queels. Había lana de queels en el sistema de lubricación, en los refrigeradores, en los ventiladores.

La lana metálica era un abrasivo ideal para las partes del motor muy pulimentadas. Era asombroso que el motor hubiese aguantado tanto.

Regresó a la sala de control. No podía aterrizar sin el impulsor principal. Tendría que hacer las reparaciones en el espacio, a costa de sus beneficios. Por fortuna, podía manejar la nave con los reactores laterales. Sin ningún sistema mecánico que pudiera estropearse, aún podía maniobrar.

Aunque muy justo, podría establecer ya contacto con el satélite artificial que servía de almacén.

—Aquí ACE AAA —anunció, mientras situaba la nave en órbita alrededor del satélite—. Solicito permiso para aterrizar.

Hubo una ráfaga de ruidos parásitos.

—Satélite hablando —contestó una voz—. Identifíquese, por favor.

—Esta es la nave de ACE AAA, procedente del almacén central de Trigale y con destino a Vermoine II —dijo Gregor—. Mis papeles están en orden. —Repitió la petición rutinaria de preferencia para aterrizar y se retrepó en su silla.

Había sido duro, pero todos los animales estaban vivos, intactos, sanos, felices, etc. etc. ACE AAA había obtenido unos sabrosos beneficios. Pero lo único que Gregor quería era salir de aquella nave y tomar un baño caliente. Deseaba pasar el resto de su vida lo más lejos posible de queels, ventos y firgels. Quería...

—Permiso de aterrizaje denegado.

—¿Cómo?

—Lo siento, pero de momento estamos llenos. Si puede mantener usted su órbita actual, creo que podremos hacerle sitio dentro de unos tres meses.

—¡Cómo! —gritó Gregor—. ¡No pueden hacerme eso! ¡Apenas si tengo alimentos! ¡Mi impulsor principal no funciona y no puedo mantener a estos animales durante más tiempo!

—Lo siento.

—No pueden rechazarme —dijo Gregor ásperamente—. Eso es un almacén público. Tiene usted que...

—¿Público? Perdone, señor. Pero este almacén está administrado por el Trust de Trigale, y es propiedad suya.

La radio se apagó. Gregor la contempló durante varios minutos.

¡Trigale!

Claro, no le habían molestado en su almacén central. Le tenían cazado simplemente negándole lugar de aterrizaje en su almacén de Vermoine.

Y lo terrible del asunto era que probablemente estaban en su derecho.

Y no podía aterrizar en el planeta. Bajar con la nave en aquellas condiciones, sin el impulsor principal, sería un suicidio. Y no había más almacenes espaciales en el sistema solar de Vermoine.

Pero, después de todo, había transportado a los animales casi hasta el almacén. Sin duda el señor Vens comprendería las circunstancias y se daría cuenta de sus intenciones.

Contactó con Vens en Vermoine II y le explicó la situación.

—¿No está en el almacén? —preguntó Vens.

—Bueno, estoy a ochenta kilómetros del almacén —dijo Gregor.

—No me sirve. Cogeré los animales, por supuesto. Son míos. Pero hay cláusulas de penalización en caso de no cumplir lo pactado.

—No irá usted a invocarlas, ¿verdad? —suplicó Gregor—. Mi intención...

—No me interesa su intención —dijo Vens—. Ni el margen de beneficios ni nada de eso. Nosotros los colonos hemos de aprovecharlo todo. —Y cortó la comunicación.

Sudando en la fría cabina, Gregor llamó a Arnold y le comunicó las noticias.

—Eso es inmoral —declaró Arnold enfurecido.

—Pero legal.

—Lo sé, maldita sea. Déjame tiempo para pensar.

—Será mejor que encuentres alguna solución —dijo Gregor.

—Ya te llamaré.

Gregor pasó varias horas alimentando a los animales, quitándose lana de queel del pelo y quemando más muebles en la cubierta de la nave. Cuando sonó la radio, cruzó los dedos antes de contestar.

—¿Arnold?

—No, soy Vens.

—Escuche, señor Vens —dijo Gregor—. Si usted nos diese algo más de tiempo, podríamos resolver esto de modo amistoso. Estoy seguro...

—Oh, me han cogido ustedes bien —contestó Vens—. Es una salida perfectamente legal. Lo he comprobado. Una maniobra muy inteligente, señor. Muy inteligente. Enviaré a alguien para recoger los animales.

—Pero la cláusula de penalización...

—Naturalmente, no puedo invocarla. —Vens cerró la conexión.

Gregor contempló la radio. ¿Una maniobra muy inteligente? ¿Qué había hecho Arnold? Llamó a la oficina de Arnold.

—Aquí la secretaria del señor Arnold —contestó una voz joven y femenina—. El señor Arnold no estará en todo el día.

—¿Que no estará en todo el día? ¿Qué es usted su secretaria? ¿Es eso ACE AAA?

—Sí, sí señor, esta es la oficina del señor Arnold de ACE AAA, Servicio Planetario de Almacenaje. ¿Quiere usted hacer algún encargo? Tenemos un almacén de primera clase en el sistema de Vermoine. En una órbita próxima a Vermoine II. Manejamos productos de gravedad ligera, media y pesada. Supervisados personalmente por nuestro asociado señor Gregor. Y creo que nuestros precios le parecerán muy interesantes.

Así que aquello era lo que había hecho Arnold... Había convertido su nave en un almacén. Sobre el papel, al menos. Y su contrato les daba la opción de aportar un almacén propio. ¡Muy hábil!

Pero no podía andarse con bromas con Arnold. ¡Ahora quería meterse en el negocio de almacenaje!

—¿Qué me dice usted, señor?

—Que habla usted con el almacén. Quiero dejar un mensaje para el señor Arnold.

—Dígame, señor.

—Dígale al señor Arnold que cancele todos los encargos —dijo Gregor ásperamente—. Su almacén se vuelve a casa con toda la rapidez posible.

## EL MOTÍN DEL BOTE SALVAVIDAS

—Dime la verdad, ¿has visto alguna vez motores como éste? —preguntó Joe, el trapero interestelar—. ¡Y mira esos servos!

—HmMMM —musitó Gregor calculadoramente.

—Y este casco —dijo Joe—. Apuesto a que tiene quinientos años y no verás ningún punto de óxido. —Palmeó la bruñida superficie cariñosamente. ¡Qué suerte, parecía querer decir la palmada, que este modelo de barco esté aquí justo cuando ACE AAA necesita un bote salvavidas!

—Desde luego tiene muy buen aspecto —admitió Arnold, con el estudiado aire del hombre enamorado que intenta por todos los medios ocultarlo—. ¿Qué piensas tú, Dick?

Richard Gregor no contestó. Era una bonita máquina, y parecía muy adecuada para las mediciones que tenían que realizar en el océano de Tridente. Pero había que andarse con ojo con las mercancías de Joe.

—Ya no construyen cosas así —dijo Joe con un suspiro—. Fijaos en la unidad de propulsión. Decidme si habéis visto algo parecido. Fijaos, fijaos en la capacidad del sistema de refrigeración. Examinadlo...

—No tiene mal aspecto —dijo Gregor lentamente. El Servicio Interplanetario de Descontaminación ACE AAA había hecho negocios con Joe anteriormente y había aprendido a ser cauto. No es que Joe fuese un tramposo, ni mucho menos. Las máquinas viejas que recogía por todo el universo habitado funcionaban, pero las máquinas antiguas solían tener ideas propias sobre cómo se debía hacer un trabajo. Tenían tendencia a ponerse quisquillosas cuando se las sacaba de su rutina.

—A mí no me importa que sea bonito, rápido, duradero, ni siquiera cómodo —dijo Gregor—. Sólo quiero que sea absolutamente seguro.

—Eso es lo importante, desde luego —aceptó Joe—. Entremos.

Entraron en la cabina del bote. Joe se acercó al cuadro de mandos, sonrió misteriosamente, y apretó un botón.

Inmediatamente Gregor oyó una voz que parecía brotar de su propia cabeza.

—Soy el bote salvavidas 324-A. Mi objetivo... —decía.

—¿Telepatía? —interrumpió Gregor.

—Registro sensorial directo —dijo Joe, sonriendo orgulloso—. Así no hay ninguna barrera lingüística. Os lo aseguro, ya no construyen cosas como ésta.

—Soy el bote salvavidas 324-A —repitió el bote—. Mi objetivo primario es preservar de todo peligro a mis tripulantes y mantenerlos con buena salud. En este momento, estoy sólo parcialmente activado.

—¿Puede haber algo más seguro? —exclamó Joe—. Este no es un pedazo de metal insensible. Este bote cuidará de vosotros.

Gregor estaba impresionado, aunque la idea de un bote salvavidas sensible le resultaba un tanto desagradable. Pero, en fin, las máquinas paternalistas siempre le habían irritado.

—¡Nos lo quedaremos! —dijo Arnold, que no compartía tales sentimientos.

—No lo lamentaréis —dijo Joe, con el tono franco y abierto que le había ayudado a hacerse millonario varias veces.

Gregor esperaba no tener que lamentarlo.

Al día siguiente, cargaron el bote salvavidas 324-A en su nave espacial y despegaron rumbo a Tridente.

Aquel planeta, situado en el corazón del Valle Estelar Este, había sido adquirido hacía muy poco por un especulador inmobiliario. Le había parecido casi perfecto para la colonización. Tridente era del tamaño de Marte pero con mucho mejor clima. No había

población nativa con la que enfrentarse, ni plantas venenosas, ni enfermedades infecciosas, y, a diferencia de muchos otros mundos, Tridente carecía de animales predadores. En realidad, no había animales en el planeta. Aparte de una pequeña isla y un casquete polar, todo el planeta estaba cubierto de agua.

De hecho, no se trataba de que hubiese escasez de tierra; se podía cruzar a pie perfectamente una vasta extensión del mar de Tridente. La tierra aún no había subido lo suficiente.

ACE AAA había recibido el encargo de corregir este pequeño fallo.

Tras aterrizar en la única isla de Tridente, embarcaron en el bote. Pasaron el resto del día revisando y disponiendo el equipo especial de medición en el bote.

A primera hora de la mañana siguiente, Gregor preparó bocadillos y llenó una cantimplora de agua. Estaban listos para empezar a trabajar.

Tan pronto como soltaron amarras, Gregor bajó a la cabina con Arnold. Arnold apretó teatralmente el primer botón.

—Soy el bote salvavidas 324-A —comenzó el bote—. Mi objetivo primario es preservar de todo peligro a mis tripulantes y mantenerlos con buena salud. En este momento estoy sólo parcialmente activado. Para activarme del todo, pulse el botón 2.

Gregor pulsó el segundo botón.

Hubo un ronroneo y un bufido en las entrañas del bote. Pero no sucedió nada más.

—Que raro —dijo Gregor. Volvió a apretar el botón. Se repitieron los mismos sonidos.

—Parece que hay un cortocircuito —dijo Arnold.

Por la escotilla de proa, Gregor vio alejarse lentamente la costa de la isla. Sintió un estremecimiento de pánico. Había tanta agua allí, y tan poca tierra. Y para empeorar las cosas, no había nada en el tablero de mandos que pareciese un volante o un timón. ¿Cómo manejar un bote salvavidas parcialmente activado?

—Debe controlarse telepáticamente —dijo animosamente Gregor; y con voz firme añadió—: de frente, lentamente. El bote obedeció la orden.

—Ahora un poco a la derecha.

El bote respondió perfectamente a la clara aunque poco marinera orden de Gregor. Los socios intercambiaron sonrisas.

—¡De frente y a toda velocidad ahora! —dijo Gregor. El bote salvavidas se lanzó velozmente por el resplandeciente y vacío mar.

Arnold desapareció en la bodega con una linterna y un comprobador de circuito. Las operaciones de medición eran lo bastante fáciles para que Gregor pudiese arreglárselas solo. El trabajo lo hacían prácticamente las máquinas, que transcribían los principales depresiones del fondo del océano, localizaban los volcanes más prometedores, y trazaban los mapas. Completada la medición, la siguiente etapa se traspasaba a un subcontratista. Este pondría las cargas necesarias en los volcanes, rellenaría las fallas, se colocaría a una distancia segura, y Tridente se convertiría en un lugar espectacularmente ruidoso durante un tiempo. Cuando las cosas se apaciguasen, habría suficiente tierra seca para satisfacer hasta a un especulador inmobiliario. A media tarde, Gregor consideró que habían hecho suficientes mediciones para un día. El y Arnold comieron sus bocadillos y bebieron de la cantimplora. Luego se dieron un corto baño en las claras y verdes aguas del mar de Tridente.

—Creo que he localizado el problema —dijo Arnold—. Faltan los conductores de los activadores primarios y dos de los cables de energía están cortados.

—¿Por qué harían eso? —preguntó Gregor.

—Puede deberse a llevar tanto tiempo en desuso. Lo arreglaré en un momento.

Volvió a meterse en la bodega. Gregor se volvió en dirección a la isla, conduciendo el bote telepáticamente, y contemplando el agua verdosa que espumeaba alegremente en la

proa. En momentos como aquél, en contra de toda su experiencia anterior, el universo parecía un lugar bello y acogedor.

Al cabo de media hora salió Arnold, lleno de grasa, pero triunfante.

—Prueba ahora a apretar ese botón.

—Pero si ya estamos casi en la isla.

—¿Y qué? Podemos aprovechar para ver si esto funciona.

Gregor asintió y apretó el segundo botón.

Oyeron un desmayado clic-clic de circuitos abriéndose. Media docena de pequeños motores cobraron vida. Se encendió una luz roja y luego parpadeó y se apagó, cuando los generadores se pusieron en marcha.

—Ya está —dijo Arnold.

—Soy el bote salvavidas 324-A —dijo telepáticamente el bote—. Estoy ahora plenamente activado, y puedo proteger a mis ocupantes de cualquier peligro. Tengan fe en mí. Mis cintas de acción-reacción tanto psicológica como

física han sido preparadas por los mejores cerebros científicos de Drome.

—Esto da sensación de confianza, ¿no te parece? —dijo Arnold.

—Supongo que sí —dijo Gregor—. Pero ¿dónde está Drome?

—Caballeros —continuó el bote salvavidas—, procuren pensar en mí no como en una máquina insensible, sino como en su amigo y compañero de armas. Comprendo cómo se sienten. Acaban de perder su barco, cruelmente destruido por los implacables h'gens. Han...

—¿Qué barco? —preguntó Gregor—. ¿Pero de qué habla?

—...subido a bordo de mí, exhaustos, sofocados por los vapores ponzoñosos del agua, medio muertos...

—¿Te refieres al baño que hemos tomado? —preguntó Arnold—. Te confundes. Acabamos de medir...

—...conmocionados, heridos, con la moral baja —concluyó el bote salvavidas—. Quizás estén un poco asustados

—dijo con un tono mental más suave—. Y no podría ser menos, separados como están de la flota de Drome, solos en un planeta inclemente y extraño. Pero un poco de miedo no es algo de lo que deban avergonzarse, caballeros. Sin embargo, estamos en guerra, y la guerra es cruel. No tenemos otra alternativa que hacer retroceder en el espacio a los bárbaros h'gens.

—Debe haber una explicación razonable para todo esto

—dijo Gregor—. Probablemente se haya mezclado una vieja película de televisión en su banco de respuestas.

—Será mejor que le demos un repaso completo —dijo Arnold—. No podemos estar aguantando esos discursos todo el día.

Estaban aproximándose a la isla. El bote salvavidas aún seguía perorando sobre la patria, la guerra, sobre acciones evasivas y maniobras tácticas, y sobre la necesidad de mantener la calma en emergencias como aquélla. De pronto se paró.

—¿Qué pasa? —preguntó Gregor.

—Estoy supervisando la isla —dijo el bote salvavidas.

Gregor y Arnold se miraron.

—Es mejor tomarlo a broma —cuchicheó Arnold; y añadió, dirigiéndose al bote salvavidas—: La isla es segura. La comprobamos personalmente.

—Quizás lo hiciesen —contestó el bote salvavidas—. Pero en la guerra moderna, de acciones rápidas, los sentidos de los dromes no son totalmente de fiar. Son demasiado limitados, demasiado proclives a interpretar las cosas según sus deseos. En cambio, los sentidos electrónicos no se ven afectados por las emociones, vigilan constantemente y son infalibles, dentro de sus límites.

—¡Pero si ahí no hay nada! —gritó Gregor.

—Capto la presencia de una nave espacial extraña —contestó el bote salvavidas—. No tiene los distintivos de Drome.

—Tampoco tiene distintivos del enemigo —contestó tranquilamente Arnold, pues había pintado el casco él mismo.

—No, no los tiene. Pero en la guerra debemos suponer que lo que no es nuestro es del enemigo. Comprendo perfectamente su deseo de poner de nuevo pie en tierra. Pero tengo en cuenta factores que un drome, condicionado por sus emociones, puede pasar por alto. Consideren la perfecta trampa que puede significar este trozo de tierra estratégico, aparentemente deshabitado; la tentación de esa nave espacial sin ningún distintivo. Puede ser un anzuelo, una trampa. Consideren además el hecho de que nuestra flota no se halla ya en las proximidades; consideren...

—Bueno, ya está bien —Gregor estaba harto de discutir con aquella máquina terca y pedante—. Dirígete en línea recta a la isla. Es una orden.

—No puedo obedecer esa orden —dijo el bote—. Ustedes están desequilibrados por la tensión de la lucha y por la conmoción producida por haber escapado por muy poco a la muerte...

Arnold cogió la palanca de desconexión, y retiró la mano con un aullido de dolor.

—Tengan sentido, caballeros —dijo con firmeza el bote—. Sólo el oficial autorizado tiene capacidad para desconectarme. Por su propia seguridad, debo advertirles que no toquen ninguno de mis controles. Están mentalmente desequilibrados. Más tarde, cuando su posición sea segura, resolveremos eso. Ahora todas mis energías deben consagrarse a la detección del enemigo y a huir de él.

El bote aumentó su velocidad y se apartó de la isla siguiendo un intrincado rumbo de huida.

—¿Adonde vamos? —preguntó Gregor.

—¡A unirnos otra vez a la flota de Drome! —gritó el bote salvavidas, con tal seguridad y confianza que los socios miraron nerviosamente las vastas y desiertas aguas de Tridente.

—Si es que puedo encontrarla, claro está —añadió el bote salvavidas.

Era ya noche cerrada y Gregor y Arnold, sentados en un rincón de la cabina, compartían ávidamente su último bocadillo. El bote salvavidas aún continuaba la infructuosa búsqueda de aquella flota que había existido quinientos años atrás en un planeta completamente distinto.

—¿Has oído hablar alguna vez de esos dromes? —preguntó Gregor. Arnold hurgó en su memoria.

—Creo que eran criaturas no humanas, una especie de lagartos evolucionados —dijo—. Vivían en el sexto planeta de un pequeño sistema próximo a Capella. La raza se extinguió hace aproximadamente un siglo.

—¿Y los h'gens?

—También lagartos. La misma historia —Arnold recogió una miga y se la metió ávidamente en la boca—. No fue una guerra muy importante. Todos los combatientes desaparecieron, salvo este bote salvavidas, al parecer.

—Y nosotros —le recordó Gregor—, hemos sido reclutados como soldados de Drome —suspiró pesadamente—. ¿Crees que podremos razonar con esta bañera? Arnold movió la cabeza.

—No veo cómo. Para este bote la guerra aún sigue. Sólo puede interpretar los datos en función de esa premisa.

—Probablemente esté escuchándonos ahora —dijo Gregor.

—No lo creo. En realidad no creo que pueda leer el pensamiento. Sus centros de percepción están ligados sólo a pensamientos dirigidos específicamente a él.

—Sí, señor —dijo Gregor con amargura—. Ya no construyen cosas así. —Tenía ganas de echarle el guante a Joe, el trapero interestelar.

—Es una situación muy interesante, no hay duda —dijo Arnold—. Quizás haga un artículo para Cibernética Popular. Aquí tenemos una máquina con un montaje casi infalible para la percepción de estímulos externos. Las órdenes que recibe las traduce de forma lógica en acción. El único problema es que la lógica se basa en condiciones que ya no existen. En consecuencia, podría decirse que la máquina es víctima de un sistema engañoso sistematizado.

Gregor bostezó.

—Quieres decir que el bote salvavidas está simplemente como una cabra —dijo bruscamente.

—Como una regadera. Creo que el calificativo adecuado sería paranoia. Pero todo terminará muy pronto.

—¿Por qué? —preguntó Gregor.

—Es evidente —dijo Arnold—. La condición prioritaria que tiene grabada el bote es mantenernos vivos. Así que tiene que alimentarnos. Hemos acabado los bocadillos y toda nuestra comida está en la isla. Me imagino que tendrá que correr el riesgo y volver.

Al cabo de unos minutos se dieron cuenta de que el bote salvavidas giraba, cambiando de dirección.

—De momento —comunicó— no puedo localizar a la flota de Drome. Por tanto, vuelvo a explorar la isla una vez más. Por fortuna, no hay rastro del enemigo en esta zona inmediata. Ahora puedo dedicar toda mi atención a su cuidado.

—¿Lo ves? —dijo Arnold, dando un codazo a Gregor—. Lo que yo te decía. Ahora le reforzaremos el concepto —y dijo al bote salvavidas—: Era hora de que te ocuparas de nosotros. Tenemos hambre.

—Sí, danos de comer —pidió Gregor.

—Por supuesto —dijo el bote- salvavidas. Brotó de la pared una bandeja. Estaba repleta de algo que parecía arcilla, pero olía a aceite de máquina.

—Pero ¿qué es esto? —preguntó Gregor.

—Esto es gizel —dijo el bote—. La dieta alimenticia de los habitantes de Drome. Puedo prepararla de dieciséis formas distintas.

Gregor probó con mucha cautela. Sabía exactamente a arcilla con aceite de máquina.

—¡Nosotros no podemos comer eso! —protestó.

—Claro que pueden —dijo suavemente el bote—. Un drome adulto consume dos kilos de gizel al día, y pide más. La bandeja se deslizó hacia ellos. Retrocedieron.

—Escucha —dijo Arnold al bote—. Nosotros no somos dromes. Nosotros somos humanos, y son dos especies completamente distintas. La guerra de que tú hablas terminó hace quinientos años. Nosotros no podemos comer gizel. Nuestra comida está en aquella isla.

—Intenten comprender la situación. Su alucinación es muy frecuente entre los combatientes. Es una fantasía de fuga. Un intento de huir de una situación intolerable. Caballeros, les suplico que enfrenten la realidad.

—¡Enfrenta la realidad tú! —chilló Gregor—. O tendré que desmantelarte tuerca a tuerca.

—Las amenazas no me afectan —transmitió serenamente el bote salvavidas—. Sé por lo que han pasado. Puede incluso que hayan sufrido ustedes alguna lesión cerebral al entrar en contacto con el agua ponzoñosa.

—¿Ponzoñosa? —masculló Gregor.

—Para los dromes —le recordó Arnold.

—Si no hay más remedio —continuó el bote salvavidas—, dispongo también de equipo para realizar terapia quirúrgica cerebral. Es una medida drástica, pero uno ha de ser

drástico en época de guerra. —Se abrió un panel, y los socios vieron brillar instrumentos quirúrgicos.

—Nos sentimos ya mucho mejor —dijo rápidamente Gregor—. Tiene buen aspecto este gizel, ¿eh, Arnold?

—Delicioso —dijo Arnold.

—Gané un concurso nacional de cocinado de gizel —transmitió el bote salvavidas, con disculpable orgullo. —Nada es lo bastante bueno para nuestros soldados. Pruébenlo, pruébenlo.

Gregor cogió un puñado, chasqueó los labios, y lo tiró al suelo.

—Maravilloso —dijo, esperando que los sentidos internos del bote no fuesen tan eficientes como parecían ser los internos.

Al parecer no lo eran.

—Bien —dijo el bote salvavidas—, ahora estoy dirigiéndome a la isla. Y les prometo que dentro de un rato estarán mucho más cómodos.

—¿Por qué? —preguntó Arnold.

—La temperatura aquí es insoportablemente cálida. Es asombroso que no hayan caído en estado de coma. Cualquier otro drome ya estaría inconsciente. Procuren aguantar un poco más. Muy pronto, conseguiré la temperatura normal de Drome de veinte grados bajo cero. Y ahora, para levantarles la moral, tocaré el himno nacional.

Un horroroso rechinar rítmico llenó el aire. Las olas lamían los bordes del apresurado bote. En unos instantes empezaron a notar que el aire era perceptiblemente más frío.

Gregor cerró pesadamente los ojos, intentando ignorar el frío que iba penetrando por sus miembros. Se sentía soñoliento. Menudo destino el suyo, pensaba, morir congelado dentro de un bote loco. Eso era lo que se sacaba de comprar cacharros paternalistas, calculadoras humanoides y máquinas suprasensibles y emocionales.

Medio en sueños se preguntó en qué acabaría todo aquello. Se imaginó un gigantesco hospital para máquinas. Dos robots doctores llevaban a una segadora de césped por un largo pasillo blanco. El robot doctor jefe decía: «¿Qué le pasa a este chico?» Y el ayudante contestaba: «Está completamente loco. Se cree que es un helicóptero». «¡Aja!», decía el jefe con aire docto. «¡Fantasías de vuelo! Lástima. Tiene cara de buen chico». El ayudante asentía. «El exceso de trabajo: se destrozó cortando malas hierbas». La segadora se agitó. «¡Ahora soy una batidora!», chilló entre risas.

—Despierta —dijo Arnold, meneando a Gregor, y dando diente con diente—. Tenemos que hacer algo.

—Pídele que encienda la calefacción —dijo Gregor semiinconsciente.

—No conduciría a nada. Los dromes viven a veinte grados bajo cero. Nosotros somos dromes. Nos corresponden veinte bajo cero.

La escarcha se amontonaba sobre los tubos de refrigeración que atravesaban el bote. Las paredes habían empezado a ponerse blancas y había una capa de hielo en las ventanillas.

—Tengo una idea —dijo cautelosamente Arnold. Miró al tablero de control y luego cuchicheó algo en el oído de Gregor.

—Lo intentaremos —dijo Gregor. Se levantaron. Gregor cogió la cantimplora y se situó al fondo de la cabina.

—¿Qué es lo que hace? —preguntó ásperamente el bote salvavidas.

—Necesito un poco de ejercicio —dijo Gregor. —Los soldados de Drome deben mantenerse en forma, ¿sabes?

—Eso no es verdad —dijo dubitativamente el bote salvavidas.

Gregor tiró la cantimplora a Arnold, Arnold la recogió y volvió a tirársela a Gregor.

—Tengan cuidado con ese receptáculo —advirtió el bote salvavidas—. Está lleno de un veneno mortífero.

—Ya tendremos cuidado —dijo Gregor—. Lo hemos cogido para llevarlo al cuartel general. —Tiró la cantimplora a Arnold—. En el cuartel general pueden rociar con él a los h'gens —dijo Arnold, devolviendo la cantimplora.

—¿De veras? —preguntó el bote salvavidas—. Es interesante. Una nueva aplicación de...

De pronto Gregor tiró la cantimplora contra el tubo refrigerador. El tubo se rompió y el líquido se derramó por el suelo.

—Has perdido, viejo, un mal tiro —dijo Arnold.

—Qué torpe he sido —gritó Gregor.

—Debería haber tomado precauciones contra los accidentes internos —transmitió lúgubrementemente el bote salvavidas—. No volverá a suceder. Pero la situación es muy grave. No puedo reparar el conducto yo mismo. No podré mantener el bote a la temperatura adecuada.

—Si nos dejases en la isla... —empezó Arnold.

—Imposible —dijo el bote salvavidas—. Mi deber es ante todo preservar sus vidas, y no podrían vivir mucho tiempo en el clima de este planeta. Pero voy a tomar las medidas necesarias para garantizar su seguridad.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Gregor, sintiendo un peso en la boca del estómago.

—No hay tiempo que perder. Exploraré la isla otra vez. Si no están allí nuestras fuerzas, iremos al único lugar de este planeta donde puede vivir un drome.

—¿Qué lugar?

—El casquete del polo sur —dijo el bote salvavidas—. Allí el clima es casi ideal... Treinta grados bajo cero, calculo.

Rugieron los motores. El bote añadió, disculpándose:

—Y, por supuesto, debo evitar que se produzcan más accidentes internos.

Pudieron oír entonces el clic de los cierres que sellaban su cabina.

—¡Piensa! —dijo Arnold.

—Ya pienso —contestó Gregor—. Pero no se me ocurre nada.

—Tenemos que salir cuando llegue a la isla. Será nuestra última oportunidad.

—¿No crees que podemos saltar por la borda? —preguntó Gregor.

—Ni hablar. Ahora está sobre aviso. Si no hubieses roto ese tubo de refrigeración, aún tendríamos una oportunidad.

—Lo sé —dijo Gregor con amargura—. ¡Tú y tus ideas!

—¡Mis ideas! Recuerdo claramente que fuiste tú quien lo sugirió. Tú dijiste...

—No importa de quién fuera la idea. —Gregor pensaba con gran concentración—. Mira, sabemos que su sistema interno de detección no es muy bueno. Cuando lleguemos a la isla, podemos intentar cortar el cable de alimentación del motor.

—No podrías acercarte ni a tres metros de él —dijo Arnold, recordando la descarga que había recibido del cuadro de mandos.

—Hmmm —Gregor se tapó la cara con las manos. En el fondo de su mente empezaba a tomar forma una idea. Era algo muy improbable, pero dadas las circunstancias...

—Estoy ya explorando la isla —anunció el bote.

Mirando por la escotilla de proa, Gregor y Arnold pudieron ver la isla, a no más de cien metros de distancia. Comenzaba a amanecer y se recortaba contra el cielo el perfil, lleno de rayas y abollones, de su amada nave espacial.

—A mí el sitio me parece magnífico —dijo Arnold.

—No hay duda de que lo es —remachó Gregor—. Apostaría a que están ahí nuestras fuerzas en un refugio subterráneo.

—No están —dijo el bote salvavidas—. He explorado hasta treinta metros de profundidad.

—Bueno —dijo Arnold—, dadas las circunstancias, creo que deberíamos examinarla más de cerca. Sería mejor acercarnos a la costa y echar un vistazo.

—Está desierta —dijo el bote salvavidas—. Créanme, mis sentidos son infinitamente más sensibles que los suyos. No puedo permitir que arriesguen sus vidas desembarcando. Drome necesita a sus soldados. Sobre todo a los que son vigorosos y resistentes como ustedes.

—Nos gusta este clima —dijo Arnold.

—¡Así habla un patriota! —dijo con entusiasmo el bote salvavidas—. Sé lo que deben estar sufriendo. Pero ahora me dirigiré al polo sur, para proporcionarles a ustedes, veteranos, el descanso que se merecen.

Gregor decidió que era el momento de poner en práctica su plan, por muy inseguro que fuese.

—No será necesario —dijo.

—¿Qué?

—Estamos actuando bajo órdenes especiales —dijo Gregor—. Teníamos instrucciones de no revelarlas a ninguna nave por debajo del rango de superacorazado. Pero dadas las circunstancias...

—Sí, dadas las circunstancias —añadió Arnold con vehemencia—, te las diremos.

—Somos un comando suicida —dijo Gregor.

—Especialmente entrenado para trabajar en clima cálido.

—Tenemos orden —dijo Gregor— de desembarcar en esa isla y asegurar su control por las fuerzas de Drome.

—No sabía eso —dijo el bote.

—No tenías por qué saberlo —siguió Arnold—. Después de todo, no eres más que un bote salvavidas.

—Desembárcanos inmediatamente —dijo Gregor—. No hay tiempo que perder.

—Deberían habérmelo dicho antes —dijo el bote—. Yo no podía sospechar, saben... — Enfiló hacia la isla.

Gregor apenas si se atrevía a respirar. Parecía imposible que aquel sencillo truco resultase. Pero, ¿por qué no? El bote salvavidas había sido construido de modo que tenía que aceptar la palabra de sus operadores como verdad; siempre que la «verdad» estuviese en consonancia con las premisas operativas del bote, se atendería a ellas.

La playa estaba ya sólo a cincuenta metros, brillando claramente bajo la fría luz del amanecer.

Pero de pronto el bote se detuvo.

—No —dijo.

—¿No qué?

—No puedo hacerlo.

—¿Qué quieres decir? —gritó Arnold—. Estamos en guerra. Las órdenes...

—Lo sé —dijo con tristeza el bote salvavidas—. Lo siento. Deberían haber elegido para esta misión un tipo distinto de embarcación. Cualquier otro tipo. Pero no un bote salvavidas.

—Debes hacerlo —suplicó Gregor—. Piensa en nuestra patria, piensa en los despiadados h'gens...

—Me es materialmente imposible cumplir esas órdenes —les dijo el bote salvavidas—. Ante todo debo proteger a mis ocupantes de cualquier daño. Esa orden está grabada en todas mis cintas, con prioridad absoluta. No puedo llevarles a una muerte cierta.

El bote empezó a alejarse de la isla.

—¡Comparecerás ante un consejo de guerra por esto! —chilló histéricamente Arnold—. Te desguazarán.

—Debo operar dentro de mis limitaciones —dijo el bote con tristeza—. Si encontramos a la flota, los transferiré a una embarcación adecuada. Pero, entretanto, debo trasladarles a la seguridad del polo sur.

El bote salvavidas aumentó su velocidad y la isla fue alejándose de ellos. Arnold se arrojó contra los controles y salió despedido por una descarga. Gregor cogió la cantimplora dispuesto a arrojarla contra la escotilla. Pero se detuvo con ella en el aire asaltado por una súbita y disparatada idea.

—Por favor, no intenten destruirme —suplicó el bote—. Sé como se sienten, pero...

Era muy arriesgado, pensó Gregor, pero de todos modos el polo sur era una muerte cierta.

Abrió la cantimplora.

—Dado que no podemos cumplir nuestra misión —dijo—, nunca podremos volver a mirar a la cara a nuestros compañeros. La única alternativa es el suicidio.

Tomó un trago de agua y pasó al cantimplora a Arnold.

—No, no lo hagan —chilló el bote salvavidas—. ¡Eso es agua! Es un veneno mortal...

Brotó una descarga eléctrica del cuadro de mandos que arrancó la cantimplora de la mano de Arnold.

Arnold consiguió agarrarla otra vez. Antes de que el bote pudiese arrebatársela, ya había bebido un trago.

—¡Morimos por el glorioso Drome! —Gregor se desplomó en el suelo. Arnold le imitó.

—No hay ningún antídoto conocido —gimió el bote—. Si por lo menos pudiese entrar en contacto con un barco hospital...

Los motores ronronearon indecisos.

—Háblenme —suplicó el bote—. ¿Siguen aún con vida? Gregor y Arnold se mantenían totalmente inmóviles, sin respirar.

—¡Contésteme! —suplicó el bote salvavidas—. Quizás si comiesen un poco de gizel...

—brotaron dos bandejas. Los socios no se movieron.

—Muertos —dijo el bote salvavidas—. Muertos. Leeré la oración fúnebre.

Hubo una pausa. Luego el bote salvavidas entonó: —Gran Espíritu del Universo, recibe en tu seno las almas de estos siervos tuyos. Aunque se dieron muerte a sí mismos, fue al servicio de su país, luchando por su tierra y por su hogar. No les juzgues duramente por su impía acción. Culpa de ello al espíritu de la guerra que incendia y destruye todo Drome.

Se abrió la escotilla. Gregor percibió un soplo de aire fresco.

—Y ahora, por la autoridad que me concede la flota de Drome, y con todo respeto, entrego sus cuerpos a las profundidades.

Gregor sintió que le alzaban a través de la escotilla y le depositaban en cubierta. Luego se vio en el aire, cayendo, y al instante siguiente estaba en el agua, con Arnold a su lado.

—No te muevas —murmuró.

La isla estaba próxima, pero el bote salvavidas aún seguía cerca de ellos, con los motores ronroneando nerviosamente.

—¿Qué crees que hará ahora? —cuchicheó Arnold.

—No lo sé —dijo Gregor, esperando que los dromes no fuesen partidarios de reducir a cenizas sus cuerpos.

El bote se aproximó. Su proa estaba sólo a unos centímetros de distancia. Y entonces, tensos y rígidos, lo oyeron. El rechinante estruendo del himno nacional de Drome.

Cuando acabó el himno, el bote murmuró:

—Descansen en paz —y girando, se alejó.

Mientras nadaban lentamente hacia la isla, Gregor veía alejarse al bote salvavidas, camino del sur, hacia el polo, a esperar la flota de Drome.

**FIN**